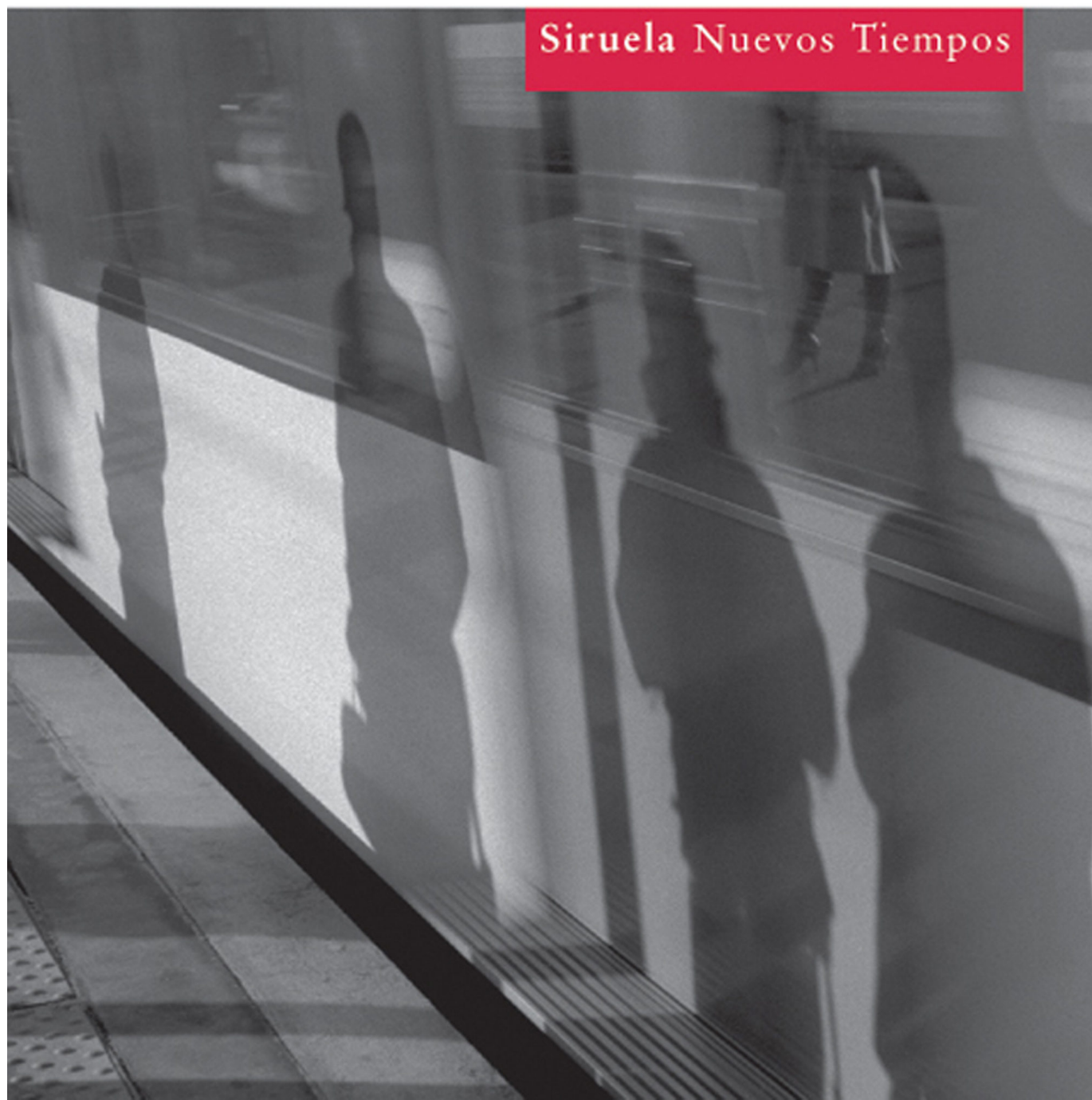


Cosas que pasan

LUIS GOYTISOLO

Siruela Nuevos Tiempos



LUIS GOYTISOLO

Cosas que pasan



Ediciones Siruela

Índice

Cubierta
Portadilla
I El remolino
II Reconociendo el paisaje circundante
III Entre lo afin y lo contrapuesto
IV El hilo conductor de lo aleatorio
V Celos, danzas, sodomías
VI Escribir lo inexpresable
VII Salto a las alturas
Créditos

Luis Goytisolo

Cosas que pasan

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

I

El remolino

La impresión de que somos nosotros quienes nos estamos moviendo cuando, instalados en el interior de un vagón parado, llega otro tren a la estación por una vía contigua –irrupción silenciosa en el aire gris, cuarteado de reflejos–, ilustra con particular plasticidad el carácter engañoso de la evocación de determinados recuerdos, y muy en especial de los más lejanos. La tendencia a situarse en el centro del acontecimiento evocado, por mucha que sea su magnitud, una guerra, por ejemplo; por mucho que sean miles o millones las personas afectadas por el desastre, como si la persona que lo evoca, más que protagonista, no hubiera sido mero figurante, simple accidente del paisaje. O, si el suceso es de ámbito más reducido pero no por ello menos doloroso –la pérdida de un ser querido, por ejemplo–, el impulso de apropiárselo, de hacerlo suyo, prescindiendo de los restantes allegados de la persona desaparecida, sólo un estorbo a efectos del recuerdo. Una tendencia similar a la convicción, que durante milenios poseyó al ser humano, de que la Tierra era el centro del universo, un paraje en torno al cual giraban el Sol y las otras estrellas, y no un pequeño planeta perteneciente a una pequeña galaxia perdida en los confines del universo conocido. O también, a que una persona se crea superior por razones de linaje, con todo y ser ya perceptible, hasta en la expresión del rostro, la impronta degenerativa fruto de una prolongada endogamia. O, franqueada ya la frontera de las fantasías psicóticas, a los delirios de quien se imagina dueño y señor de castillos, ínsulas, grandezas.

En la creencia de que el tren está ya en marcha, el viajero empezará a pensar en lo que le aguarda en el punto de destino. O bien, estimulado en su locuacidad por la impresión de movimiento, intentará establecer conversación con el vecino de asiento y, antes de que despliegue el periódico o de que desenfundando el móvil haga saber a alguien que ya estamos saliendo, le dirigirá algún comentario convencional y amistoso, a modo de globo sonda que le permita discernir si ese vecino se halla predispuesto a escucharle, a dejarse entretener con la tragedia de su vida o cualquier otra historia que permita al viajero, en su calidad de narrador, convertirse en verdadero protagonista del relato. Esto es: lo que él diga, su relato, es lo que vale, no lo que digan o puedan contar otros. Así, la guerra causó muchas víctimas, pero la principal, la víctima por antonomasia, fue la persona de la que nos está hablando. O, más concretamente, la pérdida de un ser querido es terrible para

todos, pero en especial para el pequeño, para un determinado hijo, cuya vida quedó marcada para siempre. La necesidad de iconos que, en justa correspondencia, confieran un valor inapelable al propio discurso.

Así pues, nada tiene de raro que yo haya sido consciente desde siempre de que, para quienes me rodeaban, mi vida estaba condicionada no por la presencia, como es habitual, de determinada figura familiar, sino por una temprana ausencia: la de mi madre, muerta durante la guerra civil en el curso de un bombardeo. Si yo fuera un criminal famoso, un héroe de guerra o un modista exquisito, el diagnóstico, casi un veredicto, sería tajante: la falta de la madre lo explica todo. Poco importa que por idéntico motivo lo mismo pudiera decirse de millones de niños judíos o alemanes, polacos o rusos, ruandeses o vietnamitas: el caso que cuenta es el mío. En un bombardeo... La pobre madre... El pobre niño... El día de su cumpleaños... Aún ahora, cuando mi hermana Marta me telefona para felicitarme cada 17 de marzo, llega el momento en que adivino en la repentina gravedad de su voz la inminente referencia ritual: claro que en una fecha tan triste...

Haberse criado sin la figura de la madre, ni tan siquiera recordarla, es algo que sin duda influye en la personalidad de cualquiera, como tantos otros acontecimientos violentos y pérdidas irreparables que pueden afectar a un niño. Como le afectan tantos otros factores heredados, es decir, lo que ya era ese niño antes de que le sucediera nada, lo que determina que frente a un hecho imprevisto reaccione de una manera y no de otra, de forma totalmente distinta a la de los demás niños que eventualmente hayan vivido la misma experiencia. Una manera de ser —lo que los clásicos entendían por temperamento— que en mi caso concreto hizo que un sentimiento de rechazo de la compasión ajena, casi de vergüenza, se impusiera al dolor provocado por una desaparición cuyo alcance exacto sin duda se me escapaba por aquel entonces.

Pocos años después, no ya en Viladrau sino en Barcelona, algo parecido se repitió con la abuela. Me hallaba yo en el jardín, cuando Marta me dijo: «Corre a darle un beso muy grande al abuelito, que la abuela ha muerto». Yo no sabía que acababan de llegar de la residencia en que la abuela había sido ingresada, pero la noticia no me causó la conmoción que tal vez esperaban los mayores, ya que la realidad era que la daba por perdida desde hacía tiempo, desde la tarde en que a Juan y a mí nos llevaron a visitarla. La mirada absorta con que nos acogió y que mantuvo mientras paseábamos entre los setos de boj, ella del brazo de una monja, sumida en la consideración de algún propósito para cuya realización nuestra presencia era sólo un estorbo. Y ahora, tras su muerte, al verme con los zapatos teñidos de negro, corbata negra y un brazalete de luto cosido a la manga de la chaqueta, la sensación predominante era otra vez de opresión y vergüenza, entregado como estaba a la curiosidad de mis compañeros del colegio, a sus preguntas, la expresión como aprensiva. ¿Quién se te ha muerto? Supongo que si no guardo recuerdos semejantes respecto a la muerte de mi madre será gracias a que algún mecanismo de defensa se habrá encargado de borrarlos por completo, a diferencia de otros recuerdos coetáneos, si no anteriores.

Es un lugar común, entre la gente de edad, exclamarse con asombro de lo rápido que pasa el tiempo. ¡Parece mentira! ¡Cada vez más rápido! Y así es: si un año, para quien está en la cincuentena, es la quincuagésima parte de su vida, para el que tiene tres es un tercio. A esa edad, las cosas, desde el punto de vista del que las vive, pasan realmente a otro ritmo. Carece de sentido no entenderlo así cuando el tiempo que consideramos *objetivo* también lo es sólo desde nuestro punto de vista, del mismo modo que los *años luz* con los que pretendemos medir el universo son un valor puramente teórico, una convención, no por la luz sino por los años, algo que es válido únicamente en relación con nuestro planeta. En la práctica, durante la infancia, el tiempo carece de transcurso; hay simplemente hechos, hechos que acontecen. De ahí la confusión que rodea a los primeros recuerdos cuando se refieren a cuestiones de las que otras personas puedan dar testimonio. Es probable que algunos de los míos sean anteriores a la muerte de mi madre, y si de ella no tengo ninguno será debido al mecanismo de defensa ya mencionado. Al decirseme, por ejemplo –o al entenderlo yo así–, que se había ido, que no iba a volver, bien pude decidir que lo mejor era olvidarla; y con ella, cierto número de recuerdos anteriores. ¿Es propiamente un recuerdo, por ejemplo, verme a mí mismo caminando de la mano de alguien por la terraza de Torrentbó, entre adultos vestidos de oscuro que conversaban animadamente, como reunidos por algún motivo festivo? Si lo es, habría que situarlo semanas antes de la guerra, cuando yo tenía poco más de un año, ya que hasta meses después de que acabara no pudimos volver a Torrentbó. ¿Recuerdo real o recuerdo de un sueño que evocaba una situación anterior olvidada? ¿Responde a un hecho contemplado por mí la visión de una gallina avanzando sin cabeza por la cocina de Viladrau o se trata más bien de una historia oída a otros al calor de los rescoldos en esa sombría cocina, algo que contaban las mujeres mientras, a contraluz, desplumaban un pollo?

Los recuerdos más nítidos se refieren a hechos fáciles de comprobar y hasta de situar en el tiempo. Familiares y vecinos escuchando la radio –*el parte*, como decían– en torno al lecho de mi padre. La búsqueda, supongo que junto con mis hermanos, por los alrededores del pueblo, de una hierba comestible llamada *vinagrelles*. El baile que los milicianos celebraban en una villa contigua a la nuestra. Los disparos y explosiones que precedieron a la entrada de las tropas franquistas; para quienes nos hallábamos cobijados en la penumbra, algo así como el paso de una tormenta. La emoción de los juegos a los que cabía entregarse a partir de la abundancia de armas, municiones y granadas de mano diseminadas por todas partes que los milicianos habían dejado en su retirada. La rápida reconversión de una vida cotidiana dominada por la penuria y el sobrecogimiento en el plácido ritmo de actividades propias de una colonia veraniega, con clases de solfeo para las chicas. La euforia de quienes venían de Barcelona a ver a mi padre, cargados de noticias, abuelos, tíos, socios y colaboradores, antiguas sirvientas que tal vez deseaban volver a casa, como María, la que fue mi ama de cría, o la María Gorda, ama seca de José Agustín. Las recuerdo a las dos, junto a una tercera sin rostro, aplicadas a la tarea

de untarme de aceite el esfínter anal con el alegre jolgorio de quienes están rellenando el pavo navideño... Recuerdos todos ellos definidos con especial relieve por salirse de lo cotidiano, por estar referidos a unos hechos que, en la medida en que, ajenos a la vida diaria, se desplegaban ante mis ojos como si de una representación teatral se tratase.

Lo propiamente mío, el modo de relacionarme con la realidad más allá de la rutina familiar, venía regido por mis paseos solitarios, por mi afán de explorar los alrededores del pueblo de forma cada vez más amplia y detallada, de relacionar mentalmente un punto con otro como quien se orienta contemplando un plano. Tal vez por ello y en la medida en que interiorizaba el resultado de mis incursiones, su recuerdo es mucho más indiferenciado y atemporal. Donde hubo nieve y manantiales helados, había ahora agua clara y fresas salvajes. El sol resplandecía en los suaves prados, en el aleteo verdiblanco de los álamos. Las castañas sonaban al desprenderse entre el amarillo de las hojas flojas. Había picos nevados. O una formación de oscuras nubes los cubría en pocos minutos, ya sin nieve, más bien azulados. Y había manzanas y vacas pastando y el despuntar sonrosado de los brotes de haya al sol de la mañana.

El recuerdo más diáfano y también más próximo, ya que corresponde al final de nuestra estancia en Viladrau, es el de acompañar a mi padre, cuando el tiempo era bueno, en sus paseos por las cercanías de casa, el sombrero calado, recogiendo con la mano las solapas del abrigo. Tomaba asiento en el banco de un jardín vecino y, más que hablar, observaba mis movimientos. «Es mi báculo», decía luego en casa; «mi lazarillo». Palabras cuyo significado exacto se me escapaba, pero que asumía como muestras de afecto. Metido en el lecho, quedaba de nuevo conectado con la sonda que drenaba de pus el pulmón izquierdo. Venía haciendo lo mismo desde unos dos años atrás, cuando contraí una pulmonía en los sótanos de la Jefatura Superior de Policía de Barcelona, a la que había acudido voluntariamente en busca de protección. Estaba amenazado de muerte por los pistoleros de la FAI y había contratado los servicios de dos guardaespaldas, pero algo debió de fallar cuando los sucesos de la primavera de 1937, por lo que no tuvo otro remedio que buscar el amparo de la policía. El que pese a su estado de salud nos fuéramos a vivir a Viladrau obedecía al mismo motivo: en la casa de Barcelona o en la finca familiar de Torrentbó su vida hubiera corrido peligro. En un pueblo también era más fácil conseguir alimentos y, por otra parte, mi madre se encargaba de traer de Barcelona lo que sólo pudiera encontrarse allí. Fue en el curso de uno de esos desplazamientos cuando perdió la vida, durante una incursión aérea italiana.

El regreso a Barcelona supuso un corte total con mi vida anterior. Por más que yo fuera de allí, me había criado en Viladrau y todas mis experiencias se referían al campo. De la ciudad sólo sabía lo que me habían contado o había oído decir y, a falta de referencias directas, se me hacía difícil de imaginar, especialmente en sus aspectos más excitantes, lugares como el puerto o el metro. Sin embargo, una vez instalados, tanto la casa en sí, como el entorno más inmediato de calles apacibles y villas ajardinadas resultaron tan ricos en sugerencias que ni se me ocurrió pensar en el resto de la ciudad.

Nuestra casa, al igual que alguna otra de las proximidades, había servido de alojamiento durante la guerra a miembros de las Brigadas Internacionales, y aquí y allá habían dejado diversas construcciones auxiliares, una de ellas junto al garaje: un lugar excelente para establecer mi cuartel general. Desde allí, y a través de la azotea de una construcción vecina, no tardé en organizar una salida secreta que daba al Camino del Cementerio; se trataba de un cementerio ya entonces prácticamente en desuso, pero no por ello menos inquietante, o tal vez más, precisamente por ello. Al otro lado, tras una sucesión de villas ajardinadas, iglesias, colegios y conventos, el casco viejo de Sarriá, un antiguo pueblo absorbido por la expansión de Barcelona. Sus apretadas calles, por lo pueblerinas, me resultaban totalmente familiares; además, había puestos de helados y quioscos en los que la abuela no tenía más remedio que comprarme cada vez un cómic.

Los abuelos, en aquella época, fueron los miembros de la familia con los que tuve un mayor contacto. Mis hermanos tenían sus amigos y sus recuerdos comunes de antes de la guerra, lugares que yo ni había pisado –Puigcerdá, Llansá–, de forma que apenas si me prestaban atención. Mi padre, parcialmente recuperado, había retomado sus ocupaciones aunque, de vuelta en casa, solía tumbarse sobre la cama. Al cansancio propio de la enfermedad se unían sin duda las preocupaciones por la buena marcha de ABDECA, *La fábrica* –como él decía–, en tiempos del estraperlo. Un 6% de beneficio le parecía más que suficiente y no estaba de acuerdo con los restantes socios, partidarios de vender en el mercado negro una parte del cupo de gasóleo que *La fábrica* tenía asignado. Se trataba de una industria dedicada al aprovechamiento integral de los despojos de los animales de tiro, entonces aún muy numerosos en todo tipo de actividades, con los que se elaboraba piensos, colas y abonos. El carácter ejemplar de la idea, muy anterior a todo planteamiento ecológico, no impedía que más bien me avergonzase hablar de su existencia, tanto por la naturaleza de los productos obtenidos, cuanto por el hedor que reinaba en las instalaciones cuando, no recuerdo con qué motivo, me fueron mostradas. Así pues, aunque cada día reclamaba mi presencia junto a su cama mientras se tomaba una infusión de manzanilla, sus fuerzas le daban poco más que para interesarse por lo que yo había hecho desde el día anterior.

En cambio los abuelos parecían haberse propuesto suplir a mi madre en lo que a mi cuidado se refiere, haciendo de esa tarea un estímulo para su propia vida. La abuela era una mujer que contrarrestaba las desgracias y penalidades sufridas con una constante actividad de la que formaba parte el haberme tomado a su cargo, ya que era ella quien me acompañaba a todas partes, se ocupaba de mis cosas, me leía en voz alta. Por lo demás, en la mesa, en la sala de estar, más ansiosa que simplemente atenta, procuraba estar siempre al tanto, presta a remediar atropelladamente cualquier contratiempo que pudiera surgir. Su expresión, profundamente desolada a la que se descuidase, no tardó en desbaratarse más y más, según se afirmaban los síntomas de lo que entonces se diagnosticaba –no sé si con propiedad o no– como demencia senil. El abuelo era un hombre afable y callado, cuya tendencia al orden le llevaba a mantener las pautas

cotidianas por encima de todo a modo de defensa, como para conjurar el caos, para evitar que la adversidad terminara por arrollarnos a todos. Tal vez por la misma razón nunca hablaba de sí mismo, de sus problemas y de sus sentimientos, actitud que también la abuela parecía haber hecho suya. Así, mientras mi padre se refería con frecuencia a «la pobre Julia» o lamentaba la propia desgracia, no recuerdo que los abuelos evocaran jamás su recuerdo en términos similares, como tampoco que se refirieran, al menos en mi presencia, a tía Consuelito, su otra hija, cuya vida se estaba extinguiendo inexorablemente por aquellos días.

Más reservada, si cabe, era Eulalia, la criada que había entrado a servir en casa al acabar la guerra y habría de acabar convertida casi en un miembro más de la familia hasta su muerte, veintitantos años más tarde; sólo entonces supimos que quien la visitaba de vez en cuando y ella presentaba como su hermano, era en realidad su hijo. Llevaba la casa, hablaba poco y, con una sensatez infantil de puro simple, aplacaba las tensiones que a veces creaba mi padre en su relación con el abuelo, cuando, por ejemplo, todos le oíamos exclamarse, «¡y yo que me casé con una mujer que era una belleza he de terminar mis días junto a este hombre!». Pero las funciones de Eulalia –que, en realidad, se llamaba Julia, como mi madre, y tuvo que cambiar de nombre porque a mi padre le resultaba difícil llamarla así– terminaban en la puerta de entrada, y quienes me acompañaban al parvulario o de paseo o me llevaban de visita eran los abuelos. A través de ellos conocí a tíos y primos de mi familia materna, una relación que tras la muerte de la abuela tendió a debilitarse. Los tíos y primos de la rama paterna nos visitaban con mayor frecuencia, tal vez en atención al estado de salud de mi padre, y en verano muchos de ellos acudían a pasar unos días con nosotros en la finca de Torrentbó.

Lo que sin duda me causaba mayor emoción eran mis incursiones de reconocimiento del entorno más inmediato. La casa contigua, por ejemplo, en aquella época deshabitada; descubrí que podía colarme por la ventana de un aseo y tardé poco en conocérmela al dedillo, sin otra inquietud que toparme algún día con la mujer de la limpieza que se dejaba ver por allí de vez en cuando. O los jardines circundantes, uno de ellos inmenso y silencioso como si en la villa a la que pertenecía se hubiera cometido un crimen. O el garaje de un vecino alemán. Un dominio del territorio de gran utilidad para cuando me trajese amigos y jugáramos al escondite, o a bandas, o a ensayar suplicios.

El Parvulario San Ignacio supuso una primera experiencia de vida social. Se trataba de un pequeño edificio con un pequeño jardín en la parte posterior, regido por dos maestras que eran hermanas, la señorita Rosa y la señorita María, poseída ésta por la belleza un tanto fanática de una santa. Y sería el talento de las profesoras o la adecuada relación entre las reducidas proporciones del lugar y el reducido grupo de párvulos, pero el caso es que la experiencia fue un éxito, ya que no sólo aprendí a leer y escribir con gran rapidez, sino que no tardé en convertirme en el líder del patio, inspirador de los juegos y figuraciones de mis compañeros. También allí se nos instruyó en el ritual y significado de la Primera Comunión, que ensayamos repetidamente en la iglesia de los jesuitas de

Sarriá. Las fotos de la ceremonia reproducen magníficamente lo que fue la celebración, y mi retrato lo que yo era realmente: el traje de marinero, la raya que divide en dos planos el cabello rubio, la sonrisa enigmática, los ojos claros, risueño el derecho, entrecerrado y frío el izquierdo: la imagen de un niño que no teme a un infierno en el que no cree.

Contrariamente a lo que esperaba, tras el paso por el parvulario no ingresé en los jesuitas de Sarriá sino en el Colegio Bonanova de los Hermanos de Lasalle, al que también fueron trasladados Juan y José Agustín, sin que el hecho de hacer a diario el mismo camino supusiera una relación más estrecha entre nosotros. No obstante, siempre hubo un mayor entendimiento con Juan que con José Agustín, no tanto por ser menor la diferencia de edad como por una cuestión de carácter. José Agustín tenía una irrefrenable propensión a chingar, especialmente a Juan, que predisponía a la desconfianza. Nuestras respectivas preferencias políticas durante la Segunda Guerra Mundial son en este sentido muy ilustrativas. Mientras que mi país preferido era Inglaterra, el de Juan era Francia —en definitiva aliados—, mientras que el de José Agustín era Italia, la Italia de Mussolini. Un tiempo en el que yo era *El Chato*, Juan, *El Nitus*, José Agustín, *Pepito*, y Marta, *Tita*, nombres que ocasionalmente, entre nosotros, aún resurgen en el presente.

Si en el parvulario me revelé como un gran comunicador, al dejarlo atrás perdí tal facultad para siempre sin que me sea posible explicar la causa. Hay gente que se hace escuchar aún antes de abrir la boca, y su actitud, su voz y sus palabras atraen como un imán la atención de cuantos le rodean. A mí me pasa exactamente lo contrario, no bien tengo que dirigirme a más de tres o cuatro personas. En las reuniones me cuesta hacerme oír y la gente deja de prestarme atención a la que cualquier otro tercia con sus palabras. Las charlas sólo se me dan si me atengo rigurosamente a un esquema previo, sin permitirme improvisaciones, lo que me hace ser siempre más breve de lo esperado, ya que el recurso de leer en alto también se me da mal. Semejante cambio coincide con el paso de la pequeña habitación que hacía las veces de aula en el parvulario a la clase de setenta alumnos de grado elemental, todos ellos desconocidos, del colegio Lasalle, donde, en el aire gris de una mañana lluviosa, centelleaban al fondo las gafas del profesor. Y con el hecho de que durante dos o tres años no hice allí ningún amigo, interesado más bien en observar su comportamiento, cuyas rarezas, o lo que para mí lo eran, no me invitaban a intimar. Como tampoco el peculiar y machacón humor infantil: ese *Goytisoló va siempre solo* o el tedioso ingenio de la reiterada pregunta, *¿Te llamas Goytisoló o Goytiacompañado?* Algo de esa desafección hacia el lugar habría de persistir hasta el término del bachillerato, pese a que para entonces tenía ya buenos amigos y destacaba sin esfuerzo en determinadas materias.

Pero por el momento, mis compañeros de juego siguieron siendo los de antes, amigos del parvulario que ahora iban a otro colegio, como Guillermo y sus hermanos, o chicos del barrio que conocía de intercambiar tebeos, como Manolo. Con Guillermo y los suyos constituí la Banda del Cangrejo, de la que yo era el jefe, y al atardecer salíamos a galopar por las calles con turbantes hechos de bufandas, esgrimiendo ramas de palmera a modo

de espingardas. En una ocasión, entregados a la práctica de suplicios –lo que imaginábamos como el de la rueda, en este caso–, Guillermo se vio sacudido por una eyaculación que nos llenó de pavor, ya que ignorábamos a qué podía responder aquello; convinimos en que debía de ser por las ligaduras.

En mi relación con Manolo también mandaba yo, tal vez porque él era hijo del guarda de un almacén de material para la construcción y daba por supuesto que yo tenía mayores conocimientos. Nos dedicábamos a seguir disimuladamente a sospechosos y, al menos en una ocasión, acertamos de pleno, ya que frustramos el robo que nuestro sospechoso pretendía cometer en un edificio en obras. En cambio, no teníamos el menor reparo en colarnos en el estudio de un escultor que lindaba, pared con pared, con el almacén a cargo del padre de Manolo. Allí nos proveíamos de papel de dibujo y tubos de pintura, y yo me apropié de un boceto al carbón de una mujer desnuda, así como de un libro de anatomía en francés, que ilustraba en color y con todo detalle las peculiaridades de los genitales femeninos, algo que yo no tenía suficientemente claro. Escondido entre mis cosas, guardé tanto el dibujo como el libro, hasta que un buen día me encontré con que se habían esfumado. Mis sospechas recayeron de inmediato sobre Marta, perfectamente capaz de haberlos confiscado, pero no me atreví a protestar.

Manolo era un año o dos mayor que yo, aunque no más desarrollado; de constitución compacta pero mal proporcionada, llevaba el pelo casi rapado, lo que le daba cierta apariencia de pequeño mendigo. Claro que en una ocasión también mis hermanos y yo fuimos rapados al cero, con motivo de una epidemia del llamado *piojo verde*. Y en invierno era normal notar los labios cortados y tener sabañones, así como enfermedades que, a diferencia del sarampión o la escarlatina, no parecen contar con una vacuna, como las paperas. También eran habituales operaciones quirúrgicas hoy poco frecuentes, como la de amígdalas o la de apéndice, así como la de fimosis, con mucho, la más temida, al menos por mí. Ya en Lasalle, se me diagnosticó precisamente fimosis, pero yo creo que fue el pánico que me acometió durante la revisión médica lo que indujo al doctor a errar en su apreciación.

Por aquella época ya había experimentado lo que era tener un orgasmo, pero la sensación de desamparo propia del desenlace hizo que mi entrega a prácticas onanistas fuese mínima; lo encontraba humillante, algo que nada tenía que ver con mis fantasías previas, muy relacionadas con mis lecturas y con determinadas actrices de cine. Prefería pensar en lo que haría cuando mi aspecto no fuera ya el de un crío. O escribía historias que lo plasmaran y que indefectiblemente se quedaban sin terminar. O esbozaba pinturas y dibujos más violentos que propiamente eróticos.

Por suerte, cada verano, mi afán de aventuras encontraba en Torrentbó el escenario más adecuado: la casa con sus diecinueve dormitorios, la capilla, las bodegas, las dependencias agrícolas, los estanques, los cultivos y, sobre todo, el monte, los bosques. Preparaba la maleta con semanas de antelación, en cuanto la proximidad de los exámenes me hacía ver que el traslado se aproximaba más y más. El desarrollo de mis planes

dependía de la lectura del momento, y el mismo barranco que me situaba en la India valía para el Salvaje Oeste, el Kurdistán o África. Escenificaciones para las que, si no contaba con la participación de ningún amigo, no me importaba protagonizar a solas, sin más compañía que la de mi carabina de aire comprimido. La relación con la colonia veraniega de los pueblos vecinos me aburría y procuraba escabullirme siempre que mis hermanos organizaban algún encuentro. Y en una de las ocasiones en que no me fue posible hacerlo, mi sacrificio se vio recompensado al toparme de buenas a primeras con Isabel, que participaba en la excursión invitada por unas amigas. Y su alegría al reconocermelo hizo rebosar la mía, ya que, si cuando en Barcelona no me atrevía a dirigirle la palabra, semejante reacción podría ser indicio de que empezaba a dejar de verme como un crío.

El hecho de que los juegos que proyectaba por anticipado cambiaran de signo poco a poco hasta convertirse en proyectos personales relativos a mi futuro se debe en gran parte a la evolución de mis lecturas. En esa evolución fue decisivo el papel de tío Luis, mi padrino, que fue modificando de forma paulatina el carácter de los libros que me regalaba con motivo del santo o de la fiesta de Reyes, de manera que las obras de Salgari, Zane Grey, Karl May, o Sabatini, se vieron sustituidas por las de Walter Scott, Stevenson, Melville, Conrad o Pío Baroja. Lo mismo puede decirse de la relación con tío Leopoldo, de su conocimiento del mundo, sus historias, sus ensoñaciones, propias de quien apenas si ha viajado por simples razones de comodidad. Fue él quien hizo surgir en mí la idea de repetir la hazaña del bisabuelo –hacer fortuna en Cuba– o de tío Joaquín –hacerla en Argentina–. Sólo que en otras tierras, en lugares que en aquellos momentos parecían ofrecer más posibilidades, Australia, Angola, Venezuela. De ahí mis ansias por documentarme, por conocer más información acerca de esos países a la vez que de leer libros de ganadería o de cultivos tropicales. Proyectos difíciles de compaginar con otros que me asaltaban de vez en cuando, como el de ser piloto de aviación o capitán de barco, fruto más bien de mis lecturas propiamente literarias. Todo ello pese a la decepción que me produjo tratar a tío Joaquín en uno de sus primeros viajes de regreso a España, ya que no era el aventurero que yo había imaginado sino un hombre de carácter abierto, directo y campechano. Con todo, el influjo de cualquiera de ellos sobre mi visión del mundo fue muy superior al que pudo ejercer mi padre, que raramente hablaba de sí mismo; en el jardín, con frecuencia le sorprendía mirándome en silencio por encima del periódico, y entonces me preguntaba qué tal iba todo, algo a lo que invariablemente yo contestaba que muy bien. Supongo que la principal huella dejada en mi carácter por la figura paterna se refiere no tanto a mi visión del mundo como a mis hábitos. Si sus artículos publicados en revistas científicas –las virtudes y aplicaciones de la soja, la agricultura que hoy llamaríamos ecológica, las bondades del magnesio– le definen como un precursor, su concepto de dieta sana –frutas, verduras, pescado, carne, quesos– y de dietas y hábitos malsanos –tabaco, alcohol, grasas, conservas, la mayor parte de los embutidos, etc.–, que le ratifican como adelantado, han terminado por irme ganando para

la causa. Al igual que algunas aprensiones o manías: la costumbre de lavarme las manos tras haber tocado dinero, algo que él consideraba perfecto vehículo de transmisión de toda clase de enfermedades.

La lectura, el intercambio de novelas, se encuentra también en el origen de mis amistades de colegio, Herralde, Sariola, Gamboa... La lectura y el hecho de que los pocos que leíamos permanecíamos sentados en el banco mientras los demás iban a comulgar durante la misa del jueves. Recuerdo haber aportado obras de Balzac y Turgueniev, de Hemingway y de Faulkner; la que más entusiasmo suscitó fue *Santuario*, debido sin duda a su carga libidinosa. También hablábamos de películas y comparábamos nuestras actrices preferidas. Algunos alardeaban de experiencias sexuales que a todas luces no habían tenido, del mismo modo que hubo quien afirmó haberse colado en el cine donde proyectaban *Gilda*, lo que le permitió contemplar cómo Rita Hayworth se desnudaba por completo. Fantasías onanistas aparte, la realidad era que a la salida del colegio iban a encontrarse con las chicas que salían de un colegio de monjas situado en las proximidades, algo en lo que yo nunca participé, ya que aquellas adolescentes a medio formar poco tenían que ver con la mujer hecha y derecha que yo imaginaba. En una cosa estábamos de acuerdo: vivir intensamente era lo único para lo que valía la pena vivir.

Las amistades de mis hermanos también cambiaron en el curso de unos pocos años. Si José Agustín se había relacionado sobre todo con gente del barrio, aficionados como él al fútbol, al irse a estudiar a Madrid, el trato con universitarios hispanoamericanos que residían en el mismo colegio mayor le cambió por completo. Y Juan, al acabar el bachillerato, pronto se desentendió de sus antiguas amistades del colegio, pijos con los que por mucho que se esforzara poco tenía en común, y no le fue difícil introducirse en los precarios círculos literarios de la época. Marta, la más inmersa en el ámbito familiar, se relacionaba fundamentalmente con las primas, así como con alguna que otra amiga de similar manera de ser, chicas alegres y animosas a las que les gustaba juntarse, mientras que salir con un chico más bien hubiera sido considerado una extravagancia salvo que fuera en plan formal, con un confortable hogar como objetivo, con lujos, con sirvientes, con veraneos. Claro que los años que me separaban de mis hermanos suponían, a esas edades, un verdadero abismo, y si yo desconocía algunos aspectos de sus respectivas vidas, ellos ignoraban por completo la mía, la del pequeño. Recuerdo, en pleno bachillerato, un encuentro casual con Juan en el mercado de libros de ocasión que se celebraba los domingos por la mañana en la Ronda de San Antonio, cuando teóricamente, de cara a nuestro padre, cada uno había ido a misa por su cuenta. Sabes, José Agustín tampoco va a misa, me dijo tan regocijado como sorprendido.

Cuando en casa se hablaba de *la familia* se sobreentendía que nos estábamos refiriendo a la familia paterna. Como si la desgracia propiciase el distanciamiento, la relación con la familia de mi madre llegó a ser casi inexistente; por lo general, las visitas de cumplido las hacía el abuelo en solitario. En lo que a mí se refiere, las reuniones familiares me aburrían y, en lo posible, intentaba escabullirme. Sobre ellas planeaba

siempre la idea de que la época dorada de los Goytisolo fue la del bisabuelo Agustín, en Cuba, y a lo sumo, la del bisabuelo Antonio, ya en Barcelona, por lo que ahora había que resignarse a ir tirando. No faltaban excepciones, es cierto, figuras ejemplares como la del primo Julián y la del primo Berchmans, que durante la guerra habían huido a Francia para luego unirse a las tropas de Franco; el primero, además, era ingeniero y acuarelista y el segundo, notario y jurista famoso: pero los dos eran Goytisolo por parte de madre. Los que sí se llamaban Goytisolo eran los de Argentina, y en el éxito allí obtenido por tío Joaquín se veía una réplica aceptable de la gesta del bisabuelo. Por otra parte, yo era mucho más joven que casi todos mis primos, por lo que, para el caso, me resultaba más fácil la relación con tío Luis y tío Leopoldo, que apreciaban en mí un genuino interés por sus palabras. Durante la guerra ambos habían sido encarcelados por la FAI, al parecer a raíz de una absurda denuncia, y hubieran podido acabar fusilados de haber sido otro el resultado de los sucesos de mayo del 37. Fui a la cárcel por culpa de los anarquistas y liberado gracias a los comunistas, contaba con sorna tío Leopoldo. Y es que si a mi padre le caracterizaba la vehemencia y a tío Luis el espíritu contemplativo, a tío Leopoldo le caracterizaba la ironía. Y si a tío Luis le debo el haber tutelado con el mayor tino mi iniciación en la lectura, a tío Leopoldo, con sus historias, el haberme permitido establecer esa constelación de nombres y espacios, de antepasados adscritos a un lugar determinado que le explican a uno, en términos simbólicos, de dónde procede: el País Vasco, Cienfuegos y el bisabuelo Agustín, la abuela Catalina y Mahón, el abuelo Antonio y Torrentbó, navieras menorquinas y plantaciones cubanas. Algo a lo que sólo me quedaba por añadir Viladrau y la guerra. El punto de partida. Nombres de lugares que responden a imágenes fijas, atemporales. El paisaje al que se ve adscrito el recién llegado, esto es: yo. O mejor: Luis José Alejandro, la tríada de nombres con que se me inscribió en el registro civil. Una tríada que, debido a la información que aportaba respecto al sujeto, era ya en sí misma un documento de identidad. Así, Luis por mi padrino, José por mi padre y Alejandro por haber nacido un 17 de marzo, fecha que san Alejandro comparte entre otros con san Patricio. Una información completada por la que se deriva de la mención, en la partida de nacimiento, de los apellidos del padre y de la madre, fruto, sin duda, de la obsesión por la pureza de sangre que tanta importancia tuvo en el pasado; fue así, consultando partidas de nacimiento de los antepasados, como descubrí que entre mis apellidos por línea materna figura el de Thomas, típico de *converso*, de judío converso.

Al igual que mis primeros recuerdos, mis primeros sueños se hallan adscritos a Viladrau. Y no me refiero a sueños que tengan por escenario Viladrau; los habré tenido, pero el hecho es que no he retenido ninguno. Lo que sucede es que los sueños poseen su propia memoria, independiente por completo de nuestra conciencia, de forma que aspectos o elementos de lo ya soñado reaparecen posteriormente en otros sueños. Las contadas veces en que mi madre ha comparecido en alguno vestía conforme a la moda de la época, una mujer joven y hermosa que me riñe con la severidad impostada con que se riñe a un niño que no se quiere tomar la merienda o similar fechoría. De ahí que la

impresión de haber soñado anteriormente lo que se ha soñado, lejos de ser una ilusión, puede responder por completo a la realidad: lo que nos parece ya soñado fue realmente soñado, en todo o en parte, con anterioridad. Puede hablarse incluso de series de sueños, sueños que se repiten, bien con ligeras variantes, bien con la aportación de elementos complementarios que contribuyen a su desarrollo argumental a lo largo de los años. Así, deambular por una ciudad que a veces se corresponde con una real –Barcelona, París, Madrid, Bilbao, Amberes– y a veces a una sin nombre pero que, pese a ser imaginaria, creemos conocer bien, y descubrir de pronto una gran extensión de calles y más calles y de oscuros edificios monumentales, un barrio entero cuya existencia desconocíamos pese a estar, como quien dice, a la vuelta de la esquina, nada más rebasar un cambio de rasante. La importancia de los llamativos aspectos urbanísticos y arquitectónicos de ese nuevo espacio que se abre ante nosotros no hace sino incrementar nuestra perplejidad según nos vamos adentrando, por lo incomprensible que resulta el que no hayamos conocido su existencia hasta ese momento. En alternancia –a lo largo de los años– con esa serie, la del edificio próximo, a veces contiguo: un sueño, si cabe, más recurrente y de mayor realismo, hasta el punto de que, ya despierto, te sorprendes aún de haber llegado a olvidar esa edificación contigua o próxima en la que has soñado, sin ser todavía consciente de que su existencia se halla circunscrita a un sueño. Esa casa se encuentra en estado ruinoso, pero su magnífica estructura de piedra de sillería la hace susceptible de una buena restauración. Se trata de un edificio de gran volumen abierto a los cuatro vientos, y recorrer sus amplias estancias y sus caprichosos vericuetos interiores suscita un estado de euforia o júbilo similar al que produce una grata sorpresa, una gran noticia totalmente inesperada. Sueños cuya interpretación literal me parece demasiado simple por más que mi afición a reordenar el espacio me haya llevado a emprender obras de rehabilitación en tres o cuatro ocasiones.

Tampoco creo que tenga relación con el hecho de que toda familia en la que se rinde culto al apellido tuvo siempre un momento de esplendor –asociado por lo común a la figura fundacional– que hace que el tiempo presente sea inevitablemente la decadencia, lo que confiere a ese apellido un carácter de gloriosa ruina. El fundador, en tanto que figura mítica, resulta inalcanzable, y por mucho que destaque alguno de sus descendientes, su éxito será meramente personal, ajeno a la liturgia establecida en torno al apellido Goytisoló, en este caso. Y cualquier disonancia respecto al relato establecido suele ser totalmente descartada. La hipótesis de que la bisabuela tuviese un toque de sangre negra, por ejemplo, posible a juzgar por su aspecto y muy patente, al parecer, en los rasgos de tía Trina, una de sus hijas; duda tanto más razonable por cuanto que esa rama de la familia, aunque de apellido vascofrancés, procedía de Martinica. Si mi parecido con el retrato de joven de raza etíope que venía en mi libro de ciencias naturales me llevó a pensar, cuando estudiaba el bachillerato, que la hipótesis era no ya verosímil sino incluso muy atractiva, años después, el físico de un joven *luba* enteramente desnudo que

aparecía en una foto de Lenie Riefensthal no hizo sino confirmar mi regocijante sospecha.

Si tío Leopoldo se complacía en airear esta cuestión, había otra que, empezando por mi padre, incomodaba aún más al resto de la familia: la posibilidad de que tal vez no nos correspondiese llamarnos Goytisoló, dado que la madre del bisabuelo Agustín, mi tatarabuela Magdalena Lezarzáburu, fue al parecer una reconocida adúltera. Un temor que parecía venir avalado por la temprana decisión del bisabuelo de emigrar a Cuba, como huyendo de una situación familiar que le resultaba sofocante. Sólo en fechas recientes, merced a unos documentos llegados incidentalmente a mis manos, me ha sido posible deslindar lo cierto de lo erróneo en una historia que entonces se conocía sólo de oídas. Esto es: que Magdalena Lezarzáburu, en efecto, había sido una notoria adúltera, pero que Agustín era hijo, no del marido sino del amante, llamado asimismo Agustín Goytisoló, por lo que el derecho al apellido es evidente, tanto más por cuanto que, a los pocos años, aquel pequeño fruto del adulterio fue reconocido por su padre biológico, un hecho que no parece haber sido causa de problemas conyugales para Magdalena, que siguió viviendo con el marido en aparente buena armonía, hasta el punto de que si al hijo, al nacer, se le había puesto el nombre de José Luis, posteriormente le fue cambiado por el de Agustín. El cuadro completo, cuya figura central es sin duda Magdalena Lezarzáburu, resulta todavía más singular, ya que dos años antes de que naciera el pequeño Agustín había tenido una niña –Pía Paulina–, que el tatarabuelo también reconoció como hija. Pero el caso es que, con anterioridad, Magdalena había tenido tres hijos de su esposo –Ignacio– y tras los dos Goytisoló naturales, tuvo seis más, igualmente naturales, de un nuevo amante –Francisco– con el que acabó casándose a la muerte del marido.

Sí: referirse en casa a *la familia* era sinónimo de estar hablando de la familia paterna. Cuando se hablaba de *los tíos*, por ejemplo, se daba por descontado que eran los cuatro hermanos y cinco hermanas de mi padre. Y mientras tía Montserrat era la menor de ellas, la prima hermana de mi madre, llamada también Montserrat, era para nosotros Montserrat Gay. Sólo en un segundo plano y entre dos luces, un sol y sombra –eso sí– paulatinamente ganado por el sol, la familia materna. Retratos desvaídos, figuras de rasgos más perfectos en su risueña sorpresa propia de los días felices, ajenos aún a las penas de amor, a la enfermedad, a los abismos de la tragedia. María Mendoza, Ramón Vives, Consuelo Gay, tal vez mi madre, una familia en la que, en cada generación, alguno de sus miembros se ha entregado a la creación literaria, a modo de testigo que se transmitiera siempre por línea materna, con lo que cada vez el apellido creador ha sido otro.

Figuras desdibujadas por su propia aura, miradas de interpretación tanto más difícil cuanto más se pierden en el pasado, imágenes hieráticas a semejanza de esos muebles que configuraron su vida cotidiana y que hoy conviven con nosotros, descolocados, fuera de contexto, en funciones que poco o nada tienen que ver con las que les fueron propias,

de traslado en traslado, de casa en casa, con largos periodos en el desván en más de una ocasión, entremezclados con muebles procedentes de otras ramas familiares. El armario de chicaranda, cuyos espejos tantas ilusiones han recogido. Los sillones de salón de Cienfuegos. El escritorio del abuelo Antonio. El secreter del abuelo Ricardo. La lámpara de cristal tallado, regalo de boda de alguien. La librería giratoria de tía Consuelito, la mecedora de tía Catalina, el mueble en el que María Mendoza guardaba sus manuscritos, formas oscuras y como dormidas; cada una arrastrando su propio karma, trastos a la vez que reliquias, valiosos al tiempo que olvidados, con la resignación de esos héroes del mundo helenístico que deambulan por el Hades, imbatidos pero sombríos, hechos ya a su suerte con entereza. Reunidos en la vieja casa de campo soportan con desdén la admiración que demuestran los visitantes, altanería a la que no es ajena la propia casa que los acoge, como bien pone de manifiesto el irritado chirriar de sus postigos al ser abiertos en las mañanas de invierno.

II

Reconociendo el paisaje circundante

Un aleteo de palomas sonando como un aplauso, imposible saber cuántas; un aleteo robusto y estentóreo, las torcaces desprendiéndose del ramaje a cubierto de toda mirada, alejándose al amparo de las altas ramas, emprendiendo un vuelo curvo hasta integrarse en cualquier otro punto –posiblemente no muy lejano– del espeso bosque. En apariencia, todo igual que hace cincuenta años. El mismo bosque, aunque los árboles más corpulentos fueron talados hace ya tiempo y ahora son otros los que ocupan su espacio. El mismo claro abierto en la espesura, bordeado de rosales silvestres, un lugar despejado que permite a las palomas levantar el vuelo antes de que lleguen a ser avistadas. Las mismas palomas –unas cuantas menos que entonces–, que repiten hasta en el más mínimo detalle el comportamiento de aquéllas. Y yo, que soy el mismo con cincuenta años más y con la experiencia resultante de lo sucedido entre aquellos días, cuando me hallaba pasando una temporada en el castillo de Riudabella *retirado de la circulación* – como solía decirse– a causa de las detenciones que se estaban produciendo en Barcelona tras el éxito de la llamada «huelga de tranvías», y el momento presente, cuando paseo hasta ese lugar con el pensamiento puesto en estas líneas.

El comportamiento de las palomas, con sus pautas idénticas que se transmiten de generación en generación, es menos ajeno al ser humano de lo que pudiera parecer a primera vista. Y es que la pertenencia de la persona a uno o varios colectivos de tal o cual naturaleza (nacional, religioso, étnico, ideológico, de hábitos sociales o tendencia sexual) suele condicionar su comportamiento según crea el sujeto que así lo exige su pertenencia a la colectividad, al grupo. Lo vemos a diario en la retransmisión de los sondeos callejeros que nos ofrece la tele, gente que responde lo que cree que se espera que responda, con ira, con sorna, con los ojos súbitamente cuajados de lágrimas y la voz quebrada para mayor énfasis y según sea el caso. En la medida de lo posible yo siempre he procurado huir de tales condicionamientos, no para sentirme superior o diferente, sino para saber quién soy y cómo soy, y a partir de ahí, poder escribir, poder amar, poder relacionarme con mis semejantes en el sentido más estricto, con las personas que más se asemejen a mí.

Tengo idea de que mis ejercicios de autodefinición los acometí muy tempranamente, pero los que mejor recuerdo, tal vez porque su objetivo era delimitar campos ante los

amigos, se remontan a mi época de bachiller. Se trataba, por ejemplo, de establecer las preferencias de cada uno en lo que a mujeres se refiere, su perfil, sus rasgos físicos. Yo decidí que las prefería rubias y de ojos claros, no sabría decir por qué, ya que las actrices que más me impresionaban, empezando por Ava Gardner, eran todas morenas. Pero aquello no pasaba de ser una labor de desbroce que, con el paso del tiempo iba a permitir cuantas rectificaciones hicieran falta para separar lo verdadero de lo figurado. Dilemas a veces absurdos, como el de dilucidar si prefería la novela francesa del XIX o la rusa. O decantarme por el estilo de Azorín frente al de Gabriel Miró en mis incipientes experimentos narrativos, cuando la realidad es que hasta que descubrí a Pavese no empecé a vislumbrar un camino propio.

Caso aparte fue el de la iniciación sexual, ya que, al serme imposible elaborar una pauta en la que para mí era materia desconocida, el temor a la torpeza o el ridículo en mi primer contacto con una mujer de mi agrado, me llevó a emprender una especie de entrenamiento o aprendizaje con prostitutas. En realidad, sólo unas pocas veces, ya que al igual que me humillaba la masturbación, me humillaba el trueque, dinero a cambio de actividad sexual. Además, Toni, la última de las chicas con las que trabé relación, tal vez divertida por el encuentro, ya que yo no tenía ni la edad ni el aspecto de tener la edad requerida para entrar en un prostíbulo, me propuso que nos viéramos fuera, como amigos. Tomábamos algo en una tasca y luego íbamos a su pensión. Y allí, una tarde, tendida boca abajo en la cama, sacando culo, las nalgas entreabiertas, mirándome por encima del hombro, preguntó: ¿Y a ti no te gusta lo que se guarda pa'l novio? Dos blancuras semiesféricas emergiendo, todo un mundo.

Los intentos de autodefinición son un ejercicio de la adolescencia, cuando el individuo empieza a aprender por sí mismo de la vida, al margen de lo que le haya sido enseñado de oficio desde que comenzó a ir a la escuela. Es decir, al margen de lo que le viene dado por su pertenencia a una familia concreta de un lugar concreto, aquel en el que el sujeto ha venido al mundo. Si lo dado se halla esencialmente vinculado al espacio –ese lugar del que se es oriundo, el medio familiar, el idioma, el paisaje circundante–, lo que el individuo se propone ganar para sí, esto es, un futuro personal, cuanto va de la profesión a la relación amorosa pasando por la amistad, es algo que se halla vinculado al tiempo, o mejor, a su transcurso, a la evolución de personas y cosas, a los cambios que experimentan, empezando por los que experimenta uno mismo. A lo largo de ese transcurso temporal, el *temperamento* que ya singularizaba al sujeto al nacer se va configurando en un determinado *carácter*, que en los aspectos apreciables por los demás es lo que suele entenderse por *personalidad*. El contacto con lo que nos rodea cambia según la edad, es cierto, aunque también lo es que resulta fácil dejarse engañar por la perspectiva. Convenir, por ejemplo, en que las amistades más firmes son las del *cole* o las de la *mili* o de la *uni*, ya que una relación de amistad puede crear se en cualquier etapa de la vida; lo que sucede es que la evocación retrospectiva de aquellos tiempos, enaltecida por la distancia, suele ser más gratificante.

En lo que concierne a los amigos, en la universidad se repitió inicialmente el mismo esquema de los dos círculos independientes propios de mis años de bachiller. Por un lado, los amigos del barrio, relacionados o no con el colegio. Por otro, las amistades que se hacían en el patio de la Facultad de Derecho entre clase y clase. Los primeros eran amigos de tiempo libre, de ir por ahí de copas, de toparse con otro grupo más o menos conocido y seguir todos juntos; María Antonia y yo nos encontramos en el curso de esas salidas. Los del grupo de la facultad, en cambio, nos veíamos sobre todo en el bar, o a la salida, y la afinidad existente era sobre todo de carácter ideológico. De hecho, la primera célula del PC creada en la Universidad de Barcelona desde la guerra civil fue consecuencia lógica de las bromas sobre la Dictadura que Octavio, Joaquín, Salvador y yo habíamos empezado a cruzar un par de años antes en el patio de la facultad.

A esos dos círculos de amigos habría que añadir las relaciones derivadas del oficio de escritor en el que me estaba iniciando y que cobró carácter en cierto modo oficial tras la visita que hice a José M.^a Castellet, a quien previamente había hecho llegar uno de mis primeros relatos, «Las monedas». A Castellet le gustó y se comprometió a publicarlo en el siguiente número de la revista *Laye*. Pero la revista –falangista en sus orígenes– fue suspendida por las autoridades debido al tono crítico respecto al Régimen que en ella percibían, y «Las monedas» (evocación de una serie de personas y ambientes sin más nexo de unión que unas cuantas monedas que pasan de mano en mano) nunca llegó a ser publicado. Sin embargo, el hecho de ser su autor era ya en sí mismo una credencial, y a partir de entonces fui invitado a participar en las tertulias del Bar Club, donde conocí a Barral, Gil de Biedma, Sacristán y los Ferrater, entre otros.

Para José Agustín, que había publicado algún poema en *Laye*, la tertulia del Bar Club supuso un despertar de inquietudes intelectuales y políticas que hasta entonces ni se había planteado. Recuerdo que unos años antes, cuando la manifestación de adhesión a Franco con motivo de la retirada de embajadores de los países democráticos (José Agustín acababa de iniciar sus estudios universitarios y yo, los de bachiller), le vi casualmente desfilar entre los que encabezaban la marcha, tras una larga bandera falangista, la mirada peligrosa, perdida en la lejanía, como la de un toro pronto a embestir. LOS RUSOS TIENEN FRÍO: SI VIENEN LES CALENTAREMOS, rezaba la pancarta sobrepuesta. Eso no significa desde luego que fuera franquista; simplemente, el franquismo era lo que había, algo así como un fenómeno natural. Juan, por su parte, que mientras estudió en la Universidad de Barcelona también permaneció al margen de toda preocupación política, no bien se afincó en París entró en relación con diversos medios de exilados republicanos y aportó esos contactos a quienes nos reuníamos en el Bar Club.

Con el tiempo, los diferentes círculos de amigos fueron integrándose en uno sólo, y en nuestras salidas nocturnas terminábamos encontrándonos con Barral o, más frecuentemente, con Gil de Biedma y los suyos. Castellet, por su parte, promovió una serie de reuniones periódicas con mis compañeros de universidad. Luego me enteré de

que a María Antonia, que solía acompañarme a todas partes, la llamaban *la vamp*, tal vez porque Salvador consideraba que, dada nuestra condición de intelectuales comprometidos, nos convenían chicas de aspecto más corriente. No deja de ser curioso que fueran los mayores quienes tenían interés en tratarnos y no al revés, sin duda sorprendidos tanto por nuestro activismo político como por la libertad de costumbres que adivinaban en nosotros, algo que, a la misma edad, ellos no habían conocido y en la mayor parte de los casos seguían sin conocer. ¿Cuál fue la causa, a qué respondía semejante fenómeno, esa súbita brecha abierta en lo que al modo de entender la vida se refiere entre una serie de jóvenes y quienes venían a ser sus hermanos mayores? Yo diría que una predisposición natural propiciada por un cambio en diversos condicionamientos sociales, la paulatina relajación de la Dictadura, el comienzo del desarrollo económico, el mayor contacto con los países de nuestro entorno tanto gracias al incipiente turismo como a la simplificación de trámites para viajar al extranjero. Más otro dato de importancia: todos nosotros conocíamos los años de la posguerra, pero por primera vez desde entonces se hizo adulta una generación sin recuerdos o casi sin recuerdos de la guerra civil.

El grupo, por otra parte, se había visto ampliado por la irrupción de nuevos miembros –Álvaro, Jacinto, Salvador Clotas, Ricardo Bofill, Cyrus, Marie Rose, Serena, Ana Moix y Ana Anus– que, llevados de sus afinidades ideológicas o artísticas, lo abrieron a nuevos ámbitos, como el cine o la arquitectura, con lo que la bohemia barcelonesa ganó en colorido. Los acontecimientos políticos, manifestaciones estudiantiles, huelgas, boicot al transporte público, detenciones –la de Octavio y la de Álvaro entre las más sonadas–, actuaron de catalizador y las distancias entre *juniors* y *seniors* desaparecieron por completo. Cuando el detenido fui yo, sólo un par de años más tarde, había publicado ya *Las afueras*, lo que sin duda me fue de gran ayuda.

Ese intervalo de actividades clandestinas coincidió con mi servicio militar. Yo había intentado realizarlo en la Milicia Aérea Universitaria, y así hacerme al menos con el título de piloto. Pero tras haber sido aceptado, una oscura explicación relativa a la falta de plazas me obligó a cumplirlo en Infantería, el arma asignada a los estudiantes de Derecho. En Castillejos, a todo lo largo del primer verano, me mantuvo inquieto la posibilidad de que las detenciones que se estaban produciendo en Barcelona terminaran por alcanzarme, lo que me hubiera conducido, dado mi estatuto militar, a un Consejo de Guerra, algo que ni me atrevía a comentar con mis mejores amigos. La presencia de algunos de ellos en la tienda de campaña –Augusto Gil, Gomá– y el clima de compañerismo existente ante la dureza de la vida diaria, jornada tras jornada, contribuyó a hacer más llevadero el proceso de convertir a estudiantes de natural revoltoso en oficiales del Ejército. Yo mismo fui el primer sorprendido de que tan pocas semanas de instrucción y ejercicios tácticos hubieran bastado para que aquella masa de jóvenes más o menos pijos, más o menos pasotas, acabara desfilando de forma no ya impecable sino incluso ardorosa. «Nunca hubiera pensado que cantar el himno de Infantería marcando el

paso pudiera llegar a emocionarme», comentó Augusto con una risita, perfectamente consciente de lo contrario a sus convicciones que era lo que me estaba confesando. Por otra parte, la instrucción carecía de contenido ideológico y sólo algunos oficiales y jefes se manifestaban incidentalmente como adictos al Movimiento, entre ellos el jefe del SIM, hermano, se decía, del general Rojo. El segundo verano, el calendario del batallón en el que me hallaba encuadrado se vio alterado por los desórdenes estudiantiles producidos al final de primavera; empezamos y terminamos más tarde que el resto, con lo que, entre una cosa y otra, nos ahorramos quince días de servicio. Y el campamento, deshabitado en un ochenta por ciento, se convirtió en un espacio singularmente atractivo, con la luz y el color y el tiempo cambiante del otoño, los cuervos convertidos en amos y señores de aquellos cielos, de aquella vasta extensión de tiendas de campaña silenciosas y vacías. Lo curioso es que llegué a oficial sin haber jurado bandera, ya que, en el curso de la ceremonia, la prolongada inmovilidad bajo el sol de agosto provocó varios desmayos, y un oficial, creyendo con razón o sin ella que a mí me iba a ocurrir lo mismo, me condujo del brazo hasta la sombra de la cantina. De regreso a la vida civil, el atuendo de la gente se me hacía saturado de colores chillones; Gomá y Augusto me comentaron que ellos habían tenido la misma impresión de desbarajuste.

Ahora bien: aunque todos nos considerásemos amigos, el significado de la palabra «amistad» variaba mucho de un caso a otro, matices que dependían del mayor o menor grado de intimidad y compenetración, o de las confidencias que cabe hacer, de las bromas. El nivel de comunicación existente con Álvaro, Cyrus o Ricardo, o incluso con Herralde o Corberó, amistades de colegio recuperadas, no era el mismo que el mantenido con Octavio o Joaquín, Barral o Gil de Biedma. Y no es que Barral o Jaime no fueran proclives a las confidencias pero, para entendernos, se trataba de confidencias más retóricas que reales, fórmulas de autocaracterización, historias que se cuentan para que sean repetidas por el oyente.

También hay que decir que frecuentemente cobra la apariencia de amistad lo que en realidad es una relación de otro tipo, profesional, de vecindad, de aficiones compartidas, etc. La relación entre escritores, por ejemplo, suele basarse, más que en una afinidad de carácter, en el hecho de que cada uno es el autor de determinadas obras, algo que, cuando no media una especie de transacción –a mí me gusta lo que tú escribes y a ti te gusta lo que yo escribo–, es más bien causa de reticencias y recelos. Para mí siempre ha resultado imposible fingir un interés que no tengo y nunca he participado en ese tipo de acuerdos, pero incluso cuando ese interés mutuo es real, las actitudes defensivas frente a un posible competidor u otro tipo de malentendido suelen ser frecuentes. Hubo un inmediato entendimiento con Luis Martín Santos, por ejemplo, pero Juan Benet, en cambio, a quien yo apreciaba más como escritor, siempre se mantuvo distante. En mi relación con Gil de Biedma siempre gravitó su condición de homosexual, es decir, el hecho de que yo, en cambio, no lo fuera, lo que introducía un elemento artificial en su comportamiento, sea reprimiéndose, sea desplegándose, haciendo gala de su afición a los

chicos; y entonces se le rizaban las pestañas, como decía María Antonia. Actitudes que pareció abandonar mientras fuimos cuñados, esto es, durante los pocos meses en los que fue amante de Bel, hermana menor de María Antonia. Con José Ángel Valente había un entendimiento mucho más profundo y, sin embargo, también un malentendido nos distanció temporalmente. Mi amistad con Juan Rulfo, el aprecio mutuo, el entendimiento tanto en lo dicho como en lo implícito, es algo por desgracia poco frecuente.

El oficio de escritor propicia una serie de relaciones profesionales –editores, críticos, traductores, profesores de universidad, académicos– que pese a todos los condicionantes –en el fondo, que haya mutuo aprecio– pueden dar lugar a una verdadera amistad. Capítulo aparte merece Carmen Balcells, agente no tanto de mi obra literaria como de mi vida cotidiana, que no contenta con estar al tanto de casi todas mis intimidades, tenía siempre a su disposición mi carta astral, elaborada por Lisa Morpurgo. No en vano yo fui prácticamente su primer autor.

Considerada retrospectivamente, la figura de cada amigo tiende a ser fijada en una determinada época y conforme a una presencia o un aspecto determinados, algo así como el sello de una marca. Octavio, con ojos sonrientes y la boca como diciendo «ejem» o similar expresión de circunstancias. Joaquín, con pupilas de fiera amorosa entre una maraña de pelos. Barral, con el gesto heroico de quien enfila el viento de proa. Jaime Gil de Biedma, con las cejas enarcadas de quien sabe que lo que está evocando es muy superior a cualquier otra evocación que de ello pueda hacerse... Lo mismo puede decirse de las amistades hechas en la cárcel, más próximas todavía al cliché, fijadas como están a un fondo tan idéntico a sí mismo como pueda ser el de una celda, el del patio: Antonio Amat y la sorna de sus párpados, Emilio Sanz y sus labios ladeados de conspirador, los ojos inocentes de Martinico, la suficiencia de Luis Solana... Amistades que si no se mantienen una vez fuera es obviamente por un mal de origen, por el rechazo que inspiran las vibraciones metálicas del aire allí respirado.

Lo que nos viene dado, el entorno que nos ve nacer, es el punto de partida para que, desde la infancia, el ser humano intente dilucidar quién es uno y, sobre todo, cómo es, algo no menos oscuro, para un temperamento reflexivo, que la naturaleza de la vida o del universo. De ahí la necesidad de autodefinición que experimenta el yo, algo así como el descarte que precede a la necesidad del conocimiento de uno mismo que tarde o temprano se plantea ese yo, la necesidad de saber cómo es uno realmente, con independencia de cómo quisiera ser. En la práctica, el punto de partida de la autoconstrucción, del proceso que se emprende a fin de hacerse un sitio en la vida, algo que dependerá fundamentalmente del carácter, a estas alturas ya formado, y de un elemento por definición imponderable que es el azar. En este sentido, la vida amorosa del sujeto –o su ausencia– desempeña un papel por lo menos tan decisivo como su actividad profesional. Y es que, mientras que la amistad es una forma de proyección del yo tanto por lo que tiene de búsqueda de lo afín como, sobre todo, de siembra o reparto de la propia imagen por el mundo circundante, el amor supone una modificación del yo, una

acomodación del yo a los requerimientos de la persona amada a la vez que un desarrollo del yo en función de los estímulos que tal relación despierta.

Que el impulso amoroso se halla estrechamente vinculado al deseo sexual es algo que sólo un Nabokov puede, más que rechazar, considerar una especie de privilegio; claro que sus propias obras –*Ada*, *Lolita*– se bastan para desmentirle. Lo que ya resulta más difícil es formalizar sus mecanismos, descubrir sus síntomas, describir sus inicios. En mi caso, lo que suele entenderse por *flechazo* ha sido siempre de carácter más o menos pasajero. El enamoramiento verdadero –y no han sido tantos– ha partido siempre de cierta indiferencia inicial que, a lo largo de un proceso más o menos prolongado, se va trocando en atracción creciente hasta que, como al término de un empinado camino, al acceder al amplio panorama que se domina desde lo alto, un irrefrenable deseo de fusión en cuerpo y alma con el ser amado termina por imponerse ante la evidencia de que se trata de un deseo plenamente compartido. Un proceso que por dos veces –separadas en el tiempo una de otra– he visto repetirse de forma idéntica en lo esencial. Y cuando no se ha dado así –en otras dos ocasiones– el enamoramiento ha sido mucho más pasajero.

La impresión de enamoramiento es algo que tarde o temprano experimenta todo el mundo; otra cosa es que esa impresión responda a una realidad, algo que depende de muchos factores, entre los cuales el margen de azar antes mencionado –dar con la persona adecuada– no es precisamente el menos decisivo. Pienso en Bel, la hermana de María Antonia, en su apresurado matrimonio, en su inevitable separación, en la poco afortunada colección de amantes que no tardó en hacerse, precipitadamente, como azuzada por el modelo de pareja que veía en María Antonia y en mí, como intuyendo que no iba sobrada de tiempo si quería encontrar algo parecido. Su relación con Gil de Biedma fue la más sonada, obviamente porque a Jaime no se le conocía aventura heterosexual alguna. El marido interpuso una querrela por adulterio y Jaime y yo fuimos llamados a declarar en condición de testigos. En los juzgados, al cruzarnos con el marido, éste, con expresión de mordisco, espetó a Jaime: «¡Maricón!». La principal prueba de cargo era un poema dedicado a Bel, un *Niña Isabel ten cuidado* que resultó profético, ya que a Jaime le siguieron otros amantes, y cuando el coche que ella conducía se vio arrastrado por una crecida regresaba de encontrarse con el que iba a ser el último, no mejor elegido que los anteriores.

Mi relación con María Antonia había discurrido por cauces bien distintos desde el principio. Nos conocimos en una sesión de cineclub; yo iba con Juan y ella se acercó a saludarnos ya que había reconocido a Juan, de quien acababan de encargarle la ilustración de un relato. Días más tarde, nuestros caminos volvieron a cruzarse yendo de copas en torno a Las Ramblas, ella con su grupo y yo con el mío, hasta que decidimos plantar a los demás y seguir por nuestra cuenta. Pero la salida decisiva fue otra, iniciada esta vez en casa, donde, al acabarse la ginebra, propuse a los presentes continuar con alcohol de 96° atemperado con sifón. El caso es que algo más tarde, de nuevo por Las Ramblas, al probar un *pastiss*, perdí de golpe el conocimiento. Fui llevado a un dispensario y, al

verme allí tendido, María Antonia comprendió, también de golpe, lo mucho que le importaba. Cuando se animó a decírmelo, días después, yo había llegado a idénticas conclusiones respecto a ella, estimulado tal vez por el cambio apreciado en sus ojos. A partir de entonces, se hicieron cada vez más frecuentes, de cara a mi padre, nuestras escapadas a Calafell, invitados por Carlos Barral. En realidad nos quedábamos en el piso de María Antonia, donde la presencia ocasional de Bel, o de Miguel, otro hermano, no suponía mayor problema; imagino que Barral nunca supo hasta qué punto llegamos a abusar de su hospitalidad. Era una forma de guardar las apariencias que mi padre seguramente agradecía, por más que sin duda estuviese al cabo de la calle. «¿Crees que Luis va con mujeres?», le había preguntado a Juan por esa época. Y cuando Juan le contestó que así lo creía, quiso saber con qué frecuencia; la respuesta le llenó de alarma. «¿Dos o tres veces a la semana? ¡Pero este chico va a arruinar su salud!» Por suerte, María Antonia le caía muy bien y fue él quien sugirió que la invitase a venirse con nosotros a Torrentbó. Allí, en una ocasión, durante un paseo, al comentar María Antonia la belleza de una flor silvestre, se apresuró a ofrecérsela junto con la planta entera, raíz incluida.

Sin embargo, no nos iba el papel de novios: constituírnos en pareja tradicional, fieles el uno al otro, nos parecía poco menos que un atentado contra la vida, por lo que acordamos que cada uno iba a seguir siendo tan libre como cuando nos conocimos. No tardamos en rectificar. Lo que para quien ejerce su libertad sexual no es más que una aventura intrascendente, para su pareja puede suponer una obsesiva pesadilla. Y es que, por asumido que esté el carácter abierto de la relación de pareja, el núcleo central de los celos, esto es, que la otra parte tenga con terceras personas el comportamiento sexual que tiene con nosotros, se mantiene del todo vivo. El año que pasamos en Cadaqués, donde la pareja abierta había llegado a ser la norma, fue especialmente rico en reacciones inesperadas. Desde el marido que, al tanto de mi episódica relación con su esposa, me obsequia con una caja de habanos, hasta la joven actriz que tras un baño entre reflejos lunares revueltos por las olas nos declara su amor, enamorada de María Antonia a la vez que de mí. Y desde la fiesta que termina en un intento de suicidio motivado por un desengaño amoroso a la que culmina con un vaso de whisky estampado en la cara de la anfitriona a modo de ajuste de cuentas. Y no sólo en Cadaqués; las salidas en grupo ramblas abajo podían acabar en el lugar y del modo más insospechados, doce o quince hombres y mujeres al pelo –Paco Rabal, entre los invitados– tomando un baño de amanecer en la playa de Castelldefels, ante la mirada paciente de una pareja de la guardia civil que no parecía sino guardar nuestras ropas.

Si la mayor crisis en mi relación con María Antonia surgió tras esa rectificación establecida de común acuerdo, no fue porque yo incurriera en ningún acto de ligereza, como pensar, por ejemplo, que una aventura no tenía importancia siempre que ella no acabara por enterarse. Y es que mi encuentro con Joelle no dio lugar a una aventura sino a un enamoramiento fulgurante. La había ido a ver al poco de llegar a Nueva York más

que nada por cumplir con Juan, por su insistencia en el interés que ella tenía en conocerme, de modo que me presenté en su casa con desgana, deseoso de sacudirme cuanto antes aquel compromiso. Al abrirse la puerta y encontrarme con sus ojos me quedé sin habla unos segundos, consciente de que a ella le estaba pasando lo mismo. No es que María Antonia hubiera dejado de importarme; se trataba de que otra mujer había empezado a importarme tanto como ella, con el aliciente añadido de aquellas pupilas aún por explorar, reflejo, se diría, de los cielos de la ciudad. Durante mi siguiente visita a Nueva York, María Antonia descubrió sus cartas en un cajón de mi escritorio, tras soñar que su interior se hallaba lleno de serpientes. ¿Cierto? Tratándose de ella cabe en lo posible. El caso es que estuvimos a punto de separarnos. Mi intención era que se conocieran, convencido de alcanzar así un punto de armonía. Entretanto, Joelle y yo seguíamos viéndonos en Cadaqués, en París, sin que yo se lo ocultase a María Antonia. Pero fue Joelle quien, tras un último encuentro en París, me hizo ver por carta que las cosas no podían seguir así. Contrariado, mi respuesta fue destemplada, y de inmediato di comienzo a un proceso de revisión de lo que habían sido nuestras relaciones poniendo especial énfasis en los puntos de desencuentro a fin de facilitar y hasta celebrar una ruptura hasta entonces no deseada. Acabé consiguiéndolo y al año siguiente ni siquiera contesté a una nota suya en la que me felicitaba el cumpleaños.

Ahora bien: lo que para mí, y supongo que también para ella, era ya agua pasada, relación rota, para María Antonia, aún a sabiendas de que así era en efecto, continuó gravitando sobre su conciencia a modo de pesadilla que, con todo y estar despierto, sigue atormentando al soñante. Su capacidad de entusiasmo, por ejemplo, parecía haber perdido intensidad. Tanto es así que sólo años después, al término de una sesión de quimioterapia, tras mirarse en el espejo, me dijo con una sonrisa: «Ahora sé que me quieres de verdad».

Las últimas navidades –sus últimas navidades– María Antonia me regaló dos elegantes pijamas inglesas de otomán. «Estás de buen ver y conocerás otras mujeres», me dijo, como si se tratara de una broma. Lo que yo no sabría decir es si en realidad ella estaba pensando en una sucesión de aventuras episódicas o más bien en una relación propiamente amorosa. Yo tenía muy claro que, tras su desaparición, no iba a haber sino encuentros ocasionales y punto; otro tipo de relación me parecía imposible. Sin embargo, una vez repuesto de un perturbador viaje a Inglaterra de donde regresé con una infección pulmonar, las cosas tomaron otro rumbo. Había salido a cenar con unos amigos y cuando el camarero nos preguntaba ya por el postre, mi mano se encontró con la de Charo bajo la mesa. Pero lo que empezó como una aventura pronto empezó a tomar otro cariz, gracias, precisamente, a la dificultad de darle un carácter continuado. Charo tenía que viajar constantemente y la única forma de que nos viéramos era que yo la siguiera en sus desplazamientos. La emoción de esos encuentros, pautados por nuevas separaciones, contribuyó sin duda decisivamente a desarrollar el proceso de enamoramiento pese –o gracias precisamente– a la resistencia que ambos oponíamos, ella especialmente,

temerosa de ver coartada su libertad. En este sentido, cuanto más compenetrados nos sintiéramos, mayor era el riesgo, la amenaza de una brusca ruptura. Ensayamos un periodo de distanciamiento que terminó siendo definitivo, al aplicarme yo a dismantlar lo construido conforme a un proceso de desencuentro similar al realizado en el caso de Joelle.

El enamoramiento, considerado retrospectivamente, siempre suele ser remitido a un momento preciso, que por lo general coincide con la súbita irrupción del deseo. Un deseo que puede verse desencadenado por determinado rasgo físico, la voz, la sonrisa, un comentario de otra persona ponderando a través de cualquiera de esos rasgos el atractivo de quien los posee. Pero yo diría que cuando se trata de un verdadero enamoramiento el proceso es siempre más largo y en él resulta decisivo el papel que juegan los ojos. Descubrir en sus ojos, por ejemplo, un súbito interés hacia nosotros, algo que tanto puede preceder como seguir al interés que ella pueda haber apreciado en los nuestros. Una lectura mutua de la mirada del otro, fusión de pupilas más veraz y concisa que cualquier palabra o gesto. Y es que la mirada tiene un algo de ventana, que tanto permite recibir luz como emitirla, captar lo que nos dice como escrutar el interior de quien lo dice, vislumbrar ese interior hasta lo más recóndito, aspectos de su personalidad que ni ella misma conoce o reconoce, las aguas cristalinas de sus pupilas cobrando el relieve de un bosque desconocido, un bosque que nos invita a penetrarlo con un alentador aleteo de palomas.

En el caso de Elvira, la mirada que captó mi atención era simplemente ponderativa, en el curso de unos encuentros literarios celebrados en Montevideo. Antes, cuando la conocí en Madrid, me había producido la impresión de una mujer con ese algo absorto y dejado que produce el desánimo. En Montevideo y luego en Buenos Aires, la suerte quiso que las coincidencias de lugar nos aproximaran, mientras el cambio de entorno le iba cambiando el ánimo, un cambio que sus ojos acusaron de inmediato, ahora llenos de vida. Así, cuando emprendimos el vuelo de regreso, ya en el vestíbulo del aeropuerto de Buenos Aires, me permití dejar en una papelería el rebelde artilugio con ruedas que utilizaba para acarrear el menguado equipaje, algo a todas luces ya innecesario. Sin embargo, no fue hasta al cabo de unas semanas –ella en Madrid y yo en Barcelona– cuando aquellos ojos –su recuerdo– empezaron a cobrar verdadero valor para mí, evocados gracias a unas fotos que nos había sacado César Antonio Molina y que me hizo llegar a casa; de modo que la llamé por teléfono. Pensaba que, de haberla conocido, María Antonia hubiera desconfiado de inmediato, no de ella sino de mí, de los rasgos que en ella pudieran atraerme, así como de lo que ambas compartían, afinidades y diferencias que no son sino variantes de una misma raza. Los ojos, muy distintos pero equivalentes en su papel, un físico a la vez armónico y abrupto, un carácter en consonancia, brusco y generoso, emotividad y salidas intempestivas, percepción aguda y gestos de rompe y rasga.

También hay un elemento común entre las dos bodas, entre las dos ceremonias de

matrimonio: su carácter atípico, forzado por las circunstancias. En el caso de María Antonia, ostensiblemente embarazada, ni teníamos dinero para gastarlo en celebraciones, ni nos apetecía invitar a personas a las que no podíamos dejar de invitar en caso de celebrar algo, de forma que a la salida de la iglesia nos limitamos a tomar una copa con los dos testigos, Solé Sabarís y Vidal Teixidor, los dos médicos, ya amigos, que habían cuidado de mi salud a la salida de la cárcel. Pero lo realmente singular fue el carácter mixto de la ceremonia, esto es, el matrimonio, en teoría, de una católica con un protestante. A finales de los sesenta en España no existía el matrimonio civil y cuando fui a la parroquia a fin de fijar fecha para un matrimonio religioso, el vicario me indicó –no sé si en cumplimiento de la norma o por afán perfeccionista– que en los días precedentes al acordado debería asistir a un cursillo de catecismo. Le dije que no pensaba hacerlo. El vicario me preguntó la razón y, al explicarle que no era creyente, mostró la mayor perplejidad. «Nunca me había encontrado en un caso como éste», dijo; y, como súbitamente estimulado, empezó a buscar soluciones, siendo la más simple, a su entender, la de equipararme a un protestante. María Antonia, por su parte, no podía decir que ella tampoco era creyente, ya que en tal caso no nos hubieran casado. Pero a fin de que no nos sintiéramos atados el uno al otro más allá de nuestros sentimientos, hizo una declaración ante notario en la que afirmaba casarse presionada por la familia, lo que ante el Tribunal de la Rota hacía casi obligada, si así lo hubiéramos solicitado, la disolución del matrimonio. En el caso de Elvira, lejos de todo conflicto religioso, la proximidad del Partenón dio un toque de paganismo a la ceremonia celebrada en la Embajada de España en Atenas. Nos casó el embajador, Javier Jiménez Ugarte, y en su alocución incluyó la lectura de un fragmento de *Antagonía*. La muerte de José Agustín pocas semanas antes, se cruzó con la boda en proyecto, por lo que también esta vez la ceremonia se mantuvo en secreto.

¿Importa más, condiciona más en la vida de uno la relación amorosa que la actividad profesional? En apariencia, frente a terceros, no, ya que toda persona es sobre todo conocida por su actividad profesional, por lo que le ocupa, escribir, por ejemplo. Pero la relación amorosa no sólo inspira –como es tradición– al escritor y queda así reflejada en su obra, sino que suele provocar, en mayor o menor medida, una transformación en la personalidad de su autor y, en consecuencia, tener una presencia todavía más vasta en el conjunto de su obra. El primer ejemplo que se me ocurre, por lo diáfano, es el de Proust, cuya obra es la destilación de su vida amorosa en forma de creación literaria, pero de cualquier otro verdadero escritor podría decirse lo mismo, por ajena al amor que en apariencia sea su temática; si se quiere, precisamente por eso. En mí, desde luego, la relación no puede ser más estrecha, y no ya respecto a los contenidos de mis obras –con dejes, en algunos casos, más transparentes para un buen lector que para mí mismo, en la medida en que tal vez, en el momento de redactar, yo podría no ser consciente del carácter revelador de tal o cual detalle– sino incluso en el estímulo y la inventiva que en mí despiertan ciertos momentos de la vida amorosa.

Claro que en la actividad profesional influyen muchas otras cosas, entre ellas, las que ya han influido en la elección de tal actividad. Que el lugar de nacimiento haya sido ése y no cualquier otro; y en esa casa y en el seno de esa familia. Los contornos espectrales de los primeros recuerdos, de los primeros sueños. Y los primeros juegos y los primeros estudios y los primeros deseos de índole netamente sexual. Y las lecturas, lecturas que elegimos y que de pronto nos eligen como un profeta elige a sus discípulos. Las lecturas que me suministraba tío Luis, por ejemplo, Stevenson, Conrad, Melville. Parece evidente que esas lecturas así como mis charlas con tío Leopoldo sobre paisajes lejanos están en el origen de mis reportajes viajeros y de mis documentales televisivos.

En el primero de ellos, *Luces del Pacífico*, mencioné incluso que el hecho de encontrarme entonces en Tasmania respondía en el fondo a una deuda pendiente con tío Leopoldo. Tasmania era una etapa más en la serie de reportajes que escribí para *El País* centrada en el océano Pacífico; de hecho, una vuelta al mundo, ya que daba comienzo en el Índico (Bombay) y terminaba en el Atlántico (Miami). Para mí, el principal descubrimiento fue la densidad temporal de Oriente, la vida contenida en las piedras, la vegetación, la vestimenta, la expresión de las personas y de las imágenes talladas, algo que ni sospechaba al dar comienzo a aquel periplo con la petulancia de quien nunca ha salido de los confines de Occidente. De ahí surgió la idea de mis series documentales, mucho más viables, por otra parte, desde el punto de vista económico.

Los seis primeros episodios, grabados hacia finales de los ochenta, supusieron mi encuentro con África. ¿Influirían en el impacto que me causaron los diversos pueblos del África Oriental mis posibles genes africanos? Pues tanto como la naturaleza diáfana del lugar, inexistente ya en cualquier otro punto de la Tierra, me atrajo de inmediato la calidad humana de la gente, por encima de los ritos tribales a los que pudieran estar sometidos o de los comúnmente mucho más nefastos –por su efecto desestructurador– hábitos urbanos occidentales. Mi papel era entonces el de mero guionista, y el carácter caótico y hasta disparatado del producto final me llevó, en ocasiones, a destacarlo así en el propio relato. A partir de entonces, me hice cargo también de la dirección y el resultado empezó a ser más conforme a lo previsto a lo largo de las dos orillas del Índico. Intercalados en esos episodios –ya en el curso de los noventa–, los de la serie «Mediterráneo». Los lugares que en esos viajes no ya me interesaron sino que llegaron a incidir en mi pensamiento y en mis emociones fueron Grecia, Israel, Egipto y aspectos que desconocía de Italia; en definitiva, nuestras raíces.

El trabajo y los constantes desplazamientos que requiere una serie de documentales son difícilmente compatibles con el sosiego interior que conviene a la creación literaria. Eso, en realidad, es algo que ya sabía, pues incluso mis colaboraciones periodísticas –*Diario 16*, *ABC* y, sobre todo, *El País*– no dejaban de perturbarme a la que supusieran un compromiso regular y frecuente. De ahí que aprovecharse los tiempos muertos inherentes a todo viaje para escribir un tipo de novela distinto del habitual, relatos ligeros y sin complicaciones, que empezasen por entretener al propio autor. *Mzungo*, por

ejemplo, la terminé en Vietnam, aprovechando que, debido al *jet lag*, me despertaba horas antes del desayuno. Y *Placer licuante* y *Escalera hacia el cielo* fueron redactadas en sendos intervalos entre viaje y viaje. Por otra parte, no dejaba de interesarme, a modo de experimento, comprobar si era posible escribir una novela asequible al gran público sin perder por ello la dignidad literaria; el experimento resultó un éxito desde este punto de vista en el caso de *Placer licuante* y, por razones que se me escapan, un fracaso en el de las otras dos. Posteriormente fueron agrupadas en un solo volumen bajo el título de *Tres comedias ejemplares*, aunque yo hubiera preferido el de *Tres novelas triviales*.

Pero mi oficio de escritor poco tiene que ver con esos divertimentos, más próximos si acaso a los intentos que precedieron a mi iniciación en el oficio. Me refiero a las diversas novelas que empecé a idear e incluso a redactar a los once años, tanto por afición como por la idea de ganarme algún dinero. Recuerdo al menos el referente temático de dos de ellas, una de aventuras interplanetarias tipo *Flash Gordon*, que empecé a escribir con tinta verde, y otra del Oeste, de vaqueros, que pensaba ofrecer a Editorial Molino. Fue mi propia evolución interior, que en este caso hay que entender como maduración, lo que me llevó a los trece años a escribir poesía, mientras con desdén adolescente intentaba olvidar mis experimentos narrativos iniciados apenas un par de años antes. No obstante, pronto comprendí que tampoco la poesía era un terreno en el que me sintiera a gusto y otros dos años más tarde empecé a redactar una serie de relatos cuya obra culminante habría de ser «Las monedas», el cuento que estuvo a punto de aparecer en la revista *Laye*. El mismo prurito adolescente que en mi fase de poeta me indujo a renegar de lo escrito anteriormente, me llevó, por desgracia, a destruir todos esos relatos, no bien mi forma de narrar empezó a convertirse en antesala de *Las afueras*.

Las afueras, mi primera novela, fue escrita entre los veinte y los veintitrés años y su publicación tuvo una gran resonancia en toda España; aún ahora hay gente que me sigue considerando «el autor de *Las afueras*», supongo que por no haber leído ninguna otra. De golpe, tras ganar con ella el Premio Biblioteca Breve, me vi convertido en un escritor de éxito tanto en lo que se refiere a la acogida por parte del público, como, sobre todo, por parte de la crítica, algo que yo acepté con la mayor naturalidad. Y, a los pocos meses, invitado a participar en el Coloquio Internacional de Novela celebrado en Formentor, en el que participaban novelistas, editores e intelectuales en general como Claude Gallimard y Giulio Einaudi, Cela y Carmina Martín Gaité, Florence Malraux, Alain Robbe-Grillet, Michel Butor, Italo Calvino... Aunque no me creía preparado para tomar la palabra, me pregunto ahora qué impresión sacarían de mí semejantes figuras, de la seguridad con que me desenvolvía, la naturalidad a la que acabo de referirme. Especialmente Italo Calvino, con el que compartía habitación y armario ropero, sus camisas y más camisas, sus zapatos y más zapatos, en agudo contraste con mi humilde muda que ocupaba el rincón. Su intervención en el coloquio fue tal vez la que más me dio qué pensar. «*Lo scrittore bisogna essere reazionario*», decía con voz vibrante, coincidiendo con Robbe-Grillet en su rechazo de la novela social, entonces tan en boga.

Comprendí el significado de sus palabras, en apariencia tan provocadoras, y la intuición de lo que era para mí la creación literaria salió favorecida.

Las mismas palabras, mi segunda novela –el título parece decirlo todo–, incide en un planteamiento similar al de *Las afueras*, aunque sin el esquematismo algo determinista de ésta, lo que formalmente la hizo menos llamativa tanto para la crítica como para el público, y su éxito fue muy inferior, pese a ser probablemente una obra más madura.

La fatiga o el hastío que por primera y única vez en mi vida marcó la redacción de esta segunda novela me ayudó a constatar que el modelo estaba agotado. Había comenzado la obra antes de mi paso por la cárcel, y durante esos cuatro meses de reclusión el nacimiento de otro proyecto había convertido al anterior en obsoleto; si lo concluí, fue por la necesidad de publicar cuanto antes algo que diera relieve a mi vida civil. Pero no era sólo que esa nueva obra en proyecto no tuviera nada que ver con todo lo escrito anteriormente; se trataba también de mi propia actitud. En mis dos primeras novelas había desarrollado el tema a la manera en que los autores que había tomado como modelo –que no eran ni tenían por qué ser los que más admiraba– desarrollaban los suyos. Ahora, en cambio, me proponía atenerme a un estilo acorde en todo momento a ese nuevo planteamiento, con independencia de cuanto hubieran escrito o pudieran escribir otros. Y el descubrimiento, que se produjo como un fogonazo, me ratificó en la impresión de haber acertado: según escribía acababa de entender lo que pretendía escribir. No manejaba ideas y emociones, sino que creaba una materia narrativa de la que era el lector quien iba a extraer sus propias ideas y emociones. Entonces no me lo formulaba en estos términos –no tenía experiencia suficiente para poder hacerlo–, pero cuando años más tarde llegué a estas conclusiones, asumí también que, aún sin habérmelo formulado, era eso precisamente lo que pretendía desde el principio.

Con otra particularidad: si en mis dos primeras novelas coexistían la estructura significativa de la obra y la transmisión de ideas explícitas, bien enunciadas por los personajes, bien deducibles de sus palabras, a partir de *Antagonía*, las ideas explícitas dejaron de formar parte de esa estructura significativa, por lo que en sí mismas carecían de otro crédito que el merecido por el personaje que las formulara, meros aspectos del argumento no menos susceptibles de ser ciertos que de ser engañosos. La única idea válida era la que pudiera hacerse de la obra el lector, cada lector, una vez concluida la lectura. En líneas generales podría describirse *Antagonía* como una metáfora de la creación literaria: el tránsito del soporte físico (la vida del autor desde sus primeros recuerdos hasta el momento en que decide afrontar la obra) al de la ficción dentro de la ficción (la obra acabada, *Teoría del conocimiento*), pasando por los avatares de su redacción (*Los verdes de mayo hasta el mar*) o la mirada externa de quien se mantiene ajeno al proceso (*La cólera de Aquiles*).

Al terminar *Antagonía*, al poner mentalmente la palabra *fin* en la última página de *Teoría del conocimiento*, me estaba sintiendo, a la vez que como vacío, el hombre más feliz del mundo. Una obra que yo creía importante, de referencia, como suele decirse, en

la medida en que era distinta de cualquier otra, había sido terminada tras diecisiete años de trabajo. Sin embargo, una vez publicada, e influido tal vez por la escasa repercusión tanto de ventas como de crítica que obtuvo *Teoría del conocimiento*, a diferencia de los tres volúmenes precedentes, una cuestión, más que una mera pregunta, había empezado a atormentarme. A mis cuarenta y pocos años, ¿tenía yo algo más que decir, iba a ser capaz de escribir algún día una nueva obra, convencido como estaba de haberlo ya dicho todo? El problema era más de carácter vital que literario y desde este punto de vista me voy a referir ahora a las novelas que siguieron a la publicación de *Antagonía*. O lo que es lo mismo: a la relación entre creación literaria (obra) y vida (autor).

En *Estela*, tal relación entre sujeto y objeto es, por otra parte, un aspecto no desdeñable del argumento. En efecto: A, el protagonista inicial, hacia la mitad del relato proyecta escribir una novela cuyo personaje principal, llamado B, pese a ser en todo el reverso de A, termina por idear una novela protagonizada por un narrador de las características de A... Es decir: la posibilidad de que la obra se imponga al autor, de que sea ella quien busque un autor y no al revés. Con todo y sentirla como una obra residual, en el sentido de que sólo podía haberla ideado a partir de *Antagonía*, *Estela* tuvo para mí un efecto alentador. Escrita poco tiempo después, *La paradoja* supone un nuevo paso en el mismo sentido. Lo que en ella se plantea es la posibilidad de que la obra en cuestión – cuyo transcurso es teóricamente el de un instantesea sólo un sueño, una ilusión de quien cree haberla inventado, un deseo no realizado de Gaspar, su presunto autor.

Supongo que tenía que haber llegado a ese punto para que en mi siguiente novela, *Estatua*, no sólo me sustrajera a la impronta de *Antagonía*, sino que iniciara un planteamiento narrativo completamente nuevo. Son escasos los científicos que hacen más de un descubrimiento. También los narradores: puede haber un «antes» referido al periodo inicial en que el autor no ha dado aún con su propia voz; pero una vez hallada, suele ser raro desarrollar más de un estilo. Lo hace Flaubert, por ejemplo, y la obra de Joyce no deja de ser una constante evolución de sus propios escritos. Pero lo habitual es Proust, idéntico a sí mismo desde *Pas - tiches et mélanges*. Así pues: ¿en qué consiste lo nuevo de *Estatua*? Esquematisando, en un cambio profundo en lo que se refiere a la figura del autor tanto como a la naturaleza de la obra. De las dos partes de desarrollo paralelo que la componen, la trama *actual* consiste o corresponde a la entrevista que me hace a mí, Luis Goytisoló, un joven periodista íntimamente convencido de que es hijo mío (el autor, integrado en la ficción); la trama *romana*, situada en la Roma del siglo II, relata cómo los seis libros de Tácito referidos al presente terminan siendo considerados «reales» por sus enemigos políticos –lo que está a punto de costarle la vida cuando en realidad se trata de una ficción, de una novela en el sentido moderno, más expresiva, iluminadora y esencialmente cierta que cuanto hubiera podido recoger en una mera crónica (la ficción, confundida con la realidad).

Unos años después, *Diario de 360°* consolida ese nuevo rumbo. Se trata de un diario en el que, según sea el día de la semana, se desarrollarán anotaciones propiamente

biográficas, consideraciones eróticas, juicios literarios, reflexiones, breves notas de estilo y, finalmente, un relato de ficción protagonizado por un mitómano que pretende reunir sus fantasías en una novela. La figura del mitómano, como expresión de una realidad frustrante, reaparecerá en mis dos novelas siguientes. Ambas participan del planteamiento narrativo iniciado en *Diario de 360°*, por más que son totalmente independientes una de otra; también comparten, desde el punto de vista estilístico, similar tendencia a una mayor concisión y a una mayor nitidez de estructura, que fuerza al lector a completar los datos innecesarios omitidos. Esquemmatizando al máximo, *Liberación* trata de la dificultad de captar la verdad de lo que sucede o ha sucedido contenida en las cosas, en el mundo que nos rodea. *Oído atento* recoge la tendencia, a partir de tal dificultad, a que termine por imponerse la mentira, es decir, un hecho distinto de lo realmente acontecido.

Se me tachará tal vez de pesimista. Yo también creí serlo hasta que Elvira me hizo ver que mi aparente concepción pesimista de las cosas contenía en lo más profundo un estimulante optimismo. Pues si por una parte basta mirar en derredor para percibir cómo la verdad de lo sucedido se esfuma ante nuestros ojos, por otra, en lo que a creación literaria se refiere, en la medida en que no pretende ser reflejo de nada, representa una visión superior de la realidad no menos hoy que en el pasado, una verdad esencialmente irrefutable, sea Homero quien nos la ofrece, sea Tolstói, sea Joyce. Y para mí, exactamente igual que en los comienzos de *Antagonía*, la escritura sigue siendo como adentrarse en un bosque siempre rico en sorpresas con todo y haberlo hecho progresivamente nuestro, el esperado sendero, los silenciosos troncos, el resplandor que se abre en las altas copas, los peñascos cubiertos de viejos líquenes, el olor a hojas húmedas que levantan las pisadas... Y, de pronto, el familiar batir de alas, más intuido que propiamente entrevisto, como alertándonos de un inminente hallazgo.

III

Entre lo afín y lo contrapuesto

Abrir una ventana al despertar y encontrarse con el césped alisado por la escarcha, el contorno montañoso perdido en la neblina y sólo los árboles más próximos destacando contra la claridad enfermiza, los nidos de procesionarias allá en lo alto a modo de bombillas fundidas, bellezas de diciembre poco adecuadas para un alma decaída, en el campo no menos que en la ciudad, donde las luces y el tráfico intentan en vano contrarrestar aquellos fríos cielos de claridad difusa, esquivos los transeúntes, contraído el gesto y revuelto el blanco aliento, ensimismado cada uno en sus prendas de abrigo. Belleza hostil, sin duda. Pero ¿por qué? ¿Hostil por sí misma, por triste, por carente de alegría, o por ir asociada a una mala experiencia, a un mal recuerdo? Pues esos mismos paisajes bien pueden tener para otros la belleza de una estampa japonesa y la alegre vivacidad de un apunte urbano respectivamente. ¿Es por razones objetivas el que algo nos resulte hostil o antagónico o que simplemente no nos guste lo que a otros les resulta entrañable, afín o les hace sentirse a gusto? Y si las razones son personales, ¿será porque choca frontalmente con nuestra manera de ser o más bien por estar asociado a ese mal recuerdo? La visión de un nuevo día, por ejemplo, tras pasar toda la noche arremolinado en el lecho, con el estómago como un puchero a fuego lento, entre ardientes exhalaciones y urgentes escapadas al baño, sintiendo el cuerpo como caído a plomo sobre sí mismo, señal inequívoca de que también el hígado se está viendo afectado por la intoxicación: una experiencia de este tipo. O bien, la noticia de una muerte, algo que nos hace pensar en la propia muerte, al sernos comunicada una mañana de estas características. Un principio similar a la fobia que podemos desarrollar hacia una prenda determinada –una camisa, por ejemplo, o una corbata– tras un día en el que todo parece haberse sincronizado para que no demos pie con bola.

La misma aparente arbitrariedad respecto a lo que nos es hostil la encontramos respecto a lo que nos es afín. Si de niño decidí que prefería las mujeres rubias y de ojos claros a las morenas de ojos oscuros fue por la necesidad de definirme, no porque estuviera seguro de ello. El niño, el adolescente, el adulto, necesitan saber cómo son aunque sólo sea para mejor hacer frente a lo que les espera. Viene a ser un impulso similar al que lleva a tanta gente a consultar el horóscopo del día. Yo mismo me interesé durante una época por la astrología a la vista de algunos innegables aciertos en lo que a

rasgos de carácter se refiere; pero, por más que la luna influya en las mareas, la siembra o las cosechas, la astrología es un conocimiento tautológico: su autoridad se fundamenta en la autoridad de sus textos. En muchos casos, la explicación de ciertas afinidades pudiera ser genética: igual que se heredan rasgos físicos y de temperamento, se pueden heredar gustos, tendencias, etc. Con todo, siempre hay preferencias cuyo origen es puramente psíquico y suelen corresponder a las más profundamente arraigadas en el yo.

Mi predilección por Mozart es un buen ejemplo; de hecho, el comienzo de mi educación musical. Tendría yo unos seis años, quizá siete, y me hallaba contemplando el paisaje exterior desde la galería de Torrentbó, un paisaje apagado, como sobrecogido por los cielos cubiertos, mientras escuchaba la música que sonaba en la gramola, la *Sinfonía Júpiter*. De pronto, sin saber por qué, mis ojos se llenaron de lágrimas. Tuve que pegar la cara a los cristales para que los allí presentes no advirtieran lo que me estaba pasando. Algo que entonces no me podía explicar y que aún hoy pertenece al terreno de la conjetura. ¿La evocación de una vivencia anterior, de un recuerdo perdido, de una escena olvidada, con la *Júpiter* sonando igualmente en mis oídos? El caso es que Mozart ha sido el acompañamiento más habitual, a lo largo de los años, de las horas pasadas ante las cuartillas. Seguido de Haydn. En cambio, Beethoven, tal vez el más afín, apenas; hay algo en él que hace incompatible el hecho de escucharle con el de concentrarme en lo que escribo. Tal vez por demasiado afín.

Mi relación con Velázquez, tan presente en *Antagonía*, responde a otras características. Para empezar, la pintura nunca ha suscitado en mí la emoción que despiertan determinadas composiciones musicales o determinadas páginas. Pero si a la creación literaria no le conviene aproximarse a la música, ni a la pintura aproximarse a la literatura desde un punto de vista formal, externo, en el ámbito interno, estructural, la traducción de un lenguaje a otro es perfectamente posible. *Contrapunto*, de Huxley, sería un buen ejemplo respecto a la música y *Antagonía* lo es respecto a la pintura; en ambos casos la referencia es explícita, ya que, al describir *Las Meninas* o *Las hilanderas*, hago respirar al lector la composición interna de la novela. Tal afinidad con Velázquez no significa, sin embargo, que sea mi pintor preferido. Tampoco los narradores que más aprecio coinciden forzosamente con los más afines. Me son afines, por ejemplo, Homero, Tolstói, Proust, Sebald; me gustan y hay puntos de coincidencia pero no, en cambio, de afinidad, Joyce, Faulkner o Nabokov. Y lo mismo sucede con los paisajes, los países, las culturas. Si en mi adolescencia podía sentirme un etíope de ojos claros y cabello rubio, cuando conocí Japón me dije que lo que me iba era haber nacido en Japón.

Lo antagónico suele aparecer más determinante que lo afín en la medida en que se acostumbra a tener mayor conciencia de ello. Los ejercicios de autodefinición que se acometen en la adolescencia tienen mucho de descarte: no se es homosexual desde el momento en que no se es capaz de ver el atractivo de un pene; no se es aficionado al fútbol, por mucho que uno se empeñe en serlo, sólo por relacionarse con los demás; no podemos evitar que el teatro nos aburra soberanamente, etc. La alergia representa el caso

extremo: algo que tanto puede ser congénito como adquirido. Lo habitual, sin embargo, es que asumir el carácter antagónico de una relación sea fruto de un proceso que se prolongará más o menos, según el caso, antes de llegar al punto de ruptura. La liturgia del divorcio aplicada a cualquier otro ámbito.

Ni más ni menos lo que me sucedió, por ejemplo, con Seix Barral, mis primeros editores. Con ellos me había dado a conocer al ganar *Las afueras* el primer Premio Biblioteca Breve, y suya fue también la primera edición de *Antagonía*. Sin embargo, si con Jaime Salinas, que venía a ser algo así como director ejecutivo, no había problemas, Carlos Barral y yo nunca llegamos a entendernos del todo. Era como si entre ambos se interpusiera la ausencia de una serie de supuestos comunes que ni él ni yo fuéramos capaces de definir. Y si yo encontraba su personaje público teatral, retórico y caprichoso, él posiblemente me veía de difícil caracterización, falto de las cualidades mundanas que le convierten a uno en personaje. El punto de ruptura hay que situarlo en el año en que, siendo yo miembro del jurado, se concedió el Premio Biblioteca Breve a Juan Marsé. Mi candidato era Manuel Puig, que había presentado *La traición de Rita Hayworth*. Pero mi enfado no lo provocó el hecho de que el premio se lo llevara *Últimas tardes con Teresa*, sino las maniobras de Carlos, quien, al percatarse de que ganaba Puig por mayoría simple, presionó a un miembro del jurado en los momentos previos a las votaciones y, ante el empate así creado, interrumpió las deliberaciones y, tras hablar por separado con quienes apoyábamos a Puig, consiguió invertir la proporción de votos, y fue Marsé quien acabó ganando por mayoría simple. Dimití como miembro del jurado y en los encuentros que a partir de entonces tuve con Barral no creo que la conversación se prolongara nunca más allá de los dos minutos.

No se trataba, así pues, de una pelea entre amigos, como la que años más tarde me distanciaba de José Ángel Valente o de Carmen Balcells: entre Carlos y yo había una verdadera incompatibilidad personal, atemperada por el carácter mecánico y objetivo de la relación que se establece entre un autor y sus editores. Valente y yo, en cambio, éramos realmente amigos, por lo que reaccioné con irritación cuando en un artículo, publicado creo en *El País*, arremetió contra Francisco Ayala y contra mí por considerarnos vendidos al Partido Socialista. Luego quedó claro que su artículo era fruto de la distancia, que en Ginebra alguien le había ido con chismes referidos a otro Goytisolo, a José Agustín, y con el tiempo nuestra amistad terminó rehaciéndose por completo. En cuanto a Carmen, el divorcio vino provocado, más que por falta de amistad, por exceso, al yo considerar que, más que como mi agente, Carmen se estaba comportando como una madre posesiva; un distanciamiento, o mejor, una emancipación que, al menos por mi parte, se produjo sin deterioro afectivo alguno.

A veces, la irrupción de un acontecimiento externo cambia el ritmo de lo que hasta ese momento nos era afín, trátase de personas o de cosas. La afinidad se convierte entonces en rechazo. El *Requiem* de Mozart, una de las piezas musicales que mayor emoción es capaz de suscitar, por ejemplo. Ésa fue la razón, sin duda, de que fuese elegido por

María Antonia: nos pidió que tras su muerte, por todo funeral, sus hijos y yo escuchásemos el fragmento titulado «Lachrimosa». Así lo hicimos, y desde entonces no he podido volver a escucharlo.

El proceso de desafección respecto a Torrentbó fue mucho más sinuoso y prolongado. No ya la casa en sí, la «terrace de los eucaliptos», el «estanque de las ranas», el «banco de los lobos» y demás rincones de su entorno inmediato, sino el paisaje circundante, combinación de frondosas profundidades de un verde radiante y alturas despejadas con un nítido horizonte marino. Sin embargo, cuando empecé a escribir, no tardé en darme cuenta de que el lugar me era poco propicio dado que no lograba sentirme cómodo en ninguna parte. Además de mi padre, allí solían coincidir Marta, José Agustín y sus respectivas familias y, en verano, Juan, Monique Lange y la hija de ésta. Mi padre, en cambio, se sentía sin duda convenientemente arropado, protegido del recuerdo de los últimos negocios en los que se había metido, cuyo desenlace desastroso empezó a intuir cuando ya era tarde: su dinero estaba en manos de un embaucador profesional, una figura que para él, en su inocencia, hasta entonces había pertenecido sin duda al mundo de la ficción. Al poco de su muerte, las relaciones entre los hermanos entraron en un total proceso de deterioro. Factor determinante fue de nuevo el mundo de los negocios, la idea, muy de la época, de urbanizar una buena parte de la finca. Cuando quise darme cuenta, la casa estaba ya rodeada de calles en las que aquí y allá iban surgiendo chalets en construcción. Es decir: cualquier paseo de los que acostumbraba a dar por el monte era ya imposible de realizar. A partir de ese momento, no creo haber pasado allí más de un par de noches o tres. Incluso cuando finalmente tuve que hacerme cargo de lo que empezaba a cobrar la apariencia de una catástrofe, procuraba ir y volver en el día. La gestión de José Agustín, que había convertido la urbanización en negocio personal, no permitía demasiadas opciones, así que no tuve otro remedio que afrontar la venta de la casa; fue para mí una suerte poder contar en aquellos momentos con la ayuda desinteresada de José María Coronas, un abogado tan sagaz como divertido, cínicamente bondadoso. ¿Supuso para mí una tragedia que me tocara tomar semejante decisión? Por más que en aquellos días apareciesen mis primeras canas, posiblemente no; cabe que incluso celebrase poner así término a tan penoso proceso de deterioro, que en el fondo me sintiese aliviado. El escenario predilecto de mis sueños infantiles tanto nocturnos como diurnos, sobre todo diurnos, había acabado por convertirse en un lugar de pesadilla. En pesadilla que generaba pesadillas reiteradas. Llegar de noche –siempre de noche– y deambular en torno a la casa teniendo perfectamente claro que aquella casa ya nada tiene que ver conmigo; los nuevos propietarios me invitan a pasar amablemente y yo se lo agradezco pero sigo mi camino. No deja de ser curioso que Juan, el otro gran perjudicado por todo lo sucedido, tuviera según me comentó sueños reiterados prácticamente idénticos: la misma aproximación casi furtiva, de noche, hacia la galería iluminada, los nuevos propietarios como a la espera.

El proceso de distanciamiento respecto a Torrentbó no es en el fondo tan distinto del

vivido unos pocos años antes en relación a Viladrau. Lo único que cambia es el motivo de desafección, del desarrollo de esa fuerza negativa que termina por neutralizar, cuando no fulminar, el objetivo sobre el que se abate. Entre los años de la guerra y mi segunda estancia no creo haber vuelto por Viladrau más que una vez, invitado por unos amigos; en realidad, para visitar de nuevo la casa de mis primeros recuerdos, cuya distribución interior demostré conocer a la perfección. ¿Significativo? El caso es que cuando, al poco de salir de la cárcel, se me detectó un sembrado tuberculoso en ambos pulmones, y puestos a elegir un pueblo de montaña que propiciase mi restablecimiento, me decanté sin vacilar por Viladrau. Me instalé en el Hostal de la Gloria a comienzos de otoño, uno de los mejores momentos del año desde el punto de vista de la luminosidad y el colorido. Ni el pueblo ni su entorno habían cambiado en exceso; unos cuantos chalets de más, simplemente, que no conseguían alterar la cualidad japonesa del paisaje, la niebla rauda embebida de sol que se abría súbitamente para dar paso a las afiladas cumbres. Pero según pasaba el tiempo y el paisaje iba quedando despojado, mis paseos, unos itinerarios inevitablemente repetidos, empezaron a cobrar un carácter obsesivo que me llevaba a elegir uno u otro en función de factores tales como la luz o el frío o la posibilidad de encontrarme con un embozado motorista cuya aparición me resultaba cada vez más hostil. Llegado el invierno, a disgusto con lo que estaba escribiendo –*Las mismas palabras*, mi segunda novela– y conmigo mismo, obsesionado por las pisadas que iba dejando en la nieve, sumándose las de cada día a las de los días precedentes, experimenté una verdadera crisis de angustia que me indujo a regresar a Barcelona. No volví por Viladrau hasta el pasado año, un intervalo bastante más dilatado que el que mediaba entre la guerra y ese periodo de convalecencia a mi salida de la cárcel. ¿Nuevo intento de romper el maleficio? El paisaje circundante sigue siendo bello; claro que también me lo pareció al comienzo de mi anterior estancia.

Uno de los antagonismos más tajantes suele ser el ideológico, que afecta no solamente a las ideas, a la política, al sustrato de la creación artística, sino también a las personas, en el sentido de que rompe parentescos, enemista amistades, separa parejas. Sartre, por ejemplo, es sobre todo un buen autor de relatos y de obras de teatro que se pueden leer como relatos. En su día, cuando fue publicado, su ensayo *Qu'est-ce que la littérature?* me pareció de gran interés. Sin embargo, años después, tras salir como quien dice a mi encuentro un ejemplar de la obra, cuya pista había perdido, su relectura me dejó perplejo. ¿Cómo era posible que en algún momento hubiera podido interesarme semejante panfleto? Rememoré su polémica con Merleau-Ponty, en la que defiende el derecho a denunciar las atrocidades cometidas por los franceses en Madagascar y silenciar en cambio las realizadas por los soviéticos en determinados territorios asiáticos hacia la misma época –exigencias del *engagement*–, para que tal recuerdo, guardado como en un limbo, consiguiera que me desaparecieran las ganas de releer el resto de sus obras. Una aversión que se hizo extensiva a su persona, a su círculo, a todo lo sartriano.

¿Consecuencia de las experiencias vividas entre una y otra lectura? Sin duda. Y de la modificación que lo vivido suscita en quien lo ha vivido.

Los sentimientos antagónicos no tienen por qué ser frontales y apriorísticos, y la mayoría de las veces no lo son; pero también los hay de carácter natural, inmediato, incompatibles con el propio yo. En mi caso, por ejemplo, la ideología, cualquier ideología. ¿Por qué hay que tener alguna? ¿Por qué hay que someter las íntimas convicciones de uno a determinada explicación general del mundo que en realidad nos es ajena? Se ha hecho, sin embargo, relativamente normal –en el sentido de inevitable– respaldar alguna de ellas por motivos coyunturales, por considerarla un mal menor o una postura pasajera, de transición, o un mero instrumento de lucha. Integrarse en el PCE para combatir el franquismo tuvo algo de todo eso. Es decir: ser militante comunista sin ser marxista; más aún, rechazando íntimamente el marxismo no menos que el franquismo o el anarquismo. Una decisión que en el pasado me pareció y me sigue pareciendo justificada referida al momento aquel, y que, por lo mismo, carecería ahora de justificación. Octavio, Joaquín, Salvador y yo habíamos leído a Koestler, a Orwell, y al tiempo que creábamos la primera célula comunista en la Universidad de Barcelona desde la guerra civil, no parábamos de bromear acerca de los modales y actitudes propios del estalinismo. De llegar algún día al poder –lo teníamos claro– lo más urgente era exiliarse, tomar el primer avión. No sabría decir qué despertaba en mayor grado mi animosidad, si el contenido de las publicaciones y textos del partido o el contraste entre la felicidad descrita y la vida cotidiana del mundo socialista. En el fondo, el hecho de que utilizásemos la intervención soviética en el Budapest de 1956 para organizar las primeras manifestaciones estudiantiles contra el franquismo y de que a los policías, a los grises, se les insultara llamándoles *rusos* tiene muy poco de paradójico. Yo diría que quienes en la Universidad de Madrid desarrollaban entonces una actividad similar a la nuestra eran menos descreídos.

La detención de Octavio pocos meses después, tras la llamada «huelga de tranvías», la marcha de Joaquín a Madrid y el abandono de Salvador propiciaron la disolución de esa primera célula y que otros estudiantes tomaran el relevo. Yo, por mi parte, en calidad de responsable político fui trasladado a la célula de intelectuales, una rama poco menos que inoperante. Mis interlocutores eran Solé Tura, Sacristán y Miguel Núñez, el representante clandestino de la Dirección en Barcelona. La relación con Sacristán era escasa, ya que si bien pertenecía al Comité Central, estaba liberado de toda militancia activa. Por otra parte, nuestras relaciones siempre fueron poco fluidas, ya que su personalidad intolerante me resultaba poco agradable. No deja de ser curioso, por ejemplo, que los reproches que hacía él a Castellet, al «repugnante Castellet», como solía llamarle –ausencia de verdadero juicio crítico, ser incapaz de realizar una obra sólida por sí mismo–, fueran perfectamente aplicables a su propia labor intelectual. Sin embargo, contrariamente a la versión que corrió por Barcelona en aquel entonces y que hasta el mismo Gil de Biedma daba por buena, quien vetó su solicitud de ingreso en el PCE no fue Sacristán sino

Miguel Núñez. Fue a mí a quien Jaime hizo la petición de ingreso, que yo transmití a la Dirección, convencido de que no había problema. Y fue Miguel Núñez quien días después me sacó de mi error, al hacerme saber que la petición no podía ser aceptada. «Los maricones, cuando son detenidos, cantan. Hay precedentes: el caso Landínez», me dijo. Es posible que Núñez comentase también la decisión a Sacristán, y que éste, muy poco reservado, lo divulgase a los cuatro vientos, satisfecho, en el fondo, por su carácter ejemplar. El hecho es que, cuando unas noches más tarde mis amigos y yo nos encontramos con Jaime y los suyos en el Saint Germain des Près –las pestañas más rizadas que nunca–, ni él ni yo nos referimos siquiera al asunto, como si lo hablado días atrás jamás hubiera sido dicho.

Mi militancia, que compaginaba con la redacción de *Las afueras*, se prolongó apenas dos años. Durante ese tiempo fueron frecuentes los viajes a París, donde, en pisos cada vez distintos, me reunía con López Raimundo y otros miembros de la Dirección. Una de las veces, en la que coincidimos Joaquín, Octavio –venido de su exilio en la RDA– y yo, la reunión fue con Santiago Carrillo. En el viaje de regreso, lo habitual era volver a España con una maleta de doble fondo en la que venían diversas publicaciones propagandísticas que luego repartíamos por los arrabales de Barcelona utilizando el coche de Ricardo Bofill o de Jacinto Esteva. Yo nunca tuve percance alguno, pero tras una sucesión de fracasos en la convocatoria de movilizaciones populares, decidí desentenderme de una actividad inútil desarrollada en nombre de unas ideas que nunca había compartido. Mi propósito era abandonar la militancia, pero consciente de la dialéctica que suele desencadenarse tras una ruptura con el partido, la facilidad con que el ex militante se convierte o es convertido en un enemigo del pueblo, procuré que mi alejamiento fuese paulatino, no tanto un gesto cuanto una situación de hecho. El pretexto fue la necesidad de retirarme una temporada al campo a fin de concentrarme en la redacción de *Las mismas palabras*, mi segunda novela. El lugar elegido fue San Julián de Vilatorca, un pueblo próximo a Viladrau en el que los padres de Ricardo tenían un chalet que pusieron a mi disposición. Y allí estábamos María Antonia y yo cuando semanas después se presentó Solé Tura para comunicarme, en nombre de la Dirección, la necesidad de que o Sacristán o yo le acompañáramos a un importante viaje al extranjero de cuya naturaleza él nada sabía; y a Sacristán le era imposible... Lo que entonces estaba escribiendo me tenía insatisfecho y yo atribuía esa insatisfacción, no a la realidad de que por debajo de esa redacción se empezaba a fraguar un proyecto mucho más ambicioso, sino a que el lugar, San Julián, me era poco propicio. Y ese viaje tan importante con rumbo desconocido no dejaba de picar mi curiosidad, de modo que acepté. Lo que ignoraba era que su objetivo consistía en representar a la organización de Barcelona en el VI Congreso del PCE que se iba a celebrar en Praga y, por supuesto, ni podía imaginar que el destino final de la casi totalidad de participantes del interior –es decir, de quienes acudían en representación de las diversas organizaciones locales– iba a ser la prisión madrileña de Carabanchel. A la salida de la cárcel, cuatro meses después de mi

detención, seguí sin comunicar a nadie mi abandono de toda militancia, y es probable que los amigos atribuyeran mi inactividad al hecho de que yo estaba ya muy *quemado*. Paradójicamente, el aura honrosa de haber pasado por la cárcel impulsó a más de uno a comunicarme sus deseos de ingresar en el partido, petición a la que yo me limitaba a dar curso. Así, Álvaro, Jaimito, Juan Marsé, un arquitecto llamado Donato... ¿Qué podía decirles? Daba por descontado que su militancia iba a ser aún más breve que la mía, como así fue en general.

La cárcel representó una de las experiencias más importantes de mi vida. Una experiencia dura, ya que casi la mitad de los cuatro meses de reclusión los pasé en régimen de total aislamiento. Claro que sin ese aislamiento la experiencia hubiera sido otra, similar, por ejemplo, a la mili. Mientras que esa forzada soledad propició una serie de momentos furiosamente creativos, que si barrieron para siempre la insatisfacción que me había poseído al empezar a escribir mi segunda novela fue porque la súbita aparición de otro proyecto, antes sólo intuido, me hizo ver que la creación literaria iba por otro lado, o mejor, que era otra cosa. El origen de semejante periodo de aislamiento fue un hecho fortuito: la pelea a puñetazos entre un guardián y un preso político, que dio lugar a una inmediata huelga de hambre en señal de protesta por parte de los cien y pico presos políticos que en aquellos momentos nos encontrábamos en Carabanchel. Yo mantuve la huelga cinco días, los dos últimos también sin beber, ya que el suministro de agua había sido cortado, y tras un pequeño vómito de sangre di por cumplido mi apoyo a una decisión que desde el principio me pareció mal planteada; pude entonces comprobar que lo que me había asegurado el médico de la prisión en sus reiteradas visitas –que la gran mayoría de mis compañeros estaba ya comiendo– era cierto. Lo mismo que su afirmación de que eran muchos los que, con la mayor ingenuidad, habían iniciado la huelga escondiendo comida –rápidamente detectada– entre sus ropas; mi *trampa* consistió en tomarme dos tabletas de chocolate justo antes de iniciar la huelga, con lo que logré un empacho que me dejó sin apetito la mayor parte de tiempo, así como cierta intolerancia hacia el chocolate a partir de entonces.

El castigo decretado por la Dirección para los huelguistas fue de una semana de aislamiento por cada día de ayuno, lo que para mí supuso un total de treinta y cinco días. Y fueron esas cinco semanas pasadas en una celda totalmente vacía, sometido a un estricto régimen de rancho y sin la comodidad del jergón más que durante las ocho horas nocturnas, una celda que yo recorría una y otra vez en diagonal, contando los pasos, cantando por lo bajo, aupándome a pulso de vez en cuando hasta la ventana apaisada a fin de echar un vistazo al mundo exterior –el Palacio de Oriente, el Jardín del Moro, la Almudena–, las más intensas y fecundas que recuerdo tanto desde el punto de vista del autoconocimiento como de la capacidad creadora. El plan general de *Antagonía*, escrito sobre hojas de papel higiénico febrilmente, en el curso de aquellos días, constituye la prueba más tangible. Al acabar el aislamiento, ya en el patio, más de un compañero aludió a los aspectos positivos de la experiencia y alguno hasta apuntó su propósito de

entregarse cada año a una similar cura de reclusión y soledad. Sin embargo, lo más probable es que, desprovista de su carácter forzoso, el resultado de la prueba no sea el mismo.

La rutina diaria de la cárcel guardaba muy escasa relación con el régimen de aislamiento. En la normalidad penitenciaria, la jornada, cada jornada, tenía algo de representación teatral de éxito en la que los actores repitieran a diario y por tiempo indefinido el papel que les correspondía –de reclusos, en este caso–, ajenos a cuanto pudiese ocurrir al margen de la escena. Una jornada pautada por los recuentos, los reclusos formados ante la puerta de sus respectivas celdas, con los *invertidos* –como les denominaba el léxico penitenciario– concentrados en las celdas de enfrente adoptando posturas provocativas, dedicándonos visajes lascivos. Los paseos por el patio, la cola del vino a la que nos reenganchábamos una y otra vez. Las invitaciones a cenar en tal o cual celda a la que alguno recibiera un paquete de la familia. Las charlas, las bromas, la lucidez con que desde la cárcel se puede juzgar todo cuanto sucede fuera de la cárcel. Mis compañeros de celda eran Antonio Amat, líder del PSOE en el interior del país, y Martinico, un sastre zaragozano. El entendimiento con ambos fue siempre excelente, así como también con Emilio Sanz, un economista en funciones de máximo responsable del PCE en la cárcel, y con Isidoro Balaguer, un pintor valenciano, el más machacado por la policía de entre todos los asistentes al congreso de Praga. Caso muy similar al mío fue el de Joaquín Marco que, pese a no haber estado en Praga y a sentirse progresivamente ajeno a las actividades de partido, se vio arrastrado por la caída de otros. El ochenta por ciento de los presos políticos pertenecía al PC; el resto se repartía entre socialistas y *felipes*, miembros del FLP, un partido católico de izquierdas que se extinguió con la desaparición del franquismo. También había un nacionalista vasco y, tras la huelga de hambre, en el patio de la nueva galería a la que fuimos trasladados, coincidimos con un pequeño grupo de campesinos catalanes de filiación anarquista. Fue precisamente en ese patio, al poco de acabar la huelga y tras prestar declaración ante el juez instructor, coronel Eymar, donde a nueve detenidos con motivo del viaje a Praga se nos comunicó que salíamos de inmediato en libertad provisional. Tiempo atrás, Amat nos había comentado que en este tipo de circunstancias, lo normal es que se escape alguna que otra lágrima, y eso fue exactamente lo que le sucedió al despedirnos, la voz quebrada, los ojos enrojecidos. El que sale, en cambio, se siente demasiado incrédulo y atolondrado para eso, pensando sólo en llamar a casa desde la primera cabina, riendo tontamente, todavía sin dar crédito al hecho de que nos hallábamos los nueve en un tranvía que nos iba a dejar en el centro de la ciudad. Aquella noche dormí en casa de los Carandell, donde lo primero que hice fue tomar un largo baño. Luis Carandell me había visitado ya varias veces en la cárcel, con la naturalidad con que se visita al convaleciente de alguna operación. Más asiduos aún fueron el primo Berchmans, así como Lali Soldevila y Carmen Martín Gaité. No obstante, quienes más eficazmente contribuyeron a mi rápida

puesta en libertad fueron sin duda mi hermano Juan y Florence Malraux, con la recogida de firmas que promovieron tanto en Francia como en España.

Lo más ilustrativo de la vida cotidiana en Carabanchel era lo que tenía de réplica, a escala experimental, de algo que se daba y se sigue dando, de forma generalizada, en tantos lugares del mundo: el castigo, en virtud de unos principios ideológicos, de quienes se supone que obedecen a otros principios ideológicos. La ley que se nos aplicaba a cuantos habíamos asistido al congreso de Praga era la de «bandidaje y terrorismo», lo que nos remitía a la jurisdicción militar, algo ciertamente exagerado. Claro que tampoco se trataba propiamente de un mero delito de opinión, ya que las ideologías, como las creencias religiosas, son visiones del mundo capaces de alterar, no ya la visión de éste que tiene quien a ellas se adscribe, sino su propia personalidad.

Lo absurdo, en mi caso, era que yo me encontrase en Carabanchel acusado de obedecer una ideología que nada tenía que ver conmigo, de modo que cuando en mi declaración negaba ser comunista y afirmaba haber asistido al congreso de Praga en calidad de invitado, me atenía a la verdad mucho más de lo que tanto la policía como el juez instructor pudieran pensar de antemano. Las ideologías, cualquier ideología, siempre me han sido ajenas, del mismo modo que tampoco me he sentido tocado por sentimiento religioso alguno. Todos pensamos de acuerdo con retazos de planteamientos ideológicos que, pese a su origen heterogéneo, nos son afines; y, claro está, yo no me refiero a eso, sino a las ideologías de carácter cerrado, sistemático, erigidas como un dogma con la pretensión de ser aceptadas por entero. Respecto al marxismo, concretamente, jamás había aceptado sus presupuestos ideológicos, empezando por el que reduce la historia de la humanidad a la historia de la lucha de clases. Y nunca me interesó Lenin, autor de discursos más que de obras de pensamiento, ni Marx ni Engels ni, en el terreno de la cultura y de la creación literaria, los planteamientos de un Lukács o las novelas o el cine adscritos al realismo socialista. Lo que sucede es que en la España de Franco la única oposición real era la representada por el Partido Comunista, y luchar contra la dictadura desde sus filas tenía la ventaja de ser exactamente eso, una forma eficaz de luchar contra la dictadura, no de construir una sociedad socialista. Por lo demás, estaba al cabo de la calle respecto al hecho de que el estalinismo no era una aberración del marxismo-leninismo sino su consecuencia lógica, y de que el esquema de lo sucedido en la Unión Soviética se había reproducido en todas y cada una de las democracias populares. Para quien tuviera ojos y supiera ver, bastaba un paseo por el Berlín Oriental, camino de Praga, o por esta ciudad, una vez acabado el congreso, y así, entre la frialdad y el silencio, captar la transparencia de las pautas a las que se hallaba sometida la vida cotidiana; las loas y el fervor de quienes nos hacían de guía, comunistas españoles asimilados a la clase dirigente, no hacían sino ratificar el efecto.

Pocos años después, en el curso de mi primer y único viaje a Cuba, con motivo de un congreso cultural al que asistió una buena parte de la *intelligentzia* europea, la facilidad con que los planteamientos totalitarios son capaces de secuestrar el pensamiento de un

espíritu libre tuvo la virtud de reavivar mi más profundo antagonismo hacia tales planteamientos. El espectáculo del congreso en su desarrollo, mucho más rigurosamente controlado que el de Praga, el entusiasmo revolucionario que lograron inducir en cuantos iban tomando la palabra –punto de partida de la vocación guerrillera de un Feltrinelli–, el candoroso paternalismo con que se aceptaba el carácter reeducativo del campo de trabajo forzado que se les mostraba, pero sobre todo la minuciosidad con que el guía intérprete nos sometía a la proclamada vigilancia revolucionaria, no tardaron en hacérseme insoportables. Intenté explicar a Orlando –el que me había sido asignado– que yo no necesitaba guía ni mucho menos intérprete, que me gustaba hablar con la gente de la calle, que si había escapado de su tutela por la cafetería del hotel era porque me gustaba pasear solo, que si unos amigos me habían invitado a cenar no significaba que también él podía darse por invitado, que cuando en España había sido seguido por la policía al menos ni me había enterado. Finalmente, Orlando se echó a llorar. No era mala persona: simplemente creía a pie juntillas en la labor que le había sido asignada. Y yo acorté el viaje, adelanté el regreso tomando un vuelo vía París en lugar del previsto vía Madrid para unos días más tarde. Al abandonar el avión, ya en París, me tropecé con Alejo Carpentier; me saludó con gesto cauteloso y se perdió entre la muchedumbre.

Unos días antes, todavía en Cuba, con motivo de una visita a la ciudad de Cienfuegos, el autocar atravesó unos *ingenios* de caña de azúcar que, a juzgar por las fotos que hay por casa, bien hubieran podido ser los que pertenecieron a la familia. Me pregunté entonces si lo mío no iba a ser genético. El bisabuelo Agustín emigró a Cuba estimulado sin duda por la primera guerra carlista que dejaba atrás. Volvió a la península cuando dieron comienzo las primeras acciones que habían de conducir a la independencia de la isla. Se instaló en Barcelona, no en el País Vasco, y su asentamiento coincidió con las incipientes manifestaciones del nacionalismo catalán. Igual que uno se divorcia de las personas, en virtud de un similar proceso de progresiva intolerancia, puede hacerlo de las ideas, de las cosas, de las casas, de los paisajes, de las regiones, de las naciones. Claro que mi desvinculación del Partido Comunista no fue precisamente un caso aislado. Por razones similares a las mías, o de otra índole, la casi totalidad de quienes habían militado en medios intelectuales o universitarios que yo conocía fueron abandonando toda actividad uno tras otro. Lo habitual era, simplemente, *dejar de ir*. Cuando Octavio se aventuró a regresar de la RDA, prácticamente ninguno de sus amigos seguía en el Partido. Yo no entré en detalles al respecto ni él me lo pidió, como dando por supuestos mis motivos, como si su experiencia en Leipzig le hubiera llevado a similares conclusiones; sonreía y callaba. La sonrisa que, según Gomá, era la clave de su encanto personal en la medida en que inducía a cada uno de sus interlocutores a interpretarla como quisiera, predisponiéndoles a que se le atribuyese la agudeza que distingue al pensamiento superior.

Por lo general, toda persona incorporada a una ideología determinada suele identificar a quien se declara ajeno a todas ellas con un reaccionario, un cínico o un pobre de

espíritu, por lo mismo que el creyente considera que el que no cree es, en el fondo, un libertino. Y una persona al margen de cualquier ideología puede ser desde luego todo eso, pero también un ser reactivo a que una interpretación del mundo preestablecida condicione su personal visión de éste y, sobre todo, a que tal interpretación modifique su propia manera de ser. En este sentido, ideología y religión son creaciones del ser humano perfectamente equiparables, ambas totalmente invasivas tanto del cuerpo social en su conjunto cuanto de lo más íntimo de cada individuo, una y otra generadoras a lo largo de los siglos así de innumerables víctimas como de innumerables verdugos. Si el niño, inerte ante una vida de la que nada sabe, es presa fácil del sentimiento religioso, la petulancia adolescente suele ser más proclive al deslumbramiento ideológico. De niño me atrajo el Islam sobre todo por las películas –la religión que mayor rechazo puede inspirarme ahora–, y si de estudiante me vinculé al Partido Comunista fue por puro pragmatismo instrumental. Es como si desde siempre, ante las imágenes de ejecuciones tanto individuales como colectivas que llegaban a mis manos, hubiera intuido de lo que es capaz el ser humano poseído por el fanatismo religioso o informado por el dogmatismo ideológico respecto a quien por circunstancias totalmente objetivas se ve convertido en su enemigo. Pues, como ese verdugo de hace siglos que al contemplar al reo –y por extensión a un viandante cualquiera– calcula ya, según sea su rostro y su figura, el tormento que le aplicará en primer término y los que seguirán a ese primero que parecen reclamar esta cara y este cuerpo, una cara que, sea cual fuere el instrumento de dolor elegido, lo refleje en todo momento de forma bien visible, a fin de apreciar en ella la intensidad del dolor según va siendo inflingido, así, con similar distanciamiento, más instintivo que buscado, más próximo a la reacción coloidal que a la hostilidad elaborada, el modo de valorar la persona imbuida de una ideología determinada a cuantos son ajenos a ella.

De entre los planteamientos ideológicos más comunes, los que desde siempre me han causado mayor perplejidad son los que se constituyen en movimiento nacionalista. Los de ambición social, pese a sus momentos de delirio revolucionario, son más comprensibles y en más de un aspecto se los puede considerar positivos. También los sentimientos patrióticos pueden estar justificados, claro está, cuando un país se ve invadido por otro en virtud de la ley del más fuerte. Pero el patriotismo por principio tampoco tiene por qué ser una virtud. ¿Me siento orgulloso de ser español? No. España fue en el pasado una potencia hegemónica, pero en el presente es un país cargado de defectos. Lo que no es obstáculo para que me moleste verlo tratado injustamente. El castellano, por otra parte, es un idioma rico y preciso en el que me siento cómodo, aunque desde el punto de vista del reconocimiento profesional sea mucho más agradecido el inglés. Lo que me parece absurdo es que ante un eventual choque entre la idiosincrasia tribal y unas formas culturales más desarrolladas, se vean éstas rechazadas en nombre de la tribu.

Los viejos nacionalismos europeos son formaciones de aluvión que poco a poco se

fueron estructurando en estados nacionales sin obedecer a plan predeterminado alguno. Los actuales nacionalismos emergentes, nacidos al calor del Romanticismo, parten, en cambio, de una idea previa de nación que pretenden convertir en realidad tangible. En su afán de hacerse, a partir de una lengua o un dialecto más o menos diferenciado, con unos presuntos privilegios que en la práctica sólo suponen la recuperación de una embrutecedora mentalidad aldeana, parecen ignorar los cinco pilares de la cultura europea. Es decir: el legado de la Grecia clásica, de Roma, de la Biblia, de los casi dos milenios de cristianismo y de su consecuencia obligada, los ya más de doscientos años de pensamiento libre. Su principal peculiaridad es que siendo como son movimientos colectivos, en la medida en que tienen su origen en una idea, afectan también al individuo que los asume, a cada individuo, condicionando su vida, el amor, la amistad, la profesión. En consecuencia, ese individuo dominado por el ideal nacionalista se verá impulsado a comportarse en todo momento como representante y heraldo de la patria figurada. A fin de hacer más obvio el carácter necesario de su causa, inventará y modificará la historia hasta hacerla coincidir con sus planteamientos reivindicativos, asumirá el carácter indiscutible de los hechos y hará lo posible para que cuantos le rodean asuman tales modificaciones, y quienes, por razones de edad o de simple ignorancia, todo lo ignoran, lo aprendan igual que aprenden cualquier otra materia. Más aún: su íntimo deseo sería que el mundo entero conociese la existencia de esa patria figurada y que, tras conocerla, quedase enamorado. Por lo mismo, su reacción frente al que niega o rechaza sus planteamientos puede conducirle a las situaciones más extremas, atentados, guerras, genocidios. Serbios y croatas, por ejemplo: los cubos llenos de ojos de serbios que Giovanni Papini menciona en su relato de la limpieza étnica practicada por los croatas a mediados del pasado siglo; dos comunidades que en aras de su identidad se aferraban y aferran a dos variantes de una misma religión (ortodoxos los unos, católicos los otros) o a dos alfabetos distintos (cirílico y latino) para escribir de forma diversa una misma lengua. Afortunadamente, el nudo gordiano creado por el nacionalismo en los Balcanes no tiene equivalente en el resto de Europa. Claro que los movimientos nacionalistas existentes, por ejemplo, en España, Francia y Gran Bretaña también difieren considerablemente uno de otro. Como dentro de España difieren entre sí el nacionalismo catalán, el gallego y el vasco, y éste último nada tiene en común –contra lo que a veces se afirma– con el de Irlanda del Norte; el paralelismo, si acaso, podría establecerse entre el IRA y ETA. Una ETA que tampoco es lo que fue en sus inicios, bajo el franquismo. Por esa época, en Barcelona, yo entré en contacto con un representante de ETA político militar. Su nombre de guerra era entonces *Bilbao*, pero hace ya mucho que firma con el verdadero –Patxo Unzueta– las perspicaces columnas que publica en *El País*. Años más tarde, coincidiendo con la batalla de Sarajevo, el hecho de que yo me instalara en Madrid fue interpretado por algún medio de comunicación como una ruptura con mi ciudad, la ciudad de *Recuento*, y me vi obligado a puntualizar que el cambio obedecía a motivos rigurosamente personales.

Lo habitual es que el factor identitario termine por modificar el comportamiento social de quienes lo asumen, a fin de acomodarlo en lo posible al prototipo implícitamente establecido. Ser, por ejemplo, una persona animosa, independiente, activa, con un sentido del humor socarrón, pragmático, cargado de segundas; un tipo de personalidad positiva, que va a la suya, si bien dando por descontado que ese ir a la suya es, al propio tiempo, trabajar para la causa. Pero también hay quien, víctima de la impaciencia, sencillamente se ahoga al tener que apurar día a día la irrealizada realidad circundante, como si nadie le entendiera, como si el médico le dijera que su grupo sanguíneo no tiene nada de particular, o que sus antepasados no le legaron ningún castillo en ruinas y que sus proyectos de reconstrucción carecen por tanto de sentido, no muy seguro ya de si pertenece a un sueño lo que le dicen o si lo es lo que él había imaginado y tantas veces contado a los chicos, ya unos mocetones con todo y tener la boca floja de un bebé recién alimentado y los ojos picajosos de la somnolencia que entra de inmediato.

Recuerdo una visita al Tarangire, un extenso parque natural de Tanzania. Habíamos dejado atrás el barranco de Olduvai, y la pista de tierra se extendía interminable sabana adelante, un paisaje sin matices al sol del mediodía. Eso sí, al fondo de aquel trazado rectilíneo se apreciaban perfectamente las murallas de una fortaleza o tal vez de una ciudad encastillada, siempre a la misma distancia por más que avanzásemos hacia lo que habíamos tomado por su entorno inmediato. También recuerdo los días pasados en Darjeeling, años después, en un hotel encantador propio de otra época. La única frustración era haber apreciado el lugar, las plantaciones de té, los abismos más inmediatos, pero no los Himalayas, que permanecían cubiertos por las nubes. Hasta que la última mañana de nuestra estancia, como para celebrar mi cumpleaños, aparecieron allí, resplandeciendo al sol, próximos, rotundos, como para tranquilizar al escéptico, dando fe de su existencia al margen de que se les vea o no se les quiera o pueda ver, confirmando que en determinados momentos, los que más cuentan, el mundo, la vida y la conciencia del individuo son una misma cosa.

IV

El hilo conductor de lo aleatorio

Reconstruir los pasos dados desde el momento en que llegó a creer que iba a perder el tren, el brote de ansiedad que de pronto se extendió por su cuerpo, atolondrando sus movimientos, sofocándole el habla al intentar atraer la atención de algún taxi, el billete electrónico en el bolsillo, sí, pero demasiado lejos de la estación para llegar a tiempo, cuando de buenas a primeras hubo uno que se detuvo justo delante y, mientras el pasajero pagaba, el taxista asintió con un gesto y él pudo meterse, ocupar el asiento todavía caliente, tenso y silencioso durante todo el recorrido, lo mismo que al saltar al vestíbulo y abrirse paso a la carrera entre la multitud, la gente que llegaba y la que partía, y los que mataban el tiempo curioseando en las boutiques y los quioscos, la exasperante retención que suponían los controles de seguridad, y ya sin aliento, al franquear el acceso al andén, oír decir al revisor «si corre aún puede cogerlo». Sí: reconstruirlo todo mientras, desplomado en el asiento, aceptaba cuanto le iban ofreciendo, los auriculares, el periódico, un refresco, progresivamente invadido por el alivio; y reconstruirlo de nuevo cuando la violencia del estallido –explosión, choque frontal, qué más da– le permitió, como si el instante se autofraccionase en toda una sucesión de instantes infinitamente menores en medio de aquel fulgor, preguntarse si la culpa de lo que le estaba sucediendo no iba a ser de aquel taxi que se detuvo ante sus narices y que le permitió tomar un tren que en principio debía haber perdido. Y es que cuando en una cadena de acontecimientos el factor aleatorio es de trágicas consecuencias suele resultar mucho más llamativo que cuando éstas son beneficiosas y lo casual puede ser entendido como un detalle del buen resultado previsto. Pero tanto en un caso como en otro, el carácter inapelable del azar suele ser suavizado con expresiones que lo hacen más familiar, más compatible con la actividad cotidiana del ser humano. Así, se hablará de suerte, de buena suerte, si su influjo es favorable, o de accidente o de alergia cuando no lo es, cuando es mala suerte, procurando que el término elegido sea en sí mismo una explicación. Como si hablar de accidente o de alergia o de fuerza mayor hiciera innecesaria toda indagación. Por ejemplo: los pasos que condujeron a mi madre al encuentro de una bomba que fue a caer sobre un transporte cargado de explosivos. Había salido de Viladrau y pensaba volver por la tarde tras hacer unas compras en la ciudad. ¿Traerse de Barcelona algo que no podía encontrar en el pueblo? ¿Aprovechar que era el día de mi cumpleaños y que dos fechas

más tarde era el santo de mi padre para comprar algún regalo? ¿Visitar a los abuelos? ¿Visitar al primo Paco, ingresado en una clínica de la parte alta de la ciudad, fue lo que alteró su recorrido y la llevó a coincidir con la explosión en el punto y en el instante en que se produjo, mientras que de haber sido otro su itinerario tal vez la hubiera pillado lejos? Paco se encontraba en aquella clínica a raíz de un accidente ocurrido días atrás, cuando mientras se hallaba patinando fue arrollado por un tranvía que le segó una pierna. ¿No cabría pensar, en consecuencia, que fue en realidad ese accidente que le costó las piernas al primo Paco la causa de que días después mi madre y la trayectoria de la bomba coincidieran en un mismo punto?

Con frecuencia, por otra parte, todo *accidente* es susceptible de dos lecturas, positiva la una, negativa la otra, *ese tuvo la mala pata...* o bien, *el por suerte...* Así, la caída de la trona, uno de mis primeros recuerdos de Viladrau. Me hallaba yo colocado en una de esas sillas de largas patas que sitúan al niño a la altura de la mesa de los mayores, cuando, a resultas probablemente de haber puesto los pies en el borde del tablero, caí de espaldas junto con la silla, y la parte occipital de mi cráneo fue lo primero que sonó contra el suelo. Supongo que ni me dolió, porque el verdadero susto me lo produjo el círculo de rostros desbaratados por el espanto que de inmediato se cernió sobre mí tapándome la visión del techo. La situación inversa, es decir, llevarme un susto sin que nadie se diera por enterado, se produjo pocos años después, durante uno de mis primeros veranos en Torrentbó, en el curso de uno de esos paseos en grupo que hacia media tarde solíamos hacer cuando había invitados. Los recorridos respondían a unas pocas variantes –tal o cual fuente, algún punto desde el que se domina una buena visión panorámica– y los temas de conversación también solían ser repetitivos, como si determinados paseos exigieran contar determinadas historias y fuera obligado hacer como que era la primera vez que se oían. Sentirme aburrido, o el deseo de hacer algo llamativo o la curiosidad de comprobar cuántos metros lineales se ganaba saltando pendiente abajo, me llevó a hacer exactamente eso tras tomar carrerilla. Caí de talones y, tras la fuerte sacudida, me encontré imposibilitado no ya de enderezar totalmente la espalda sino también de articular palabra alguna, como si más que intentar hablar estuviese imitando el balido de una cabra. Todos se lo tomaron a broma y prosiguieron el paseo sin hacerme caso, reacción que según me recuperaba me resultó preferible en la medida en que así me ahorra más de un sermón.

Con todo, no dejó de sorprenderme la facilidad con que puede ocurrir algo sin que nadie lo advierta. Aunque por aquel entonces ya había experimentado otra realidad sin duda más traumática: que se te atribuyan unos hechos que nada tienen que ver contigo. Fue al término de mi primer año en Lasalle, el curso de ingreso al bachillerato. En el salón de actos el Hermano Prefecto iba leyendo el resultado de las notas: sobresalientes, notables, aprobados. Por un momento creí que se me había saltado. Pero no era así. «Hasta aquí, los aprobados», dijo. Y a continuación mencionó los tres o cuatro suspensos; uno de ellos era para mí. En casa, mi padre, tendido en la cama, me preguntó

por las notas. «Me han dado este papel», dije. Mi padre lo leyó con asombro: hasta entonces mis calificaciones no habían sido excepcionales pero sí correctas. Me preguntó qué había pasado y yo le dije que no lo sabía. Fue al colegio a informarse y la historia que le contaron me dejó mucho más atónito a mí de lo que le pudo haber dejado a él. Según el Hermano Prefecto, durante el examen de matemáticas yo había sido sorprendido copiando. Y al serme retirado el examen, en presencia de la clase entera, dando muestra de un considerable cinismo, yo había comentado en voz alta: «Perdido por perdido». El relato no contenía ni una sola palabra de verdad. Ni había copiado, ni me había sido retirado el examen, ni había escandalizado a la clase entera con la respuesta que se me atribuía. Mi padre me creyó. Volví a examinarme en septiembre y aprobé sin casi haber estudiado; y yo diría, por la actitud de los examinadores, que estaban al cabo de la calle, que se habían dado cuenta o sabían que mi anterior examen fue objeto de la confusión con el de algún otro. Pero lo sucedido siguió atormentándome durante años. ¿Cómo era posible que se hubiera producido semejante confusión? Y, sobre todo, ¿por qué la víctima de la confusión tenía que haber sido precisamente yo?

Muy poco tiempo después se produjo un hecho mucho más nimio pero que no pude dejar de relacionar con la calumnia del Hermano Prefecto. En el casco viejo de Sarriá, frente a la pastelería Foix, junto a un pequeño estanco que hacía esquina, solía situarse un ciego vendedor de lotería, con su bastón blanco y su sillín plegable en el que se sentaba a ratos. Yo andaba en una de mis inspecciones de rutina: ver si había algún nuevo cómic en los quioscos, enterarme de lo que anunciaban los cines del barrio, etc. Al doblar la esquina, el ciego, en aquellos momentos de pie, soltó un escupitajo que me dio en plena cara. Me alejé sin decir nada, procurando que nadie se diese cuenta de lo ocurrido, ocupado sobre todo en quitarme *aquello* de la mejilla cuanto antes, mientras me dirigía a una fuente pública situada en las proximidades. Y una preocupación: ¿cuál era la probabilidad de que el escupitajo de un ciego fuese a dar precisamente en mi cara?

Desde luego se le puede llamar casualidad. Y considerar que mi viaje a Praga, por ejemplo, fue también fruto de la casualidad. Por de pronto, nada más lejos de mis deseos que asistir al VI Congreso del PC celebrado en Praga. Ni, al parecer, tampoco mi presencia estaba inicialmente prevista por los organizadores. Quien debía asistir en representación de los intelectuales de Barcelona era Manuel Sacristán. Yo había dejado ya de ir a las reuniones de Partido y ni siquiera me encontraba en Barcelona sino en el chalet de San Julián de Vilatorca que María Levi, madre de Ricardo Bofill, nos había ofrecido a fin de que allí pudiera yo zambullirme en la redacción de mi segunda novela, entonces aún sin título. Y hacia finales de octubre María Antonia y yo nos habíamos instalado en aquella casa estimulados por la perspectiva de un esplendoroso otoño dedicado a la creación, ella pintar y yo escribir. Sólo que ni los esplendores otoñales fueron lo que cabía esperar de un pueblo situado a tan corta distancia de Viladrau, ni nuestro trabajo se vio especialmente inspirado. El sauce que presidía el jardín acabó por constituirse en símbolo obsesivo de lo que estaba siendo nuestra estancia: lejos de

transformarse en un elegante desplome de amarillos, víctima del tiempo desapacible, terminó siendo un triste despojo de sí mismo. Imagen paralela de lo que sucedía con mi manuscrito: descontento del resultado por no acertar a formular correctamente el diagnóstico, esto es, que lo que fallaba, lo que en realidad no me apetecía era el tipo de obra que estaba escribiendo, ya que andaba dando vueltas a otros planteamientos. Y en éstas, una mañana se presentó Solé Tura para comunicarme, en nombre de la Dirección, que hacia Navidad debía estar preparado para emprender un viaje a un país lejano en sustitución de Sacristán, que no estaba en condiciones de hacerlo por razones de salud. ¿A qué país? No se sabía, o mejor, él no lo sabía por más que también estaba invitado; eso sí, el punto de partida era París. ¿Por cuánto tiempo? Unos diez o doce días entre todo. Yo pensé de inmediato que el destino debía de ser Moscú, y el objetivo, asistir como observador a alguna de las reuniones que por aquel entonces organizaba Nikita Krushev a fin de explicar a los restantes partidos comunistas el giro político por él iniciado. También me dije que aceptando asistir a un evento de este tipo contribuiría a suavizar mi decisión de dar por terminada mi relación con el PCE.

¿Era cierto lo de los problemas de salud de Sacristán? ¿No se trataría de una simple excusa? Ni he llegado a saberlo ni me preocupé en averiguarlo. Hacía ya tiempo que sus arrebatos me habían llevado a procurar vernos lo menos posible. Concretamente desde que, con motivo de una huelga general fracasada, le comenté que Jacinto Esteva había distribuido propaganda incluso en la fábrica de su padre. «¿Y cuántos hombres trabajan en esa fábrica? ¿Quinientos? ¡Con quinientos hombres se puede poner en marcha una huelga revolucionaria!», recuerdo que exclamó Sacristán, alterada la voz, enrojecidos los rasgos. Cuando, ya en París, la víspera de nuestra partida, le conté a Solé Tura la ocurrencia de Sacristán, le entró un ataque de risa. Un par de días antes, un fotógrafo situado junto a la sede de *L'Humanité*, me había sacado dos variantes de fotos de carnet, una de ellas acorde con las características propias de un pasaporte cubano y la otra con las de un pasaporte de español exilado, que es el que finalmente me fue entregado; según ese documento, yo me llamaba José Cueto Antúnez, nombre que, con razón o sin ella, me sonaba a minero asturiano. También me pidieron que dejase escritas una serie de cartas con fechas sucesivas que irían siendo enviadas a familiares y amigos desde París en tanto durase el viaje.

Al poco de que partiese el tren que había de llevarnos a Frankfurt quedó claro con qué facilidad se pueden complicar las cosas cuando se viaja con pasaporte falso. Un revisor empezó a recorrer los vagones preguntando a diestro y siniestro si alguien había perdido un fajo de billetes de banco. Solé Tura se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y puso cara de espanto. Corrió tras el revisor y se identificó como el propietario de los francos. «¿Cuántos?», preguntó el revisor. Solé Tura dijo una cantidad, como vacilando. El revisor sonrió con malicia: «Es usted muy listo, señor, pero se ha pasado un poco, no debió haber sido tan ambicioso», dijo antes de proseguir su camino, todavía risueño. El problema era que Solé Tura de acuerdo con su pasaporte de ciudadano francés se

llamaba *monsieur* Fabre, pero que su dominio del idioma no estaba a la altura requerida para poder matizar de forma conveniente un pequeño error de cálculo.

Tampoco su alemán debía de ser excepcional. Tras pasar unas horas en Frankfurt, tomamos un vuelo con destino a Tempelhoff, Berlín –donde no pude evitar ser fotografiado por una joven, aunque logré mirar para otro lado–, y pasamos a la zona oriental en metro. Una vez allí, nos dirigimos a la dirección que llevábamos anotada, un edificio próximo a Alexanderplatz. «*Onix*», dijo Solé Tura a la señora que nos abrió la puerta. «*Onix*», repitió al ver que la señora nos contemplaba atónita, y añadió alguna explicación en alemán. La señora nos condujo a una salita y al poco nos hizo pasar a un despacho donde un hombre de mediana edad nos atendió cortésmente. «*Onix*», repitió Solé Tura y añadió alguna explicación de la que sólo entendí la palabra *Spanien*, posiblemente la de mayor utilidad en aquellas circunstancias. El hombre sonrió cortésmente y tras una breve charla, como para ganar tiempo, en la que nos mostró una estantería con las obras completas de Marx, de las que el *Manifiesto* era su preferida –dijo– porque allí estaba todo en muy poco espacio, nos indicó que podíamos volver a la salita. Al cabo de un rato, la señora, ahora también sonriente, compareció con unas cervezas y unas lonchas de embutidos. Un par de horas más tarde, un coche nos condujo a una especie de residencia universitaria. Sólo allí fuimos informados del destino final del viaje, Praga, y del motivo, el VI Congreso del PCE.

Aquellos días pasados en Praga acabaron siendo unos de los más deprimentes de mi vida, y el malestar generado por las reuniones terminó por hacerse extensivo a mi visión de la ciudad, con todo y apreciar sus indudables atractivos; desde entonces he vuelto a Praga una sola vez, sin conseguir tampoco llegar a sentirme a gusto. Resultaba demasiado agobiante oír a los delegados venidos desde distintos puntos de España atenerse a un único modelo de discurso, idéntico tanto en el formato y en la retórica de los calificativos como en el triunfalismo del contenido, dando ya por liquidado el régimen franquista, pendiente a lo sumo de un último empujón. Y lo peor no era que dirigentes en el exilio –Pasionaria y Carrillo, López Raimundo, Líster, Claudín, Julián Grimau– parecieran creerlo sinceramente, sino que quienes como yo venían del interior y conocían la situación tan bien como yo –Solé Tura, Vicens– se vieran sinceramente contagiados por su optimismo. Jorge Semprún –entonces Federico Sánchez–, al enterarse de que yo no pensaba intervenir, me pidió que al menos abriese con unas pocas palabras una especie de acto de homenaje a Pasionaria que se iba a celebrar ya terminado el congreso, el 1 de Enero de 1960. Improvisé una reflexión acerca de la facilidad con que alguien nacido en el seno de una familia de derechas puede terminar ingresando en el PCE –discurso sincero cargado de no menos sinceras restricciones mentales–, y fui fuertemente aplaudido; la concurrencia era menor que en las reuniones anteriores, ya que muchos de los participantes habían emprendido el regreso.

Aquel mismo día, tras darnos una vuelta por la ciudad, Pasionaria, acompañada de Irene Falcón, su secretaria, me invitó a almorzar en su casa, una comfortable villa estilo

años veinte. Aquel encuentro me ratificó en mi primera impresión de Pasionaria, la de una señora antigua y acogedora, aficionada a contar anécdotas, en este caso cargadas de elogios relativos a China, de donde acababa de regresar –justo antes de la crisis chino-soviética–, y también a Rumanía, donde al parecer tenía su residencia. En otra ocasión fui invitado a cenar por Moix, dirigente en el exilio de los comunistas de Cataluña, junto con Solé Tura y Vicens y la novia de uno de sus hijos, a todas luces hija de Líster; una joven cuya expresión risueña se acentuó más aún cuando Vicens, sin caer en el parecido, hizo un jocosos comentario acerca de la cara de ogro que tenía Líster. De la gente que conocí aquellos días, quienes me resultaron más interesantes –y también más ajenos al estereotipo de dirigente comunista– fueron curiosamente dos ex militares, el coronel Modesto y el que fue jefe de la aviación republicana, Hidalgo de Cisneros, además del escultor Alberto, de trato amable y sosegado. Mientras Hidalgo de Cisneros transmitía la impresión de ser un militar con la conciencia tranquila en la medida en que se había limitado a cumplir con su deber para con el gobierno de la República, Modesto parecía un hombre castigado por la amargura propia del que se ha entregado a una causa que le ha decepcionado; el más genuinamente satisfecho era Alberto, como consolado por la evidencia de que en todas partes haya buena gente. Lo que más me sorprendió –y también inquietó– de semejante concentración de figuras históricas mezcladas con tanto nombre de guerra, fue que prácticamente todo el mundo se me dirigía mencionando mi nombre real, no el supuesto, como en los demás casos. En una ocasión, camino de la sala de reuniones, Carrillo, desde unos cuantos pasos más atrás, me llamó a voz en grito: «¡Goytisoló!». «No te vuelvas», me dijo Keller, dirigente textil, con más experiencia que un zorro, que caminaba cansinamente a mi lado.

Emprender el regreso vía Zúrich fue en cualquier caso un alivio que me puso del mejor humor. De ahí, tal vez, que una de las azafatas se sentase a mi lado y, tras charlar un rato, me preguntara qué haría aquella noche, ya en Zúrich; yo le dije que por desgracia tenía que continuar el viaje. Ya en tierra, Solé Tura, de nuevo mi acompañante, me reprochó aquella pequeña charla. «Es mejor no hablar con nadie», dijo. Pero el problema que se nos iba a plantear era de otra índole: tras almorzar en un restaurante chino y deambular por la ciudad para matar el tiempo, Solé Tura cayó en la cuenta de que había perdido el resguardo de la consigna correspondiente a su maleta. Y con el pasaporte de ciudadano francés los trámites para recuperarla podían complicarse. Le propuse irme a París mientras él aguardaba en Zúrich y volver con su pasaporte verdadero, pero por no dejar de dar ni un solo paso, volvimos al restaurante chino y en el suelo del guardarropa descubrí su resguardo.

Ya en París y antes de emprender el regreso a España, me encontré casualmente con quien durante unos años habría de ser yerno de Rafael Alberti, un periodista argentino de perfiles más bien oscuros. Con motivo de la publicación de *Las afueras* me había hecho una entrevista para una extraña revista sueca y yo siempre pensé que tenía toda la pinta de pertenecer a algún servicio secreto extranjero. Pero en aquel caso, lo que me resultaba

verdaderamente chocante era que también me lo había encontrado la víspera de mi partida hacia Praga, no menos casualmente. Lo que por el contrario ni advertí ni tan siquiera imaginé, ya en Barcelona, era que la policía, en ocasiones varios agentes a la vez, me estaba siguiendo de forma constante prácticamente desde mi regreso.

Empecé a constatarlo unas semanas más tarde, cuando tras presentarse en casa varios agentes de paisano hacia las tres de la madrugada, fui conducido a la Jefatura Superior de Policía en una ranchera americana de gran amplitud y sin signo externo alguno que la identificara como vehículo policial. «Pues para hablarnos de su relación con el Partido», me dijo el agente sentado junto a mí, al preguntarle yo acerca del porqué de todo aquello; y sólo entonces reconocí en él al hombre con el que me había cruzado –enfrascado en sus notas– en el curso de mis paseos por la parte alta de la ciudad. «¿Qué partido?», pregunté yo. «Aquí no hay más que un partido: el comunista», me dijo con una sonrisa. Y, desde el asiento de atrás, otro agente me preguntó si me había gustado *Faraón*, la película que acababa de ver con María Antonia aquella tarde. La tensión creada a partir de ese instante hace que el recuerdo de las horas y días que siguieron sea duro, sí, pero menos deprimente que el de mi estancia en Praga; suele pasar con las situaciones de grave riesgo, de fuerza mayor, debido tal vez a la extrema concentración que exigen.

Los casi tres días que pasé en Jefatura transcurrieron íntegramente en las oficinas, sin que en ningún momento fuese bajado a calabozos. La fase verdaderamente intensa fue la constituida por las primeras veinticuatro horas, ya que, una vez firmada la declaración, los agentes más bien parecían querer congraciarse, caer simpáticos. De entrada, tampoco Antonio Creix, jefe de sección de la Brigada Político Social, estuvo especialmente amenazador: me contó con pelos y señales el desarrollo del congreso y me mostró fotos de casi todos los participantes, entre ellas, la mía. Con una particularidad: se trataba de una ampliación de la foto que me hice en París por si el pasaporte que se me iba a proporcionar fuera el cubano, una foto que nunca llegó a ser usada. Con todo, lo que de veras parecía interesarles era el contenido de mi intervención en las sesiones del congreso. Lo que me permitió deducir dos cosas: no tenían –ni podían tener– constancia de que yo hubiera participado activamente en el congreso propiamente dicho, del mismo modo que tampoco podían tener constancia de que a mi regreso me hubiera puesto en contacto con nadie precisamente porque me habían sometido a estrecha vigilancia; más un dato para mí importante: su informador principal no había estado presente en el acto de homenaje a Pasionaria posterior a la clausura, en el que sí tomé la palabra. De ahí que, cuando llegaron los momentos difíciles, yo ya tuviese elaborada una estrategia alternativa a la de negarlo todo, animado además por un comentario del propio Creix al expresar su contrariedad por las repercusiones que mi detención estaba teniendo en el extranjero. Hubo unos cuantos puñetazos y pisotones que, casi de inmediato, Creix sustituyó por algo más sofisticado: hacerme caminar en cuclillas por una habitación vacía con las muñecas esposadas a la altura de los tobillos. Procuré mantener la calma, como si tanto ellos como yo fuésemos actores de una representación teatral en la que a cada uno

le correspondiera interpretar el papel asignado. Pero pasadas cinco horas empecé a encontrarme realmente mal, y al producirse una ansiosa irrupción de Creix en la estancia, admití haber estado en Praga, si bien en calidad de invitado, ajeno por completo a la organización, aceptando firmar una declaración en este sentido. Creix pareció aliviado y de inmediato me quitaron las esposas que, según pasaba el tiempo, se habían ido cerrando, más y más. Así liberadas, mis muñecas, de puro hinchadas, parecían las de un boxeador y, cuatro meses después, al abandonar Carabanchel, aún conservaba las huellas amarillentas del hierro. La declaración me fue tomada acto seguido y yo la firmé sin problema, consciente de lo poco que me comprometía. Tras unas horas de sueño bajo una mesa de oficina, se me comunicó que tenía visita. Era María Antonia, y en su cara leí el mal aspecto que yo debía de tener; con todo, me tapé las muñecas con el dobladillo del jersey y, en el momento de despedirnos, aproveché para decirle que Solé Tura y Vicens debían esfumarse de inmediato. «¿Ve usted cómo está bien? Pues cuéntelo, y a ver si en el extranjero dejan de decir tonterías», le dijo Creix. Sólo tiempo después supe que el mensaje de María Antonia fue sorprendentemente interpretado por Vicens: «Se ve que Luis ha cantado», dijo antes de huir a Francia; cuando, de ser cierto, antes que el mensaje hubiera recibido la visita de la policía.

Con la conciencia clara de que lo peor había pasado y familiarizado ya con la luz artificial de aquellas oficinas en las que llevaba ya más de dos días, con los platos combinados de la cafetería que empezaron a servirme a determinadas horas y con los intentos de los agentes que había tenido más encima de hacerse ahora los simpáticos, la noticia de un inminente traslado a Madrid me pareció una mala noticia. Por suerte, mi salida de Jefatura coincidió con una nueva visita de María Antonia, lo que me permitió ponerla al corriente de la situación; al parecer, fue retenida en las oficinas hasta que el tren en el que fui trasladado hubo partido de la Estación de Francia. Los dos agentes que me escoltaban me hicieron prometer que no intentaría huir y, antes de acabar dando unas cabezadas en el propio asiento de un departamento de segunda, me hablaron de sus lecturas, como para saber qué opinaba. Uno de ellos, bajando la voz, me recomendó que en Madrid no moviera ni una coma de mi declaración. «Pero ¿a dónde vamos?», le pregunté; «¿a Carabanchel o a la Puerta del Sol?». «A la Puerta del Sol», me dijo como lamentándolo. Lo único que representó un alivio fue encontrarme al llegar a la Estación de Atocha con que Luis Carandell estaba esperándome a la salida. «Hasta pronto», me dijo con una sonrisa.

Mi estancia en la Dirección General de Seguridad se prolongó alrededor de una semana, a lo largo de la cual fui cambiando de celda tres veces, siempre en régimen de aislamiento. La más entretenida fue la segunda, la número 15 si no me equivoco, ya que por su situación se enteraba uno de más cosas. Aparte de ver caras que ya había visto en Praga, me distraía escuchar las conversaciones del ocupante de la celda vecina con los guardianes. Se trataba de un extranjero detenido, al parecer, por abusos de carácter pederástico. Si al llegar hizo saber al guardián que iba a estar allí sólo durante un rato,

según pasaban los días, sus llamadas al guardia de turno se fueron haciendo más y más lastimeras. «Qué quiere, señor Castor, usted con su defecto...», le decía el guardia con aire cariacontecido.

Hubo un momento en que, como adormecido por toda esa rutina, la irrupción de la realidad me pilló totalmente por sorpresa. Un guardia abrió la puerta y me ordenó seguirle, ya que me reclamaban *arriba*. Yo tenía la impresión de que debía de ser medianoche, y mientras subíamos hacia las oficinas las piernas empezaron a temblarme de forma incontrolable. Pero no era medianoche ni me aguardaba un interrogatorio, sino una visita, la del primo Berchmans Vallet, que deseaba saber cómo me encontraba. Su presencia fue una de las sorpresas más agradables de mi vida, al margen incluso de cuanto pudiera decirme. Se había entrevistado, al parecer, con Arias Navarro, como él, notario de Madrid, y en aquellos momentos Director General de Seguridad. «Mire, Vallet», le había dicho, «a los congresos de notarios no van más que notarios». «Claro que, por lo que sé de tu declaración», dijo Berchmans, «es evidente que tú fuiste a Praga como invitado». Y, efectivamente, la nueva declaración, realizada al otro día, fue una nueva remodelación de la hecha en Barcelona que, a juicio de Reguengo, el jefe de la Brigada Político Social, adolecía de defectos de forma.

El traslado a la prisión de Carabanchel significó que, en principio, lo peor había quedado atrás. Con todo y pasarlos en lo que parecía ser una celda de castigo o para condenados a muerte, los días de aislamiento inicial o cuarentena transcurrieron para mí iluminados por la excitación y creatividad que me poseían, cruzando en diagonal aquel pequeño espacio de doble reja una y otra vez, incansablemente. Luego, la rutina diaria, salir al patio, conocer a mis compañeros de celda, intercambiar visitas, departir durante horas, comparado con mi paso por las dependencias policiales, era ya casi como estar en libertad. Un estado de ánimo fortalecido además por las noticias relativas a la repercusión que la ola de detenciones acaecida en España estaba teniendo en el extranjero, de forma que el hecho de que el comportamiento de los militantes detenidos en toda la península, salvo notables excepciones, no hubiera sido precisamente ejemplar, se convirtió más en motivo de broma que de ensañamiento. Mi ocurrencia de que aprovechásemos lo sucedido para formar una *scola cantorum* fue muy celebrada no ya por Antonio Amat sino también por Emilio Sanz, que como responsable de la organización en la cárcel no podía disimular su preocupación. Sobre todo por la existencia de una o varias preguntas todavía sin responder. ¿Cómo se había iniciado la caída? ¿Cómo era posible que la policía supiera tanto desde el principio? Y, sobre todo, que sin que afectase a ningún dirigente o figura clave, la caída se hubiera extendido por toda España como si las delegaciones hubieran sido directamente trasladadas de Praga a Carabanchel. Amat me miraba con expresión de querer decir algo que finalmente dijo: si él estaba allí era porque había sido delatado por Rodolfo Llopis, secretario general del PSOE. ¿Certidumbre o impresión personal? Difícil saberlo, deducirlo de aquel rostro casi siempre risueño y socarrón. Tras su salida de la cárcel dos o tres años más tarde, intercambiamos alguna

que otra carta. Pero la noticia de que había saltado al mar tras dejar una nota en el camarote a mitad de la travesía Palma-Barcelona llegó sin que hubiésemos vuelto a vernos.

Aparte de los días de huelga de hambre y del consiguiente castigo, las cinco semanas de aislamiento disciplinario, el único percance ocurrido durante mi estancia en Carabanchel no se reveló como tal hasta pasados varios meses. La dirección de la cárcel había ordenado una vacunación de rutina contra el tifus que, por su carácter masivo, se desarrolló en la propia galería. Los reclusos formábamos en hilera y un par de enfermeros nos vacunaban a uno tras otro sin más medida profiláctica entre vez y vez que la de desinfectar la jeringa con un algodón empapado de alcohol. Entre bromas, todos procurábamos ser precedidos por algún conocido, si bien, en la práctica, se hacía difícil. Yo salí de la cárcel a primeros de mayo, flaco pero en buena forma, y no se me ocurrió ir al médico hasta finales de verano, con todos los síntomas de estar sufriendo un cólico hepático. Y era el hígado, sí, pero la causa, a decir del médico, el doctor Solé Sabarís, estaba en los pulmones, que los tenía, dijo, como un colador. Se trataba de un sembrado tuberculoso, de origen hematógeno, del que, debidamente medicado, me repuse tras los cuatro meses pasados en Viladrau. Eso sí: con un estado de ánimo por los suelos. No ya por estar saliendo de un proceso tuberculoso o encontrarme sin pasaporte, sino, sobre todo, por seguir metido en la novela comenzada antes del viaje a Praga y que tan poco me satisfacía, pero que me convenía poder publicar cuanto antes.

Lo que de veras me apetecía era poder volcarme lo antes posible en un nuevo proyecto, la novela cuyo plan general se me apareció como un todo, por así decir, durante mis días de aislamiento en Carabanchel y fue, de hecho, empezar a escribirla lo que más me ayudó a salir de esa fase depresiva, con la ayuda añadida de la medicación prescrita por Vidal Teixidó, buen amigo, además de psiquiatra de José Agustín. La alegría de que la cárcel hubiera quedado atrás se vio así acrecentada por tal perspectiva. La libertad, sí, y también el gozo que me producía poder sumergirme en la redacción de una novela distinta de cualquier otra que yo conociera. Una puesta en libertad que, como para facilitar las cosas, se había producido con una sencillez y una presteza fuera de lo común. Se decía que el juez instructor, coronel Eymar, por cada cigarrillo que te ofrecía mientras prestabas declaración añadía un año a su petición de condena; a mí me ofreció varios, pero prácticamente se limitó a preguntarme si me ratificaba punto por punto en lo declarado ante la policía. ¿Lo haría por convicción? ¿Presionado tal vez por lo publicado en el extranjero acerca de las detenciones practicadas en España y particularmente de la mía, por las recogidas de firmas pidiendo mi libertad, que si en Francia iban encabezadas por Malraux y Picasso, las que recogió Cela en Madrid las encabezaba Menéndez Pidal? Sólo después conocí la opinión que el coronel Eymar, al margen de la polvareda levantada, transmitió al primo Berchmans cuando éste le visitó a fin de interesarse por mi suerte: «¿Su primo? Es un chico muy inteligente. No tiene nada de comunista». El caso es que a las pocas horas me encontraba en un tranvía, camino del centro de la ciudad

junto con otros ocho compañeros, riéndonos todos a la vez como para cerciorarnos de que aquello era real.

¿Qué hubiera sido de *Antagonía* de no haber vivido yo la experiencia de Carabanchel? Es decir: de no haber sido detenido a consecuencia de haber asistido a la celebración en Praga del VI Congreso del Partido Comunista en sustitución de Manuel Sacristán, que era quien en razón de ser miembro del Comité Central estaba inicialmente previsto que asistiera? Supongo que una obra *equivalente* hubiera acabado surgiendo más o menos por la misma época, ya que, como los pequeños temblores sísmicos que preceden a un terremoto, el malestar experimentado durante mi estancia en San Julián de Vilatorca anunciaba la inminencia de una *revelación* de este género. Pero no cabe duda de que *Antagonía* hubiera sido distinta de como es, y no sólo desde un punto de vista argumental.

Una de las fórmulas más comunes de conjurar el incómodo - do peso de lo aleatorio, así en el mundo como en nuestras vidas, es el recurso a la estadística. Hay en todos los ámbitos un determinado tanto por ciento de posibilidades de que algo se produzca y si ese algo te afecta a ti es porque has entrado a formar parte de ese tanto por ciento. La pérdida de una maleta, por ejemplo, o la alergia a tal o cual substancia. La explicación es aceptable o asumible cuando el elemento considerado no tiene especial entidad, cuando se trata de una simple molestia. De las tres maletas que hasta el momento me han sido extraviadas, dos de ellas –la de un viaje a Libia, la de otro a la India– no han representado más que eso: el fastidio de encontrarte sin tus cosas durante un periodo más o menos largo. La tercera, la de Santa Bárbara, California, ya fue otra historia, al dar pie a una inesperada noche de pesadilla. Me hallaba alojado en un motel llamado El Encanto, cuyos emplazamiento, atmósfera y arbolado eran muy similares a los de Torrentbó. Hacía poco que Torrentbó había sido vendido y la pérdida de la maleta se sumó aquella noche a la de la casa en mi conciencia, de forma que según me despertaba una y otra vez, lo hacía convencido de hallarme en Torrentbó, un Torrentbó habitado por desconocidos. La experiencia tuvo una influencia decisiva en *La paradoja del ave migratoria*, la novela que entonces se hallaba en periodo de gestación.

Mi primera y única experiencia con las alergias fue más traumática, aunque hubiera podido serlo todavía más. Por otra parte, el carácter inesperado –en la medida en que es *nuevo*– de la reacción alérgica nos suele sorprender inermes, sin siquiera la excusa de achacarlo a un descuido. Cabría achacar a un descuido, por ejemplo, el que dos o tres años después de mi paso por la cárcel un amplio ascensor sin puertas estuviera a punto de arrancarme el brazo derecho. En el momento de arrancar, a modo de despedida, yo había toqueteado con los dedos el cristal esmerilado de la planta quinta de un hotel y mi brazo quedó aprisionado entre la caja del ascensor y el muro, frenándolo en seco y haciéndome perder el sentido instantáneamente. Al recuperarme, tras indicar al botones que la solución consistía en volverme a subir y no en empeñarse en bajar, mi brazo quedó liberado y el atasco resuelto, y ya en la planta baja, salí por mi propio pie, dejé al

conserje –que miraba horrorizado aquella manga de chaqueta como un as de bastos– una carta para echar al correo que llevaba en la otra mano y, sentado en el coche junto a Ricardo Bofill le fui indicando el camino para llegar cuanto antes a la clínica del traumatólogo; una vez allí, tuve la impresión de hallarme de súbito totalmente a oscuras. Pero me salvaron el brazo. Acababa de empezar la redacción de *Antagonía* y tuve que suspenderla durante unas semanas tras descubrir que con la izquierda no soy capaz de escribir ni mi propio nombre.

Otro descuido, sin duda, fue no haber hecho caso, en Tahití, a los dueños de un chiringuito que, al verme pasear bordeando las rompientes, me advirtieron que el mar estaba cambiando. Para mí ése era precisamente el atractivo y proseguí mi camino hasta que, doblado el puntal, una súbita ola gigante me revolcó como a un pelele, arrastrándome diez o quince metros sobre una roca plana cubierta de algas y erizos. Como para tomarme en serio lo vaticinado por el horóscopo del templo de Kannon, en Tokio: el grave peligro que se iba a cernir sobre mi vida en el curso del viaje emprendido.

Pero la reacción que me produjo una inyección de penicilina y que me mantuvo en coma más de veinte minutos no tuvo nada que ver con un descuido ni por mi parte ni por la del médico. Me encontraba en Nueva York y acababa de regresar de una escapada a New Port en compañía de Joelle. Allí, la fuerza del viento pareció agudizar el dolor de muelas que me aquejaba –ya toda la mejilla– de modo que a mi regreso visité de inmediato a un dentista. Éste me diagnosticó sinusitis y me mandó a un médico que resultó ser argentino y llamarse Oliveira. El doctor Oliveira ratificó el diagnóstico y explicó que lo único que se podía hacer por el momento era reducir la infección. Me preguntó si era alérgico a la penicilina. Yo le dije que no, ya que el tratamiento que seguí contra la tuberculosis durante mi estancia en Viladrau se basaba fundamentalmente en fuertes dosis de penicilina. Pero allí, en Nueva York, al instante de notar el pinchazo, recuerdo haber dicho: «Me parece que me voy a caer, doctor». ¿Lo dije? Porque la conversación que a partir de aquel momento mantuve con el doctor Oliveira, yo tendido en el suelo y él a horcajadas sobre mí, intentando inyectarme dexametasona en la vena con la mayor rapidez posible, fue, por lo que se ve, totalmente imaginaria. Lo curioso es que yo le oía decir «Procure no dejar de escucharme, procure mantener la boca abierta», y yo, a mi vez, le preguntaba «Esto será tétanos, ¿no cree?», sólo que sus palabras eran reales y las mías, no, ni podían serlo sacudido por las convulsiones como al parecer me encontraba. Recuerdo, por ejemplo, al tener la impresión de que se había abierto la puerta, haberle dicho: «Si es la negra que estaba en la sala de espera, mejor que no entre, podría impresionarse». La imposibilidad de que hubiera dicho realmente algo se me impuso cuando, al empezar a recuperarme, el doctor Oliveira me preguntó si veía la pecera. Yo afirmé con la cabeza y quise decirle que sí, que veía las estrellas de mar –no había estrellas de mar–, y caí en la cuenta de que en vez de palabras me salían sonidos entrecortados. Alrededor de media hora más tarde, cuando ya estaba en condiciones de acercarme al cuarto de aseo, el espejo reflejó un rostro de frente todavía blanquecina y

rasgos amoratados. Es decir: una reacción alérgica derivada del tratamiento de una tuberculosis hematógena que había contraído en Carabanchel a consecuencia de una jeringa incorrectamente desinfectada durante una estancia en la cárcel ocasionada por mi presencia en el VI Congreso del PC celebrado en Praga al que había asistido en sustitución de otro. Por aquella época llevaba redactada algo más de la mitad de *Antagonía*.

Cuando la cadena de eslabones fortuitos o el hecho aleatorio considerado aisladamente son de trágicas consecuencias, suele hablarse de destino: el sujeto, por supuesto, sin saberlo, es protagonista de un argumento predeterminado. Cuando el resultado es feliz o deseado, la casualidad se convierte en suerte. Salir de copas con los amigos una noche determinada, por ejemplo, y toparse por ahí con otro grupo de amigos entre los que se encuentra una mujer que terminará siendo muy importante para nosotros. O ir a Nueva York y conocer a esa mujer como por encargo, por cumplir, y quedarnos poco menos que sin habla nada más verla. O coincidir con ella en el curso de una cena organizada por amigos comunes. O, cambiando de opinión y sin otro ánimo que el de cambiar también de aires, aceptar una invitación que nos lleva a Montevideo, donde nos encontramos con ella, que inicialmente tampoco pensaba viajar a Montevideo.

Ahora bien: el propio concepto de suerte tiende a centrar lo aleatorio en un hecho aislado, decantando o diluyendo la realidad de los restantes eslabones de la cadena. Como el recurso a la voluntad de Dios, o a la astrología o a los vaticinios del templo de Kannon. Vaticinios que, al igual que una oración, confortan al sujeto apartándole de ocurrencias que no conducen a nada, como preguntarse si lo que es fruto casual del encuentro de un microgameto determinado con un macrogameto no será, más que imagen de uno mismo, imagen del universo.

Una mañana ventosa y desapacible no es para los pájaros que se recogen en las ramas desnudas un golpe de adversidad, sino más bien una variante de lo cotidiano, lo mismo que cuando gorjean al tibio sol. Su rápido cerebro les permite captar lo simultáneo, estar al tanto de todo en todo momento, de las briznas de comida caídas del mantel que sacude el abuelo a la vez que de la rama más tentadora para el próximo salto, de los movimientos de los otros pájaros, del despejado entorno del manantial, de la posible silueta de un peligro que se cierne, de los revoloteos de la compañera en celo, del vibrante encuentro nupcial que se impone... Lo que escapa a su aguda captación –el plaguicida inodoro, el parabrisas de un coche, la sierra que abate el árbol donde pían las crías– más que un desastre natural es para ellos un desastre sobrenatural. Pero nunca confundirán el sonido del viento que al inflar las copas de los pinos sopla de un extremo a otro del pinar con el paso de un tren de alta velocidad.

V

Celos, danzas, sodomías

Así como al despertar un buen día con un insidioso dolor de lumbares, lado derecho, por ejemplo, y sólo al rato caemos en la cuenta de que también nos molesta la pierna izquierda en su articulación con la cadera, de lo que deducimos haber adoptado alguna postura inconveniente durante el sueño, pero únicamente más tarde, atando cabos, comprendemos que ambas dolencias son producto de un mal gesto realizado durante aquella visita que hicimos a un edificio en construcción, así, de modo semejante, atando cabos de forma casi casual, el mecanismo de los celos a la que salta la alarma, el atormentado análisis retrospectivo de la conducta de ella o de él, de sus efusiones, de sus ausencias, de sus alegrías y malos humores, de sus explicaciones, de sus tomas de posición, un proceso que con base o sin ella conduce a un obsesivo e insomne estado de alerta que castiga a quien lo padece más que cualquier certidumbre en uno u otro sentido. Un estado de ánimo que nada tiene que ver con el que corresponde a otras acepciones de la palabra, como hablar de *celos profesionales*, en realidad una mezcla de ambición y envidia, o de los celos de un niño, más próximos al narcisismo, usos más bien metafóricos aplicados por similitud o por extensión a un ámbito distinto del que les es propio. En los celos propiamente dichos es imprescindible que el impulso sexual que alumbra la relación amorosa se vea lastimado y que esa lastimadura afecte en lo más profundo a quien la experimenta. No ya sus sentimientos y emociones: es la personalidad en sí del sujeto la que se ve lastimada o trastornada. Lo que no es obstáculo para que pueda darse en relación a un compañero o una compañera de profesión, sólo que en tal caso no tendría sentido hablar de celos profesionales. O que pueda experimentarse en la pubertad, siempre que el adolescente tenga claro el alcance y la naturaleza de su deseo. Recuerdo el hiriente agravio y el sentimiento de injusticia cósmica experimentado el día en que, a la salida del colegio, vi a Isabel subirse a la moto de un chico bastante mayor que ella, y por supuesto que yo, y alejarse en airoso giro abrazada a su cintura.

El deseo, por aquel entonces, llevaba ya tiempo encendido. Un deseo a la vez imperioso y difuso, en la medida en que desconocía las pautas y los cauces de comportamiento establecidos, y era consciente de la imposibilidad de que alguien me hiciera caso antes de que mi presencia física fuese mínimamente adulta. Mis fantasías, en consecuencia, se basaban fundamentalmente en imágenes, pinturas, ilustraciones y, sobre

todo, películas. Verme atado a la rueda, por ejemplo, naturalmente desnudo, y sometido a turbadores tormentos por una o varias mujeres ataviadas como huríes de harén. O penetrando por el ano a una de esas mujeres, el punto de fusión entre ambos cuerpos que me resultaba más sugestivo por sus acogedoras curvaturas sólo comparables a las de los pechos; algo que no me atrevía a confesar a nadie por miedo a la idea que de mí pudiera hacerse. Por otra, el mayor conocimiento del cuerpo femenino gracias al manual de anatomía que confisqué a un escultor amplió considerablemente el abanico de posibilidades; las láminas, a modo de cromos a todo color, se abrían en determinados puntos en forma de solapas sucesivas que permitían, a partir de la imagen epidérmica, ahondar en los secretos del organismo, vello púbico, grandes labios, clítoris, vagina, todo perfectamente detallado. El que rechazara la masturbación, por decepcionante, posiblemente no hacía sino agravar las cosas, al privarme con ello de cualquier clase de desahogo sucedáneo. Por otra parte, y aunque nunca hablásemos de estas cosas, adivinaba en mis hermanos una similar presencia del impulso sexual en sus consideraciones, que sólo con el tiempo y por su repercusión en nuestras respectivas vidas ha podido confirmarse como superior a lo normal. Con importantes variantes en cada caso, ya que en el de José Agustín se trataba nítidamente de ninfomanía –palabra cuyo significado desconocía por aquel entonces–, en Juan apreciaba una tendencia que, más que propiamente homosexual, podría caracterizarse como de onanismo compartido. ¿Y Marta? Marta siempre ha sido para mí un misterio. En cambio, la visión incidental de sus pechos desnudos mientras se aseaba ante el espejo de la habitación que compartíamos en Barcelona, al poco de dejar Viladrau, la viva impresión que me causó mientras yo fingía seguir durmiendo, posiblemente condicionó mis futuras preferencias sexuales. Si compartíamos habitación era sin duda por razones de edad, ya que José Agustín y Juan dormían en la estancia contigua, y por esa razón de edad Marta se movía a sus anchas, tanto más cuanto que yo me guardaba bien de hacer comentario alguno. Un episodio totalmente ajeno a cualquier connotación incestuosa; simplemente, la sensación difusa de que el cuerpo de las mujeres tenía para mí un singular atractivo. Algo que no me había sucedido cuando la prima Rosarito, no mucho tiempo antes pero todavía en Viladrau, me mostró cómo hacían pipí las niñas, peculiaridad que no despertó en mí un especial interés.

La fuerza del impulso sexual en los tres hermanos, a falta de un modelo vivido en la infancia, me llevó con el tiempo a pensar en un posible rasgo genético. Herencia no tanto del lado paterno, en apariencia totalmente normal, cuanto del lado materno y, más concretamente, de las figuras atraídas también por la creación literaria. Consuelo Gay, en cuyos poemas ese impulso es manifiesto; Ramón Vives, traductor de Omar Jayyam; quién sabe ya si de forma más sublimada, también María de Mendoza... Claro que hablar de la sexualidad de una persona es como hablar de la inteligencia de una persona, y hablar de impulso sexual es como hablar de buen gusto, algo que presenta tal multitud de

formas que resulta muy difícil no ya comparar o remitir un caso concreto a otro sino también dar una caracterización general a su significado.

Se trata además de un impulso cambiante, que tanto puede acuciar más y más como eclipsarse por una temporada. Lo que me sucedió, por ejemplo, durante mi estancia en la cárcel, donde la falta de estímulos directos pareció desviar esa energía hacia otros derroteros próximos, los ámbitos de la creación literaria. O durante la enfermedad de María Antonia, un periodo bastante más largo; en este caso, pura y simple inhibición de todo deseo. También puede suceder que el impulso sexual se quiebre, se esfume de golpe por algún motivo. Ese pequeño incidente, por ejemplo, que pone en evidencia hasta qué punto era pura sugestión o autoengaño la atracción que se estaba creyendo experimentar por alguien. Los obstáculos que se interponían entre aquella dama de Cadaqués y yo, cómo entregarnos el uno al otro, y dónde, y cuándo, y cómo hacerlo sin que se enterase nadie, especialmente el marido, y sobre todo, para mí, cómo hacerlo sin herir a María Antonia, dificultades que prolongaban la espera, que retrasaban el encuentro y, en definitiva, lo hacían más ansioso y obsesivo. Hasta que finalmente, superados todos los obstáculos, ya en la cama, tras una profusión de besos con sabor a *camembert*, me vi acogido por una ristra de pedos de lo más desconcertante. «Es la vagina», precisó ella; «aire en la vagina». Bien, un encuentro deslucido por ambas partes que nunca volvió a repetirse. Tanto más por cuanto se trataba de una época en la que aún colea -ba esa tendencia adolescente a considerar el encuentro amoroso en términos de competición deportiva, donde más que la mutua entrega contaba la proeza, cuya búsqueda solía transformar la efusión en afanoso empeño. Así, por ejemplo, Ricardo Bofill y Jacinto Esteva -*El Cañón*, para sus amigas más íntimas del Stork Club-, que procuraban acostarse con las mismas chicas para luego preguntarles con quién les había ido mejor. O la satisfacción que se experimenta ante el número de veces que se ha hecho el amor, la búsqueda del récord, alcanzado en mi caso la noche del 31 de diciembre de 1958 en París, como llevado por la euforia de haber celebrado en la calle el triunfo de la Revolución Cubana. O el dominio sobre mi propia actividad sexual que adquirí mucho antes de saber de la existencia de las enseñanzas del *tantra*: el control de la eyaculación mediante la respiración o la facultad de mover y hacer girar el pene como quien mueve o hace girar los ojos. La lección más próxima a esta clase de disciplinas que pude haber recibido era una frase que tío Leopoldo solía decir acompañada de una insistente risita: «Con paciencia y mucha saliva el elefante se la metió a la hormiga».

«De haber podido elegir sexo, yo hubiera preferido ser mujer», me dijo en una ocasión un compañero de pupitre; «te tiendes ahí en la cama y el que lo hace todo es el tío». Es decir: no es que le gustaran los hombres, lo que le hubiera gustado es ser mujer. No me extrañaría que semejante declaración, que ni se me había ocurrido que pudiera ocurrírsele a alguien, fuera el punto de partida del proceso de autodefinición que fui desarrollando en los albores de la adolescencia. ¿Me hubiera gustado a mí ser mujer? Decididamente, no. El hecho de que las deseara no significaba que deseara ser como

ellas. Al contrario: las efusiones corporales que tanto ansiaba hubieran resultado imposibles de ser también yo mujer. El problema era cómo acercarme, cómo hacer para que me tomaran en consideración. Por lo demás, el tipo de relación cotidiana que me hubiera gustado mantener con ellas no difería del existente con cualquier amigo, salir por ahí, hablar de libros, de películas; que el grupo estuviera formado por chicos y chicas en lugar de sólo por chicos.

Entre los muchos dilemas que procuraba ir esclareciendo, la homosexualidad es algo que ni llegó a plantearse. El cuerpo masculino me parecía falto por completo de atractivo. Una cosa era entender que un hombre determinado fuese considerado guapo y otra muy distinta que me sintiese atraído por su pene o que no me repeliera la idea de notar una mejilla rasposa o que su culo despertara en mí las sugerencias que podía despertar un culo femenino. Por otra parte, si en el colegio no recuerdo haber conocido ningún homosexual, en los años siguientes, mi trato con los que iba conociendo aquí y allá, por cordial y natural que fuera, siempre se vio afectado por el hecho de que, al intuir ellos que yo no lo era, se creaba una distancia que no existía en mi relación con otros amigos. Tampoco recuerdo haber dado pie a confusiones, a maniobras de aproximación, como no sea la de un diplomático colombiano destinado a Roma que conocí en algún curso de verano de Santander, un hombre de mediana edad, educado y culto que, a partir de nuestro común entusiasmo por Marcel Proust, insistía en invitarme a su apartamento romano a fin de hacerme ver que también André Gide podía terminar siendo de mi agrado. Por lo demás, tampoco creo haber hecho sentirse incómodo a ninguno y si mi relación con Gil de Biedma era de total normalidad, un Manuel Puig no tenía reparo en comportarse ante mí, igual que ante cualquiera, como la más exuberante de las *locas*.

La impronta de la homosexualidad en la personalidad del sujeto suele ser, desde luego, especialmente acusada, a veces sólo comparable a la experimentada por un fanático religioso o por un fanático nacionalista en la medida en que unos y otros modifican su visión del mundo y viven en consonancia con esa transformación. Pero el que esa transformación, por su propia naturaleza, resulte más aparente, no impide que el impulso sexual sea uno de los factores que con mayor fuerza inciden en la configuración de la personalidad de cualquiera, con independencia del objeto de su deseo. En ocasiones, tanto más cuanto más se reprime, cuanto más se proyecta sobre otras actividades o aficiones de la persona. O, como sucede desde el Romanticismo, cuanto más se confunde con los modos, atuendos y maneras de la moda, hasta el punto de que la relación sexual, inicialmente objetivo último de todo ese despliegue impuesto por la corriente en boga, termine siendo un mero requisito más de esa tendencia general, una simple manera de estar al día. O, cuando por una cuestión de autoestima, él o ella se sienten obligados a ligar con quien se les ponga a tiro, aunque si por algún motivo ello no es posible –cansancio, falta de tiempo, exceso de alcohol– tanto mejor, como aquel presentador de televisión que en Cadaqués acompañaba cada noche a una chica distinta hasta su casa, para salir al cabo de un rato como aseándose, como ajustándose la ropa,

como si se hubiera producido un coito relámpago. O cuando realmente responde a una necesidad física por no decir fisiológica, algo que se resuelve en pocos minutos y con mucha frecuencia sin que al sujeto en cuestión ni siquiera le resulte deprimente. Está claro, en todo caso, que el impulso sexual más significativo será siempre el más interiorizado, sea por ir asociado a una relación amorosa, sea por estarlo a conductas obsesivas que el propio sujeto suele ser incapaz de explicarse; es entonces cuando el sujeto hará lo imposible para que todo en su vida se acomode o ajuste a este hecho fundamental.

Remitir el impulso sexual al instinto de reproducción, entendiendo el deseo como una secuela de ese instinto primitivo, es algo que sin duda conviene a determinados planteamientos religiosos o sociales. Pero si algún día tuvo que ver con la conservación de la especie, hoy día carece de sentido relacionar una cosa con otra. El primitivo instinto de reproducción pudo tal vez verse estimulado por el deseo sexual, así como por otros sentidos, el olfato, el gusto, de forma similar al de los insectos atraídos por el color o el aroma de las flores. Mientras que, por lo menos a partir del mundo clásico, el deseo sexual, asociado a los demás sentidos, se entrega a prácticas que nada tienen que ver con la reproducción. Tal vez por ello, y en la medida en que tales prácticas son contrarias a la moral cristiana y a lo prescrito por otras religiones, se las considera perversas. Cuando lo cierto es que el impulso sexual se aplica a cualquier clase de acto y de contacto que produzca placer, al tiempo que se ve estimulado por cuantas fantasías genere el deseo en torno a esos actos y contactos. Hay prácticas totalmente ajenas, en razón de su contenido, a la actividad sexual propiamente dicha, pero que sin embargo producen excitación sexual en quien las elabora mentalmente o las pone en práctica, como la coprofagia o el sadismo. Considerar los excrementos como bombones, producir dolor o sufrirlo; conozco adictos tanto a una cosa como a la otra que no tienen reparo en asumirlo, y en relacionarlo no ya con la sexualidad sino, sobre todo, con el amor.

Despertar, poseído de un difuso desasosiego, más que con mal cuerpo, con la sensación de haber tenido una pesadilla, levantarse como deambulando, desayunar casi sin enterarse, y después llegarse hasta el escritorio de ella o de él, y en uno de los cajones encontrar cartas y más cartas que lo explican todo, llenas de efusiones y alusiones precisas a cual más hiriente: lo más clásico. Y quien dice cartas dice llaves de un apartamento, de otro apartamento. O mensajes en el móvil, un móvil cuyo manejo nos resulta poco familiar, de forma que ha sido manipulándolo para hacer una llamada como han hecho su aparición esas expresiones tan inequívocas. O los cabellos que ella descubre en la cama y que no son suyos, más largos y más negros. O la llamada que ella recibe y que corta a los pocos momentos diciendo secamente, se confunde usted de número, temiendo que él pudiera oír, como ha oído perfectamente, las ardientes procacidades amorosas que una voz masculina le dirige tras llamarla por su nombre. O, ya con sueño, ser uno de los últimos invitados en abandonar la fiesta que ella o él han organizado para celebrar algo y, solo ya en casa y en cama, súbitamente insomne, una

intuición le impide dormirse y se viste de nuevo y vuelve a la casa de él o de ella, ahora en silencio, y abre la puerta de la habitación sin que ellos lo adviertan, aplicados como están a devorarse mutuamente, ella encima, la cabellera abatiéndose una y otra vez sobre el miembro que brota de entre sus manos, él debajo, asomando apenas entre los muslos abiertos, el último o la última de los invitados. A partir de ahí, montar una escena. O callarse y esperar. O hablar civilizadamente, escuchar las explicaciones, la intrascendencia de todo aquello frente a la solidez del amor que les une. Pero las palabras leídas o escuchadas o la imagen de los cuerpos abrazados volverán a él o a ella en el momento más inoportuno, al intentar dormir, o al despertar, o al hacer una pausa en el trabajo o al tomarse un café o conduciendo.

Supongo que algo de todo eso se encuentra en el origen de la pareja abierta, libre cada uno, por mutuo acuerdo, de sucumbir a la aventura ocasional sin engañar a nadie, lealmente, mencionándolo incluso espontáneamente antes de que a la pareja le llegue por otro lado. Es decir: formar pareja sin que ninguno de los dos vea por ello constreñida su libertad. Lo que en los medios intelectuales y artísticos de la Barcelona de los años sesenta acabó siendo una práctica generalizada, había tenido su inicio en la situación de hecho que de forma espontánea habíamos creado unos cuantos amigos y amigas. A los hermanos mayores, a los amigos con sólo unos pocos años más, todo eso les pilló por sorpresa, habituados todavía a un comportamiento mucho más tradicional. También en el Madrid de la época, de donde no tardaron en venirse quienes podían hacerlo –Juan García Hortelano, Ángel González–, atraídos por el clima de libertad de costumbres que se vivía en Barcelona, no siempre bien comprendido. «¿Sabéis cómo os llaman en Madrid?», comentó con sorna Ricardo Muñoz Suay a Jacinto Esteva: «los astados unidos». Con ironía más fina, Oriol Maspons, el fotógrafo que mejor captó esa época, popularizó otra denominación: los del Partido Comunista de Cadac's.

Pero ¿y los celos? ¿Contribuyó ese cambio en las costumbres a que desaparecieran? Si el número de divorcios significa algo, no parece que así haya sido. Aparte de María Antonia y de mí, Álvaro y Alicia son los únicos amigos que no han acabado divorciándose. Y lo cierto es que ni a María Antonia le hicieron nunca gracia mis relaciones esporádicas con otras mujeres ni a mí sus represalias, por limpio que fuera nuestro juego tal y como nos lo habíamos propuesto. Le molestó mucho encontrar cabellos de Cristina bajo la almohada y, sobre todo, mi amistad con Florence Malraux, a quien ella apenas llegó a conocer.

Ya antes de que el planteamiento de pareja abierta naufragase definitivamente, se introdujo, en ámbitos reducidos y de forma mucho más discreta, la práctica de relaciones sexuales en grupo, por lo general dos parejas o una pareja más un invitado o invitada. El hecho no guardaba relación alguna con las comunas hippies de la época, si bien, dado el carácter asiduo de la relación, se aceptó la posibilidad de que acabaran llegando hijos cruzados, caso que no llegó a darse que yo sepa. La ventaja principal de esta nueva forma de relación era que, al realizarse en presencia de ambas partes, no había motivo

para que se encendieran los celos. Otra cosa es el amor propio, los piques, tanto en hombres como en mujeres, reacciones personales que solían resolverse con la autoexclusión. Tampoco representaba un problema invitar ocasionalmente a terceros, por lo general desconocidos, encontrados en algún que otro bar al calor de la noche. En tales ocasiones el papel de la mujer era decisivo. Así, el joven americano que se encontraba con que una de aquellas chicas tan simpáticas de la mesa de al lado se pasaba a la suya para seguir bromeando más de cerca, y mientras bromeaban ella se iba desabotonando la blusa distraídamente, ahora un botón, ahora el otro, los pechos ya enteramente a su encuentro, unos pechos que poco después, llegados al apartamento, se iban a aplastar contra el suyo mientras la penetraba y otra de aquellas chicas le metía un dedo en el culo sin dejar de cabalgar sobre el cuerpo de su pareja, justo al lado. O el camarero que, a la hora de cierre, coincidió en la calle con la chica aquella y su chico a los que había estado dando palique en la barra, sin adivinar que el poco rato se iban a encontrar en la cama a modo de inimaginable propina. La aparición del sida supuso el final de este tipo de celebraciones sorpresa y el sexo en grupo siguió practicándose exclusivamente en círculos muy cerrados. La nueva situación tampoco iba a propiciar las aventuras surgidas en el curso de un viaje: el japonés de Londres –pintor o músico– que me presentó con entusiasmo a su novia inglesa o la camarera italiana de Ginebra y su novio también italiano. Ni relaciones como la surgida en París un 14 de julio con un travesti del Carroussel que, al acabar el espectáculo, me llevó a su apartamento. Se llamaba Vicky García y era española de Argelia, una *pied-noir* llegada a Francia de adolescente; si recuerdo su nombre es porque me dedicó un par de fotos. La visité en otras dos ocasiones hasta convencerme de lo que ya sabía: *nos fesses ne sont pas les leurs*, como bien escribió Rimbaud.

El sexo en grupo añadía aún otra ventaja al hecho de no dar pie a los celos: el efecto estimulante de los experimentos surgidos al calor de la improvisación, de forma espontánea, algo que actuaba de acicate en la relación amorosa de cada pareja, no ya introduciendo innovaciones que alejaban el riesgo de caer en la rutina, sino, al irrumpir después como a fogonazos en el recuerdo determinada imagen, determinado detalle de lo entonces experimentado, haciendo que el deseo de ambos se viera encendido con más facilidad y fuera más ardiente el abrazo. Que en la última fiesta a las dos chicas se les hubiera ocurrido, por ejemplo, atar las muñecas y vendar los ojos a uno de los chicos y, a partir de ahí y sin ponerse previamente de acuerdo, irle desnudando según se desnudaban ellas, recorrer su cuerpo con sus cuerpos, tanto más desinhibidas cuanto que él no podía verlas ni saber con exactitud cuál de ellas era la que le hacía cada cosa, a cuál de las dos hacía él lo que le ordenaban. El recuerdo de alguna de estas celebraciones gravitaría así durante años, por no decir toda la vida, en la relación de pareja, y en ocasiones, pudo suponer el comienzo de determinadas prácticas que acabaron por hacerse habituales. Generalmente y contra lo que se da por supuesto, la mujer, en razón de su sexualidad más expandida, menos localizada que la del hombre, experimenta una

mayor atracción que éste por las llamadas «perversiones»; lo mantendrá en secreto, pero su entusiasta entrega, llegado el caso, a esas «perversiones», prácticas o deseos convencionalmente tenidos como propios de una personalidad viciosa, no será sino consecuencia de su natural propensión a imaginar, a fantasear, con la que compensa el papel más bien receptivo que tradicionalmente se le atribuye en el desarrollo de la relación amorosa. Así, la sumisión, mucho más frecuente por parte del hombre, preferencia que suele ser bien acogida por su compañera, más proclive a someter que a ser sometida. O el anfitriónismo, contemplar como desde fuera lo que se hace habitualmente con la pareja, ahora en brazos de otro o de otra, del mismo modo que, para mejor apreciar la belleza de un paisaje, se tiende a interponer cierta distancia, a situarse enfrente. En ocasiones, el anfitriónismo deriva a puro ejercicio de reconstrucción de los hechos a partir de su evocación verbal, como aquel marido de Cadaqués que se conformaba con que, después, la mujer le contara todos los detalles.

Posiblemente, la práctica sexual que desde tiempos bíblicos ha sido considerada tabú con mayor constancia es la sodomía. Su condena por parte de determinadas religiones y hasta de determinadas legislaciones se debe tanto a su carácter ajeno a la procreación como al temor a toda experiencia que por su intensidad pueda perturbar o distraer al creyente del fervor puesto en el más allá. De ahí que la fusión de cuerpos propia de la sodomía y la intensidad amorosa alcanzada hayan llegado a ser consideradas, no sólo pecado sino también delito. *Contra natura*: ¿por qué?

La amada. El amado. ¿Tiene sentido aplicar la misma palabra a la relación afectiva existente respecto al padre, la madre, los hijos, los hermanos...? Por no hablar ya del amor al prójimo. Pues el amor entre hombre y mujer enamorados no es comparable a otra clase de afectos (maternal, fraternal, filial) en los que no se da esa fusión de cuerpos y espíritus llevados del impulso sexual, y la palabra que debiera utilizarse para expresar tales afectos tendría que ser otra. Tal vez simplemente eso, afecto. La palabra amor se debiera reservar para referirse a la relación de quienes hacen el amor. El amor es siempre más intenso que el afecto o no es realmente amor; otra cosa es que sea más duradero o más estable, ya que bien puede no ser ninguna de las dos cosas. O que tenga que incidir en la personalidad de él o de ella tan decisivamente como puedan haber incidido las de sus respectivos padres o incluso las de terceras personas. Aunque, ni que decir tiene, el amor no es sólo lo que se experimenta cuando se hace el amor, sino lo que se experimenta hacia esa persona con la que se hace el amor, algo que por supuesto no se da siempre en todas las parejas, ya que supone una capacidad emocional que probablemente ni siquiera está al alcance de todos. Lo que caracteriza al amor como sentimiento es la conjunción del impulso sexual que se desencadena en el encuentro amoroso, con todos los matices, variantes y preferencias que se van estableciendo en el curso de tales encuentros, y de los sentimientos y emociones que a partir de esa reiterada fusión de sus cuerpos experimentan él por ella y ella por él, el uno por el otro.

En ese sentido, es interesante observar cómo en Proust los personajes se mueven más

a impulsos de los celos o del deseo que del amor propiamente dicho. ¿Debido tal vez a que su modelo real era el de las relaciones homosexuales? Y es que, a su entender, en lo que se refiere a los homosexuales, la figuración, la adopción de una personalidad impostada, de unas maneras y una conducta acordes, como es habitual, con esa figuración o fantasía, las manifestaciones de amor, de sentimiento amoroso, se ven asimismo afectadas por la impostura, convertidas en un aspecto más de la personalidad impostada. Si no se es la mujer que se pretende ser, tampoco la vehemencia amorosa que se manifiesta es propiamente amor. Habrá amistad, afecto, complicidad, pero no amor en el mismo sentido en que puede haberlo entre una mujer y un hombre. De ahí, ese estado de alerta permanente, de búsqueda constante, de ojos a la caza de otros ojos que suele distinguirles, vayan solos o justamente con su pareja, miradas despiertas en busca de contacto, de la chispa que salta. Las aproximaciones de Charlus y Jupien al comienzo de «Sodoma y Gomorra», por ejemplo. Ahora bien: las actitudes impostadas y la simulación de sentimientos en función de modelos preestablecidos, aunque manifestadas de forma distinta, ¿no son igualmente frecuentes en las relaciones heterosexuales? ¿Qué mayor puesta en escena que una boda donde, no ya los novios, sino asimismo familiares y amigos asumen o interpretan el papel que convencionalmente les ha sido asignado? Por otra parte, es muy probable que si esa actitud de figuración desapareciese de las relaciones homosexuales y la atracción de un hombre por otro hombre fuese aceptada con toda naturalidad por el entorno social, como tal vez lo fue en el mundo clásico, las características de la relación serían otras. De cualquier forma y al margen de toda tendencia, el deseo sexual no tiene por qué ir forzosamente asociado al amor, como tampoco los celos, por más que el que los padece pueda llegar a confundirlos en razón de su común componente obsesivo.

Si el impulso sexual ejerce una influencia tan amplia y profunda en el individuo, si repercute no ya en su relación de pareja sino también en su forma de ver la vida o en el ejercicio de su profesión, cuando esa profesión es la de escritor, tal impronta se hace del todo manifiesta. El impulso, sublimado o no en impulso amoroso, puede estar en el origen mismo de la obra, en la inspiración que ha conformado sus primeros balbuceos, especialmente en poesía, aunque lo mismo podría decirse de unas cuantas de las más grandes novelas, como *À la recherche...* Pero, incluso cuando la obra parece ir por otro lado, referirse a otras cosas, como sucede en el *Ulysses*, la presencia de ese influjo resulta decisiva, como infiltrada en el argumento, la estructura y el estilo que la configuran. En lo que a mí se refiere, la publicación de mis *Tres novelas triviales* – publicadas bajo el título de *Tres comedias ejemplares*–, y muy en especial *Placer licuante*, provocó cierto revuelo debido al papel explícito que allí adquiere el impulso sexual. Supongo que tal reacción se debió en gran medida a las expresiones coloquiales utilizadas, adecuadas a mi entender al carácter ligero de esas obras. Porque, expresados en otro lenguaje, contenidos de índole sexual más precisos y turbadores pueden encontrarse aquí y allá en todas mis obras, desde las páginas de *Antagonía* hasta las de

mis novelas más recientes. Ya Pedro Gimferrer, en una crítica escrita a raíz de la publicación de *Recuento*, proclamaba que por primera vez en la literatura española, en la novela se evocaba un acto de sodomía entre hombre y mujer. Pero es innegable que el papel de la sexualidad en mis obras va más allá de la peripecia argumental, que por lo común afecta a la concepción misma de la obra y es perceptible en aspectos que, en la medida en que son inconscientes, pueden incluso haber escapado a toda premeditación. Y aún habría que añadir otra forma de presencia del impulso sexual en la obra: su papel como estímulo de la inspiración, aspectos diferenciados –tanto el uno como la otra– de una misma energía que se potencian mutuamente, algo que a la vez que agudiza el deseo, afila y dinamiza la inventiva como por efecto de una droga. Ya aludí a todo ello en otro contexto: *penis et penna*.

VI

Escribir lo inexpresable

Que de repente me encontrara con lágrimas en los ojos escuchando la *Júpiter* en Torrentbó una mañana nublada cuando tendría alrededor de seis o siete años y me viera obligado a pegar la cara en el cristal para que no lo advirtiera la familia reunida en la galería, fue para mí, además de inexplicable, más importante de lo que entonces pudiera imaginar. Antes, me había pasado algo semejante con *El rey Lear*, leído en voz alta por la abuela cuando yo aún no sabía leer: el destino del rey despojado se me hizo insoportable y me eché a llorar. Y años después habría de pasarme de nuevo al leer *Don Quijote*, con el relato de su muerte, totalmente identificado, al menos por una vez, con el llanto de Sancho Panza. La diferencia entre el primer caso y los otros dos estriba en que Mozart es músico y la *Júpiter*, una sinfonía, mientras que Shakespeare y Cervantes se expresan con palabras. Y, sin embargo, cuando tras varios experimentos esperanzadores me propuse ser escritor y empecé a esbozar *Las afueras* como si de un paisaje se tratara, lo que yo andaba buscando, aún sin habérmelo planteado en estos términos, era conseguir despertar en el lector una emoción similar a la que en mí había despertado la *Júpiter*.

En mi época de colegial, hubo también otras experiencias que dentro de la rutina escolar supusieron para mí un insospechado estímulo. Las clases del «Parménides», nuestro profesor de Filosofía, al que llamábamos así debido a su entusiasmo por los presocráticos, que no por torpemente expresado –tanto más, cuanto más arrebatado se sentíadejó de ofrecérseme como una revelación, una invitación a pensar en mi vida, en la vida, en el mundo. ¿Parménides o Heráclito? ¿El ser o el cambio? Dilemas que representaban un estímulo indirecto a expresar por escrito algo que no sabía aún en qué podía consistir. Y en cuanto a cómo hacerlo, hubo un poema, llegado casualmente a mis manos, que, en aquellos momentos, cuando estaba abandonando mis experimentos poéticos para iniciarme en los narrativos, ejerció un influjo determinante. Tanto es así, que aún ahora lo recuerdo de memoria: «Ensayé la palabra, su medida, / el espacio que ocupa. La tomé / de los labios, la puse con cuidado / en tu mano. Que no se escape. ¡Empuña! / Cuenta hasta dos (lo más difícil). / Ábrela ahora: Una / estrella en tu mano».

Su autor, un nicaragüense llamado Ernesto Mejía Sánchez, era compañero de José Agustín en el colegio mayor de Madrid en el que ambos se alojaban. Aunque el poema,

titulado «La palabra», era toda una lección dirigida a un joven poeta, a mí me pareció igualmente válido referido a la prosa, ya que ese peso específico de la palabra allí invocado era precisamente lo que distinguía la prosa de los narradores que me gustaban de la propia de los narradores que no me gustaban. Y si el hermano Gervasio, profesor de Literatura, calificó el estilo de mis redacciones de «francamente azoriniano», no fue tanto por influencia de Azorín como de ese poema. El hermano Gervasio fue de hecho mi primer editor, al encargarme para la revista del colegio sendos artículos sobre Pedro Salinas y sobre G. K. Chesterton.

Proponerme ser escritor y empezar a serlo suponía dejar atrás otros planes, resultado de las lecturas proporcionadas por tío Luis y de las conversaciones con tío Leopoldo. Ya no pretendía ser capitán de barco como Conrad ni piloto de aviación comercial como Saint Exupéry, sino, dejándome de coartadas y de rodeos, directamente escritor. Cuenta Cesare Pavese que cuando se empieza a escribir no se suele tomar como modelo a los autores que más se admira, sino más bien buscar la mediación de un autor de segunda fila a modo de puente, instancia intermedia o punto de apoyo que le permite a uno alcanzar posteriormente mayores alturas. Ése fue el papel que desempeñó Hemingway para Pavese y el que ambos jugaron para mí en ese periodo de pruebas y tanteos; no eran un Tolstói o un Flaubert (entonces no conocía a Proust ni a Joyce), pero su estilo conciso y enunciativo representaba para mí un buen punto de partida.

Dar con el estilo adecuado a lo que pretendía relatar en *Las afueras* fue precisamente eso, el punto de partida. Una vez definido no tenía más que empezar. Y sin duda, según avanzaba en la redacción, sus rasgos se depuraban más y más. No recuerdo con exactitud el orden en que fueron escritos los capítulos; de lo que sí estoy seguro es de que el último que escribí es el primero, el que abre la novela, y su estilo es sin duda el más depurado. Con todo, el principal problema que se me planteaba no era de estilo sino de concepción de la obra, de lo que yo pretendía expresar al dar a la novela la estructura que tiene, una novela compuesta por siete capítulos independientes desde el punto de vista argumental. Si tal planteamiento quedó más esbozado que conseguido fue sin duda debido a mi inmadurez, pero también a una serie de cuestiones ajenas a lo propiamente literario que de comienzo a fin se abatieron sobre el proyecto.

La principal de ellas se refiere a la acuciante necesidad de publicar, de darme a conocer lo antes posible, en previsión de acabar siendo detenido por mi actividad política ni más ni menos que como Octavio Pellisa entre tantos otros. Lo útil que me fue haber publicado ya *Las afueras* cuando finalmente fui detenido, las protestas y recogidas de firmas pidiendo mi libertad que se produjeron de inmediato tanto en España como sobre todo en el extranjero son una prueba de que no andaba descaminado. Pero tal objetivo supuso una serie de pasos que en nada beneficiaron a la obra. Así, que mandara el capítulo IV –por ser el más breve–, titulado para la ocasión «Niño mal», al Premio Sésamo que se daba en Madrid, y que lo ganara, tras haberme presentado al Leopoldo Alas, que se daba en Barcelona, y quedar finalista. Pasos de carácter táctico que

obviamente propiciaron la polémica acerca de si *Las afueras* era realmente una novela o una simple recopilación de cuentos. Entre quienes contribuyeron a la polémica se encontraba un jovencísimo Francisco Rico, que si en el curso de la entrevista que me hizo habló fundamentalmente de sí mismo, de su poesía, cuando aquélla fue publicada llevaba por título «El cuento en Luis Goytisolo». Rico me telefoneó para excusarse, muy corrido, y posteriormente nos hemos ido encontrando a lo largo de los años en las situaciones más variadas, ora de ligue y copas, ora en reuniones académicas.

Otro factor que gravitó fuertemente sobre la obra fue mi propia evolución personal durante el periodo de redacción al coincidir con una edad de por sí rica en cambios, el tránsito de la adolescencia a la visión del adulto, cambios con frecuencia contradictorios, que afectan a las ideas no menos que a los gustos y a las costumbres. Mi afición a la caza, por poner un ejemplo en apariencia nimio. En la novela se refieren diversas escenas de caza que responden al punto de vista de un cazador. Y es que cuando empecé *Las afueras* me gustaba cazar. Mi puntería siempre ha sido buena, ejercitada como estaba desde niño en la práctica de acertar botes de Nescafé lanzados al aire con mi carabina de balines, y durante años me había dedicado a cazar a solas por Torrentbó. Pero en una ocasión Rafael Sánchez Ferlosio nos invitó a José Agustín y a mí a cazar en la finca que su familia poseía en Extremadura, y la matanza de conejos a la que me vi abocado desde una ladera cubierta de jaras y, peor aún, la visión de los cuerpos malheridos que intentaban escapar, ocultarse, me llenó de horror, y me prometí a mí mismo no repetirlo jamás; luego supe que Sánchez Ferlosio había tomado la misma determinación un par de años más tarde. Pues bien: conservé las escenas de caza presentes en la novela, pero de haber cambiado antes mi relación con esa práctica, tales escenas nunca hubieran figurado. ¿Por qué habrían de hacerlo?

Ninguna de estas consideraciones, sin embargo, justifica que desde un punto de vista estrictamente literario *Las afueras* no sea una novela lograda. Acerté a dar con un estilo en el que me sentía cómodo, útil para el principiante que yo era, un principiante lo bastante sensible como para acabar encontrando, según lo cultivaba, mi propio estilo. Pero lo que fallaba era la composición general de la obra, la estructura capaz de convertir siete relatos en una novela. Pues lo que yo andaba buscando, aunque no supiera formulármelo en estos términos, era una estructura tipo constelación, la línea imaginaria que, a ojos de un observador avezado, convierte de inmediato siete estrellas en una sola figura.

Decidido a que no se repitiera la controversia acerca de si lo que yo entendía por novela era realmente una novela, en *Las mismas palabras* me propuse disponer de tal forma las cuatro historias que la componen que nadie se atreviese a ponerlo en duda, con todo y ser en el fondo una simple variante del planteamiento desarrollado en *Las afueras*. Así, en lugar de yuxtaponer las diversas historias, las barajé, conforme, eso sí, a una composición muy rigurosa. Mi objetivo se vio plenamente conseguido, si bien parte de la crítica empezó a calificarme de «formalista», lo que más bien suponía un reproche. A

mí, no obstante, estaba lejos de preocuparme, ya que mi principal inquietud cuando escribía *Las afueras* era que, en razón de algunos puntos de su contenido y, sobre todo, por pura inercia, la obra fuese adscrita al realismo social. En relación con *Las mismas palabras*, mi preocupación era, lógicamente, otra. Y es que, si en aquella época lo que estaba de moda era el *compromiso*, el *engagement*, la obra esboza con claridad un caso de *descompromiso*, de *détachement*. Y eso, viniendo de un escritor que había asistido al VI Congreso del PC en Praga, podía haber dado lugar a que se me acabara concediendo el Premio Francisco Franco. Claro que para que mis temores se hicieran realidad los responsables culturales del Régimen tendrían que haber sido gente inteligente.

Al igual que *Las afueras*, *Las mismas palabras* estuvo desde un principio sometida a fuertes presiones externas. La empecé a redactar sin demasiada convicción antes de ir a Praga; en la cárcel, durante las cinco semanas de aislamiento, se vio desplazada totalmente por la irrupción de *Antagonía*, casi una aparición; y fue acabada en Viladrau, mientras me reponía de la lesión tuberculosa, sin especial entusiasmo, sintiéndome como encorsetado, puesto que lo que de veras ansiaba era meterme en *Antagonía*. Pero la idea de que de nuevo necesitaba publicar cuanto antes volvía a ser razonable, ya que, por ejemplo, me encontraba sin pasaporte. Por otra parte, Carlos Barral me había sugerido presentarme al Premio Formentor, pero no acabé la novela a tiempo y el premio fue para *Tormenta de verano*. Todo ello ha contribuido a que *Las mismas palabras* haya sido para mí una novela ingrata, asociada a malos recuerdos. Me sentía a disgusto, si no conmigo mismo, sí con la situación en la que me veía atrapado, coartado en mi libertad por las autoridades pero sin la más mínima intención de verme convertido en víctima oficial del Régimen. Lo contrario, en este sentido, del rumbo emprendido por José Agustín, a quien mi detención pareció abrir los ojos a todo un mundo de posibilidades y desencadenó en él un afán de protagonismo que no iba sino a incrementarse con el tiempo. Si estando yo aún en la cárcel se había querellado con Emilio Romero por un artículo publicado en *Pueblo*, titulado «Demasiados Goytisoló», con lo que ya desplazaba el acento de mi detención a un problema de apellido, a partir de entonces su activismo, así en el terreno intelectual como en el político, se hizo cada vez más frenético. Logros, entre reales e inventados, que no tardó en hacer extensivos a su vida erótica en forma de embrolladas aventuras amorosas, como decidido a recuperar en todos los terrenos el tiempo perdido. La conjunción de alcohol con medicación psiquiátrica contribuyó sin duda a acentuar los altibajos de una deriva maniaco-depresiva ya imposible de superar. Sintiéndome incapaz de ayudarlo, me mantuve a distancia desde el principio, de forma que, como más tarde y por otros motivos me sucedería con Juan, en ningún momento José Agustín estuvo al tanto de lo que yo andaba escribiendo.

En el caso de *Las mismas palabras*, el hecho de que nadie pusiera en duda su condición de novela se debe a que la integración en una estructura única no queda, como en *Las afueras*, a cargo del lector. Al contrario: recuerdo haber llegado a formularla en términos matemáticos ($a^2+2ab+2ba-b^2$) tal vez porque sólo retrospectivamente acerté a

encontrar una fórmula más explícita, la de composición cubista. En efecto: el verdadero sujeto de la novela no es el individuo sino el grupo, un grupo que en cada hilo temático se encuentra en una fase distinta de su evolución en cuanto grupo, esto es, formación, apogeo y dispersión, a modo de un rostro considerado simultáneamente de frente y en sus dos perfiles contrapuestos. El que la acción transcurriera en el periodo de una semana facilita una visión a la vez sincrónica y diacrónica de esa evolución. La novela carece de protagonista, pero el que de entre los muchos personajes se halla más próximo a serlo es Rafael debido a su solitaria actitud de *descompromiso*, de *détachement*, a cuya luz, la toma de conciencia de Antonio con que se cierra la obra no puede ser vista sino con escepticismo. A lo largo de toda la novela hay mucho diálogo, algo que en cierto modo lo exige el tema, la vida del grupo. Por la misma razón, a partir de ahí, el diálogo se convierte en un recurso apenas utilizado en la mayor parte de mis novelas, ajeno a las características del relato.

Desde el punto de vista del estilo, *Las mismas palabras* continúa y perfecciona el ya utilizado en *Las afueras*. Objetivismo asociado a un riguroso punto de vista subjetivo. Pero, debido sin duda a que cuando acababa de escribirla estaba ya pensando en *Antagonía*, y como para liberarme de unos rigores que cada vez veía más reñidos con la capacidad expresiva de la frase, hay momentos en que la norma se rompe y aflora ya la libertad estilística propia de mis obras posteriores.

Las mismas palabras, a diferencia de *Las afueras*, sufrió sesenta y tantos cortes impuestos por la censura, en su mayoría relacionados con el sexo, irrelevantes todos ellos y, en ese sentido, hasta oportunos. Si *Antagonía* en cambio no me planteó el menor problema de censura fue porque desde el principio decidí olvidarme de ella, escribir como si no existiera y, llegado el momento, publicarla en Argentina o en México. Sin duda obré acertadamente ya que cuando a los dos o tres años de que viera la luz la edición mexicana de la primera parte, *Recuento*, intenté publicarla en España, la obra fue secuestrada y yo, puesto a disposición del Tribunal de Orden Público; por suerte, eso sucedió en 1975, meses antes de la muerte de Franco, por lo que todo aquel alboroto pronto quedó en nada. En aquellos momentos, yo estaba ya decidido a buscarme un puesto de lector en alguna universidad estadounidense, la solución más a mano para poder respirar libremente mientras escribía libremente. La muerte de Franco supuso la suspensión del proyecto, una especie de exilio voluntario que sin duda se hubiera traslucido en la obra por el mero hecho de haber sido escrita en un contexto diferente. ¿Mejor? ¿Peor? Probablemente de similar calidad, pero distinta.

No obstante, el mayor problema *externo* que tuvo *Antagonía* no fue de carácter político sino comercial, de marketing, y lo cierto es que acabó incidiendo seriamente en la comprensión de la obra, en su acogida por parte del público. Yo siempre había pensado en presentar la obra a partir del título general, para después singularizar cada volumen con su propio título según fueran publicados. Pero los editores prefirieron poner el acento sobre el título de cada uno de los volúmenes, temiendo que si primaba el título general

los lectores prefiriesen esperar a que la publicación se hallara completada. De ahí que la comprensión del conjunto haya resultado confusa y difusa, y que la suerte de los diferentes volúmenes, considerados aisladamente, haya sido tan desigual.

Por otra parte, el hecho de que las cuatro unidades que componen la obra sean «naturales», en el sentido de autónomas, y no mera continuación argumental, unido al tiempo transcurrido entre la publicación de un volumen y la del siguiente, acentuaron la dispersión del significado general de la novela para el gran público. Y es que *Antagonía*, considerada en su conjunto, tiene algo de cosmogonía. Lo que en ella se ofrece al lector es la formación de un mundo: el de la creación literaria. El relato expone la vida del protagonista desde sus primeras palabras hasta el momento en que decide escribir una novela (*Recuento*), su entrega al oficio, a la elaboración de la obra (*Los verdes de mayo hasta el mar*), la visión que otros ojos tienen de ese personaje en trance de escribir (*La cólera de Aquiles*), y finalmente su novela, el producto acabado (*Teoría del conocimiento*), a modo de cierre de esa metáfora de la creación literaria que supone el conjunto de la obra.

Un equívoco muy extendido en relación con *Recuento* es el que se refiere a su presunto carácter autobiográfico, toda vez que las experiencias vividas por el protagonista coinciden en gran medida con las mías. Y, ciertamente, ese protagonista y yo compartimos muchas vivencias, pero sólo eso. Yo no soy Raúl, aparte que una misma vivencia puede ser experimentada de formas muy diversas, una persona no es lo que ha vivido, el yo no es la vida del yo. También recurro ocasionalmente a vivencias de otras personas, pero las mías me resultan igual de útiles que las de cualquier otro. Hay que tener en cuenta que las circunstancias que rodean la redacción de una obra forzosamente han de acabar reflejándose en su contenido. Y por más que éste, o mejor, que éstos, estuvieran diseñados a grandes rasgos desde el principio, el propio discurrir del relato, y lo vivido mientras se relata, fuerzan la constante introducción de nuevos elementos del discurso, por lo general, hasta la última página. La *disolución* del mundo de Pablo Alcocer, la casa en la que había nacido y vivido hasta entonces, por ejemplo, producida durante la redacción de los primeros capítulos de *Recuento*, modificó aspectos del relato que alcanzan al propio final de *Antagonía*. Me refiero a la muerte del abuelo, de mi padre y de Eulalia, seguidas de la demolición de la casa –vendida por el propietario– para construir un bloque de apartamentos. El abuelo, a los 96 años, en marzo, a los pocos días de haber sufrido unas hemorragias, prácticamente con una sonrisa en los labios. Mi padre, cuatro meses después, probablemente a consecuencia de una demoledora hepatitis contraída en la farmacia, adonde solía ir a que le inyectaran fuertes dosis de vitaminas y en la que unas pocas jeringas sumergidas en un vaso de alcohol servían para atender a todos los pacientes del barrio. Había pasado la primavera en Torrentbó, como huyendo del fantasma del abuelo, de quien siempre había dicho que, con su salud de hierro, nos iba a enterrar a todos. Al saber que se encontraba mal le trasladamos a Barcelona, aunque ya nada se podía hacer; la mañana del entierro, cometí el error de asomarme a la

ventanilla de cristal que permite ver el interior del ataúd: su rostro aparecía salpicado de sangre seca, como si más que a una causa interna su muerte obedeciera a una agresión externa, disparos, estallidos. Y apenas dos años después, Eulalia, a quien, para sacarla de la soledad de Pablo Alcover al menos por unos días, María Antonia y yo la invitamos a pasar su cumpleaños con nosotros, en Cadaqués. La recuerdo paseando por el pueblo como enmudecida, deteniéndose a contemplar el mar desde todos los ángulos, con la perplejidad de quien, ya más que en este mundo, cree estar en el otro.

En *Antagonía*, y a partir de ella en todas mis obras, aparece un elemento del relato inexistente o casi en mis dos novelas anteriores: la ironía. Se trata de lo que Gimferrer, a propósito de *Recuento*, calificó de «parodia impasible», un tipo de ironía que por no ir subrayada desde ningún punto de vista, a más de un lector poco avezado puede pasarle inadvertida, dando por bueno lo que a otro lector le hará esbozar una sonrisa cuando no soltar la carcajada. Uno de los ejemplos más significativos es el que ofrece el discurso de Escala, dirigente comunista que, con el mismo aplomo y la misma naturalidad con los que en un momento dado expone la posición política correcta, cien páginas más adelante expondrá como correcta la posición política contrapuesta. Su discurso, a más de un militante del PC le resultó ejemplar: ahí sí que hay contenido, decían. Lo mismo, probablemente, que pensó el censor franquista que me puso a disposición del Tribunal de Orden Público tras hacer secuestrar la obra. La censura soviética, en cambio, hiló mucho más fino y en la traducción rusa todos esos pasajes fueron cuidadosamente eliminados. El personaje, Escala, representa al dirigente clandestino en su papel de portavoz de la Dirección. Pero al escribir la novela yo estaba pensando en Sacristán, en su verbo tajante, carente por completo de sentido del humor. Recuerdo que poco antes de empezar a redactar la obra, le transmití el deseo de Álvaro de entrar en el PC. «¿Álvaro?», me dijo con ojos iracundos. «¿No sabes que su madre tiene un amante? ¡Es el escándalo de toda Barcelona!»

La otra gran novedad, de alcance más vasto que la irrupción o presencia de la ironía, se refiere al estilo. La modificación aislada que despunta tímidamente en algún capítulo de *Las mismas palabras*, rompiendo la monotonía del relato objetivo, se hace aquí norma, para convertirse en rasgo característico de todas mis novelas posteriores. En *Recuento* hay frases de doce páginas donde, por ejemplo, gracias a la libertad que proporciona el uso de oraciones subordinadas, el narrador empieza siendo uno para terminar siendo otro, paralelamente al cambio de contenido del discurso.

Según la teoría de los fractales que el hispanista norteamericano Robert Spire aplicó a *Antagonía*, los fragmentos reproducen el todo; el capítulo VIII de *Recuento*, por ejemplo, leído aisladamente, es ya en sí una novela, y las páginas finales del volumen, escritas por el protagonista, anticipan el último libro, *Teoría del conocimiento*. Pero es en *Los verdes de mayo hasta el mar* donde el relato de lo que hace el protagonista, retirado a un pueblo de la costa para concentrarse en la redacción de su novela, y lo que de ésta escribe, terminan por ser intercambiables. El ambiente que se refleja corresponde al Cadaqués de

la década anterior, cuando la libertad de costumbres de los *felices sesenta* se hallaba en su apogeo, hasta el punto de que Salvador Dalí se animó a dejar su retiro de Port Lligat para sacar algún provecho de la situación. Mientras Gala acudía a las fiestas acompañada de una especie de joven Dalí, al que tiempo después vi aparecer en una película de Fellini caracterizado como príncipe indio, Dalí solía hacerlo en compañía de Amanda, un travesti francés al que había conocido en un cabaret de Barcelona. Una noche manifestó su deseo de presenciar cómo un hombre enculaba a una mujer, y una amiga nuestra y un socio o ayudante de Jacinto Esteva se prestaron de buen grado a la exhibición. De ahí, probablemente, que otra noche se ofreciera a estampar su firma en el culo de cuantas mujeres lo desearan, con lo que en el local donde se celebraba la fiesta se formó una larga cola de aspirantes al autógrafo. Mi relación con ese círculo tuvo un brusco final, ya que en el curso de una recepción que ofreció en su casa de Port Lligat me enzarcé a puñetazos con su secretario, el capitán Moore, la única pelea de este tipo que he tenido en mi vida y de la que salí victorioso en el sentido de que fue él quien abandonó el campo, dejándome con un trozo de su americana, de la que yo empecé a repartir hilachas entre los invitados. Javier Corberó y Antonio Gades me acompañaron al exterior, a tomar el aire y aliviarme de líquidos junto a un olivo. El alcohol desempeñaba sin duda un papel importante en todo aquello. En cambio, no eran tiempos de droga y, de hecho, ni uno sólo de los del grupo estuvo enganchado. Yo probé la coca en una ocasión y no me gustó su efecto, y la marihuana –hasta entonces llamada grifa– me hacía toser. Caso distinto era el de los ocasionales amigos extranjeros, especialmente norteamericanos, como el acompañante de Gala.

Matilde, protagonista de *La cólera de Aquiles*, es prima de Raúl, quien aquí aparece visto únicamente a través de sus ojos. Por más que se proclame lesbiana, el descubrimiento de que su pareja tiene un amante masculino desencadena en ella una serie de consideraciones de las que se deduce –sin que así lo reconozca en ningún momento– que también ella tiene un amor masculino, el primo Raúl, y que el despecho resultante de no ser correspondida fue precisamente lo que la llevó a declararse lesbiana. La parte central de la obra está constituida por una novela totalmente autónoma, *El edicto de Milán*, que ella había escrito bajo el pseudónimo de Claudio Mendoza (y que Carmen Balcells publicó en edición de bibliófilo), cuyo destinatario implícito era Raúl. La figura de autor en ciernes que es éste queda así pues relativizada, convertida en personaje de otra obra, del mismo modo que la Tierra vista desde la Luna se convierte en otro simple planeta. Curiosamente la novela tuvo la virtud de encolerizar a dos amigas –entre sí, enemigas– que se vieron retratadas en la figura de Matilde, algo totalmente ajeno a mi intención tanto en un caso como en otro. Sospecho que la identificación, más que en los hechos relatados, se fundamentaba en la personalidad de Matilde, en la olímpica suficiencia de su discurso.

Teoría del conocimiento, el último libro de *Antagonía*, es, de comienzo a fin, una novela escrita por Raúl. Producto de la destilación de lo narrado en los anteriores

volúmenes, transfigurado aquí por su propia intensidad, no se parece a ninguno en concreto pero conserva el aroma de todos ellos. Compuesta a su vez por tres relatos, el sentido del título es esencialmente irónico, ya que lo que se evidencia es precisamente la incapacidad de conocer con certeza: desentrañar el significado de una fotografía, dilucidar la realidad de una visión o la posibilidad de ver lo que otros no pueden ver. Una obra que, retrospectivamente, arroja luz sobre todo lo anteriormente narrado.

Considerada en su conjunto, *Antagonía* bien pudiera ser comparada con la parte visible de un árbol del que *Recuento* sería el tronco y las ramas desnudas, *Los verdes de mayo hasta el mar*, los brotes y capullos que despuntan, *La cólera*, las hojas de la fronda que le dan el relieve que lo singulariza, y *Teoría*, el fruto. Un desarrollo acorde, por otra parte, con la sucesión de las cuatro estaciones ya que a cada uno de los libros cabe atribuirles una de ellas, invierno, primavera, verano y otoño, respectivamente. O los puntos cardinales, Norte, Este, Sur y Oeste. O los cuatro elementos, aire, agua, fuego y tierra. Un libro que, en mi intención, apuntaba a que, una vez acabada su lectura, el lector se sintiera distinto a como era antes de emprenderla, y que terminó cambiándome también a mí.

Los diecisiete años que me tomó la redacción de *Antagonía*, un tiempo muy superior al inicialmente previsto, así como la necesidad de dar salida a otras ideas que se me iban ocurriendo, ajenas al proyecto en el que me hallaba metido, me llevó a ir escribiendo a lo largo de ese periodo unas cuantas piezas breves que por su carácter inclasificable, a mitad de camino entre el razonamiento paradójico y la lógica del absurdo, y también por su intención, las denominé *fábulas*. Todo se inició a partir de un texto que me pidió Corberó a fin de poder ilustrarlo con sus grabados, «Sátiro y Sátira». Un texto que abrió el paso a otros, recogidos en un volumen bajo el título de *Ojos, círculos, búhos*, con ilustraciones de Joan Ponç, y al que siguió un segundo volumen, también ilustrado por Ponç, *Devoraciones*, y finalmente un tercero, *Una sonrisa a través de una lágrima*. Su repercusión, tanto en lo que se refiere a la crítica como al público, fue casi nula, sobre todo si la comparamos con la que tuvo *Paisaje después de la batalla*, de Juan Goytisolo, obra de similares características publicada poco después. Y es que el lector, a falta de un indicio de lo que debe decir, suele abstenerse de arriesgar una opinión, y en *Fábulas* no se le indica a quién debe aplicar el cuento. De entre las salvajes referencias al mundo actual –que más que perder vigencia con el tiempo, la han ganado–, termina emergiendo un protagonista: Espinoza. Y la evolución de su apellido –que nadie acaba de aprenderse–, Espino, Pino, Puercoespín, Hozar, Oz, o simplemente «O», discurre paralelamente a su suerte como ciudadano.

Así: «AUTÓGRAFO. ¿Me firma el programa Sr. O? Por cierto, ¿y cómo se pronuncia su nombre? ¿Cómo una O o como un cero, Sr. Cero? Vamos, ¿o Sr. O?».

La impresión, al acabar *Antagonía*, de haberlo dicho todo, de que nada me quedaba por escribir, quedó involuntariamente reflejada en el título de mi siguiente novela, *Estela del fuego que se aleja*, cuyo significado respecto a la obra nada tiene que ver con tal

sensación de vacío. Y lo cierto es que siempre he sido algo injusto con ella al considerarla poco menos que una obra residual respecto a la precedente, cuando en realidad son muchos los rasgos que la singularizan y supone un paso importante en la evolución de mi escritura. Lo mismo podría decirse de *La paradoja del ave migratoria*, publicada tres años más tarde. Esta novela expone la visión total de una vida en un instante, que el protagonista comprende que para él es el último cuando se ve acompañado por la mujer amada, muerta años atrás. Un final, sin embargo, que prepara un principio, un nuevo comienzo. Y si bien hay figuras que nos remiten a *Antagonía*, tampoco faltan las que reaparecerán en *Liberación* o en *Oído atento a los pájaros*.

Un nuevo comienzo, un segundo descubrimiento es lo que representa *Estatua con palomas* en relación a mis obras anteriores. ¿En qué sentido? En el de que ahí abandono el planteamiento cosmogónico que se inicia (y culmina) en *Antagonía* y regreso al de la novela como constelación. Es decir: retorno a un experimento que en *Las afueras* quedó en eso, en intento, para realizarlo aquí plenamente, ya no experimento sino descubrimiento. Si el lector no es capaz de trazar la línea imaginaria que relaciona una estrella con otra, será ahora por su culpa, por no saberla ver: la constelación está allá en lo alto. En este caso, dos relatos de desarrollo paralelo, uno situado en la actualidad y el otro en la Roma del siglo II. Eso sí, el estilo se hace en ambos más contenido, como acogiéndose a la seguridad que proporciona adentrarse en lo desconocido paso a paso.

La trama situada en la actualidad es fundamentalmente de carácter autobiográfico ya que, desde el punto de vista argumental, resulta ser una extensa entrevista realizada por alguien que cree ser mi hijo aunque yo no parezca estar al tanto de ello. El equívoco tiene una base real: Miriam y Guillermo Cabrera, por ejemplo, estaban convencidos de que yo era el verdadero padre de uno de los hijos de una amiga común, basando tal conjetura en el gran parecido físico que a su entender existía, así como en su edad, que le remitiría a la época en que su madre y yo tuvimos una relación episódica; lo que no podían saber es que esa relación fue mucho más episódica de lo que suponían y que estaba ya acabada bastante antes de los nueve meses anteriores a que el chico viniese al mundo.

La trama situada en la Roma del siglo II tiene como protagonista a Tácito, y relata su retirada de la vida pública a raíz de la confusión creada por sus escritos, ya que los círculos del poder, tomando por historia lo que es ficción, deducen de su lectura un claro designio que para ellos representa una amenaza: convertirse en sucesor de Trajano. Es decir: en ambos casos el lector asiste a la creación de un equívoco, referido al autor en el primero y al significado de la obra en el segundo.

A raíz de la aparición de esta novela, y más concretamente, de la reseña crítica que le dedicó Fernando Lázaro Carreter, fui invitado a ingresar en la Real Academia Española. Ser académico era algo que ni se me había ocurrido y que más bien consideraba incompatible con mi vida y con mi oficio de escritor. Más aún: como no es inhabitual en los creadores, mi actitud hacia la actividad de la Academia había sido ostensiblemente

crítica. Así, en el curso de un coloquio celebrado en una universidad de cuyo nombre no quiero acordarme, y en presencia del académico Torrente Ballester, me despaché a gusto respecto al lema de la institución, ya que ésta, a mi entender, ni limpiaba ni fijaba ni daba esplendor a un idioma cuyo buque insignia siempre había sido la creación literaria. Tuve que ser elegido –en la misma sesión que Vargas Llosa– y recibido en la ceremonia de ingreso por Francisco Ayala, para que, según me integraba en las comisiones de trabajo, pudiera comprobar hasta qué punto estaba equivocado quien tomase la Academia por una especie de club selecto. Especialmente los trabajos de la Comisión de Revisión del Diccionario, presidida por Fernando Lázaro, con quien el trato asiduo permitió que entre ambos se creara una excelente relación de entendimiento y complicidad, como estimulado él en su ingenio por el contenido erótico de algunas de mis páginas. Su triunfal descubrimiento de una felación en las intrincadas soledades gongorinas que había escapado a la perspicacia de Dámaso Alonso, por ejemplo, o el debate en torno a una nueva acepción de la palabra *sodomía*, hasta entonces vinculada en el diccionario exclusivamente a las relaciones homosexuales.

Sin embargo, el gran problema al que por aquel entonces ambos tuvimos que hacer frente fue no tanto lexicográfico como mediático. Ante la necesidad de cubrir dos plazas vacantes, se me había ocurrido que a la Academia le convenía el ingreso de algún periodista de relieve que actuase a modo de caja de resonancia respecto a la actividad desarrollada. O mejor: dos en lugar de uno, y de posiciones ideológicas contrapuestas. En este sentido, los más indicados a mi entender eran Juan Luis Cebrián, sin cuya presencia tal vez el destino de *El País* hubiera sido otro, y Anson, que había sabido remontar un *ABC* en declive. Expuse mi idea a Fernando Lázaro, que la acogió con entusiasmo, al igual que Víctor G. de la Concha, entonces vicedirector. La resonancia de semejante elección fue muy superior a la prevista, y el cruce de querellas judiciales en torno al llamado «caso Sogecable» no hizo más que potenciarla, entre un mar de rumores, maniobras y difamaciones que a Fernando Lázaro le pusieron los pelos de punta. Comprendí que me miraba con odio en la medida en que yo había sido autor de una idea que le estaba llevando por la calle de la amargura. Afortunadamente los problemas se fueron resolviendo y, según las aguas volvían a su cauce, su actitud hacia mí cambió de nuevo, como para compensar aquella pasajera falta de confianza. Un grado de entendimiento y amistad sólo superado por el que unos años después iba a establecerse con Claudio Guillén, a quien tampoco había tratado con anterioridad. Sospecho que ni siquiera me había leído, ya que su sorpresa al valorar *Diario de 360°* fue tan genuina como, en cierto modo, cargada de culpa. Una persona cuya finura le hacía extranjero en su propia tierra.

Más compleja y también más redonda, como para hacer honor al título, *Diario de 360°* supone el pleno desarrollo de la innovación que por su concepción y estructura supuso para mí *Estatua*; una complejidad derivada, en este caso, del mayor número de elementos en juego. La novela tiene forma de diario y cada día de la semana está

adscrito a un tema diferente: nota autobiográfica, esbozo de un paisaje, ensayo, erotismo, evocación de historias y leyendas, apuntes de actualidad y, a modo de síntesis, los domingos, un relato de ficción, quintaesencia del resto. Todo ello sometido a la influencia de las cuatro estaciones, que modifican sus características de igual modo que modifican las de la naturaleza o los hábitos de los humanos. La sustitución, en ocasiones, del tema del día por un relato breve con rasgos de pesadilla no es casual ni arbitraria: corresponde a los días de luna nueva o *luna negra*, como suelen llamarse, del ciclo lunar. El calendario adoptado como patrón es el que rigió el tránsito de 1999 a 2000, época de redacción de la novela. Los textos correspondientes a cada semana, considerados por separado, se nos ofrecen a modo de corte transversal practicado en un cuerpo cualquiera que nos permite conocer su interior; considerados en su conjunto, más bien habría que hablar de escáner, un escáner que vertebra y configura el relato, la obra.

Diario de 360° y mis dos novelas siguientes, *Liberación* y *Oído atento a los pájaros*, tienen mucho en común, pertenecen al mismo mundo, por así decir, con todo y ser las tres independientes. Un rasgo de gran importancia presente en todas ellas y ausente en mis obras anteriores es la convivencia en sus páginas de lo real y lo maravilloso, una irrupción que afecta tanto a la capacidad evocativa del relato como al estilo. Pero los rasgos comunes son más y muy variados, desde la articulación estructural o las peculiaridades estilísticas, hasta la puramente argumental, patente en la persistencia de figuras e hilos temáticos: la indagación del pasado en la que se halla empeñado alguno de los personajes, el mítico entorno de un pequeño pueblo, las alusiones a una remota guerra civil, la presencia de bandidos búlgaros, la figura del mitómano, la violenta realidad urbana a modo de contraste... Un mitómano que, más que del tipo versátil, del que inventa según habla, para mí conocido de antiguo, habría que considerar monotemático, en el sentido de que inventa y cultiva una historia, que hace de su vida una novela que acaba tomando por cierta, variante que en su día supuso para mí todo un descubrimiento. Respecto a los bandidos búlgaros, su persistente presencia es fruto de la irritación producida por el hecho de que tras haber sido robado por un matrimonio de esta nacionalidad, la justicia española, pese a verme respaldado por el Defensor del Pueblo, ante la supuesta ausencia de pruebas, me obligó a indemnizarles con casi un millón de pesetas. Lo que no es obstáculo para que el recuerdo de mi primera visita a su país siga resultándome fascinante.

En *Liberación*, la búsqueda de huellas del pasado contenidas en el entorno más inmediato se remonta en el tiempo hasta un texto del que es autor Marco Aurelio. *Oído atento a los pájaros*, como dando un paso más, pone de manifiesto la tendencia de toda investigación a concluir dando por buenos hechos falsos o equivocados, sea porque quien cuenta la historia es un mitómano, sea porque la investigación emprendida resulta simplemente infructuosa. En ese mismo sentido se manifiesta explícitamente una de las voces narradoras de la novela, el Indiano, sin que su discurso le salve ni siquiera a él de acabar dando por buena la interpretación equivocada.

Retomando el símil del árbol, utilizado para dar plasticidad a la relación existente entre los libros de *Antagonía*, ahora aplicado a la que vincula *Diario de 360°* con *Liberación y Oído atento a los pájaros*, podría decirse que si *Diario* representa aquí al árbol y lo que desde él se divisa, *Liberación* pretende evocar las características del paisaje circundante antes de la existencia del árbol, mientras que a *Oído atento* le correspondería ser el intento de un pintor paisajista de captar todo aquello, dimensión temporal incluida, y plasmarlo en la tela lo más fielmente posible.

Si considerase ahora cada una de mis obras como un árbol, nos encontraríamos ante un bosquecillo heterogéneo y aislado, cuyo origen habría que remitirlo al alimento recibido por sus raíces, que no puede ser otro que el influjo en mi forma de entender la creación literaria ejercido por mis escritores preferidos, Homero y Tolstói, Faulkner, Proust y Joyce, pasando por Rimbaud y T. S. Eliot. No hablo de influencias, de modelos, sino de la impronta que la lectura de sus obras dejó en mí, estimulando mi propia imaginación, alentando mi propia capacidad creadora. Algo similar, sin duda, se encuentra en el origen de los escritores coetáneos que siento más afines, no tanto por sus obras, por el resultado, cuanto por la intención que las guía, como Juan Benet o, sobre todo, Sebald, a quien por desgracia no llegué a conocer.

Si he mencionado indistintamente poetas y narradores no ha sido precisamente porque pretenda aproximar ambas formas de escritura. Los poetas, dejándose llevar de la música y de la rima, dicen con frecuencia muchas y muy notables tonterías, algo a lo que fatalmente se ve abocado todo intento de prosa poética. A lo que yo me refiero es a la emoción que despierta en el lector el significado resultante de relacionar entre sí determinadas palabras, algo alcanzable tanto en la expresión poética como en la prosa narrativa. Si ello se percibe sobre todo en determinados novelistas del siglo XX y muy raramente en los anteriores, es gracias a que, a finales del XIX, unos pocos poetas – Rimbaud, Lautréamont, Mallarmé– iniciaron la aproximación, hasta dar a sus poemas la apariencia de prosa. Las afinidades entre el *Un coup de dés jamais n'abolira le hasard* y determinadas páginas del último Joyce son obvias. Si el resultado es para algunos oscuro, si prefieren dejarse *atrapar* por la peripecia de *misteriosos* secretos ocultos, allá ellos.

Como, en Madrid, la fachada del Edificio España visto desde uno de mis anteriores domicilios a la hora del crepúsculo: una vez escondido el sol tras el horizonte lejano y tan sólo durante unos segundos, el edificio se teñía enteramente de un rojo leve, no tanto a modo de luz recibida como de emanación interior, tal si del calor de un rescoldo se tratase. Abajo, en la calle, pocos de los transeúntes llegaban a enterarse, demasiado ocupados con sus cosas o en mirar para otro lado.

VII

Salto a las alturas

1

Mientras los padres conocen o creen conocer a sus hijos en tanto permanecen a su lado, éstos sólo saben de aquéllos en cuanto padres, en el desempeño del papel que ha regido sus relaciones desde la edad temprana. Al margen de ese papel, y sin que los hijos caigan en la cuenta, los padres son unos perfectos desconocidos. Pues una cosa es estar al corriente de sus aficiones y actividades y otra, saber cómo son en realidad, cómo eran de jóvenes, cómo se llevan o llevaban, qué tal se entienden o entendían sexualmente, cuestiones que los hijos ni suelen plantearse. Y sin embargo, estimulados acaso por los esplendores del inminente solsticio de verano, es indudable que él y ella tuvieron un encuentro amoroso, imposible ya saber si producto de un arrebato ocasional o dentro de una rutina más o menos asidua. De cualquier forma, el hecho es que un microgameto concreto –no otro– fecundó a un determinado macrogameto y, a resultas de tan azaroso encuentro, alrededor de nueve meses más tarde, nació un niño. Cuando tal hecho se produce corren tiempos turbulentos y hay que abandonar la ciudad y refugiarse en un pequeño pueblo de montaña. Desaparecen unos rostros y aparecen otros, se van unos soldados y entre explosiones y fogonazos llegan otros, siendo la única constante el que falte de todo, algo que el niño no percibe porque no lo echa en falta, porque no se echa de menos lo que no se conoce. Le devolverán a la ciudad, irá al parvulario y al colegio, hará amigos con los que compartirá juegos y lecturas, en tanto, según pase el tiempo, experimentará una creciente atracción, no por las chicas de su edad sino por las mujeres hechas y derechas. Para cuando haga el amor por primera vez –a lo más tarde–, si se para a pensar, llegará a la conclusión de que es él quien acaba de hacer el amor, igual que es él quien ha experimentado lo que ha experimentado a lo largo de los años; el que ha vivido lo que ha vivido, lo recuerde o no; el que ha soñado lo soñado, recuerde o no recuerde el sueño: que éste es él y que todo eso es su vida.

2

A una edad determinada, el joven emprende la ritual y metafórica subida al monte para, desde allí, contemplar el mundo. El panorama que se extiende hasta donde le alcanza la vista puede impulsarle a emprender su conquista, a llegar todo lo lejos que sea necesario, a desentenderse de cuanto suponga una rémora para su proyecto. También puede amilanarse y volver a casa para permanecer al calor de los padres el máximo tiempo posible. O buscar protección física y metafísica en un convento de clausura. En todo caso, habrá empezado a intuir lo que es realmente el mundo, no ya fortaleza con defensas difíciles de salvar o intrincada kasbah en la que lo más seguro es perderse; no ya una merienda de negros, sino algo peor, algo tan inmenso que parece inevitable hacerse imperceptible, desaparecer sin dejar huella. Como si en lugar de en lo alto de un monte se encontrara en la playa a la hora del crepúsculo, cuando a su espalda el sol se hunde como un planeta rojo en el horizonte brumoso y el cielo se tiñe de luz cálida; cuando el mar se empieza a teñir de cielo mientras éste palidece para luego oscurecerse ambos, el cielo hecho ya un tenue crepitar de estrellas y más estrellas que el mar refleja movedizas, estrellas que son planetas, estrellas que son estrellas, galaxias, constelaciones, un firmamento que gira y se expande hasta los límites mismos del universo, un universo que se expande como se expande una burbuja, una burbuja formada a partir de un repentino Big Bang al igual que tantas otras, burbujas y más burbujas perdidas las unas entre las otras, una más cada una de ellas dentro de una serie infinita de burbujas, dentro de una serie infinita de universos ante la cual no tendría sentido hablar no ya de tiempo sino también de espacio. En términos de metáfora visual: un firmamento de universos. ¿Cómo demostrar que el mundo no es ilimitado además de eterno?

3

Normalmente, lo que más se recuerda son los sobresaltos; más, desde luego, que los momentos felices. La caña seca tomada de un huerto que de pronto empieza a vibrar y a zumbar en nuestras manos antes de que, a modo de proyectiles, empiezan a salir de su interior aterradores moscardones azules. La suela de alpargata que apartamos de una patada y que de golpe se yergue convertida en una silbante serpiente. Tocar el timbre del taller de un vecino escultor para huir entre risas que se esfuman no bien caemos en la cuenta de que el vecino corre tras nosotros con expresión furibunda. Las evocaciones felices suelen ser más difusas, referidas no tanto a un momento determinado como a la perspectiva de que ese momento acabe por llegar: un verano en la casa de campo, una excursión a la playa, besar a una determinada chica. El momento en sí es inasible.

* * *

¿Por qué empeñarse en una ventana con vistas si el panorama que desde ella se domina es un espanto? Y ¿cómo hacer ver a un ciudadano que su ciudad es fea si no conoce otra, si a falta de elementos para comparar carece de motivos para llegar a tal conclusión?

* * *

—¿Cree usted en el progreso?

—Creo. En todos los órdenes. Más bienestar. Más ignorancia. Más facilidades para sobrevivir. Mayor destrucción de la personalidad. Mayor confort. Mayor degradación del paisaje. Mayores conocimientos técnicos. Mayor desconocimiento de lo que es el mundo, de lo que es la vida, de lo que es uno mismo. Mayores satisfacciones inmediatas como consecuencia de todo ello. Mayor pánico formulado por el mismo motivo.

—¿Se siente entonces optimista o pesimista?

—Optimista en la medida en que se dan todas esas formas de progreso. Pesimista, por la misma razón.

4

La desazón que produce rebasar con el coche a una joven que pasea por una carretera secundaria para caer en la cuenta de que, vista en el retrovisor, nada tiene que ver con la imagen que de ella nos habíamos hecho. Una forma de sorpresa o sobresalto sólo superada por la experiencia opuesta: la sensación de que el desconocido con el que nos topamos —en un bar, en la calle, en el vestíbulo de una estación— es alguien al que conocemos de toda la vida y que nos conoce y con el que nos hemos cruzado repetidas veces. Una imprecisa sensación de disgusto nos acompañará según avancemos por ese vestíbulo, donde, por ser hora de cierre, las luces se apagan aquí y allá, y las persianas metálicas de las boutiques y de los quioscos bajan con estrépito, convirtiendo en pocos minutos un espacio lleno de movimiento y colorido en un mortecino corredor animado tan sólo por unas pocas taquillas operativas, todo como acuciando a los escasos viajeros, una vez pasados los controles de seguridad, a dirigirse a sus respectivos andenes, a ocupar el asiento correspondiente en alguno de aquellos trenes que aguardan inmóviles a lo largo del andén correspondiente. Sólo en el momento de acceder al vagón caemos en la cuenta de que el rostro de aquel desconocido que conocemos de toda la vida es el del jefe del tren, que nos contempla con una sonrisa, inmóvil junto a la puerta. Giraremos sobre nuestros talones y, haciendo como si hubiéramos olvidado o perdido algo, nos encaminaremos con paso decidido hacia el vestíbulo. Allí habrá que esperar la partida del tren que íbamos a tomar y la llegada del siguiente, diez minutos más tarde. Subiremos a ese tren, donde nuestro vecino de asiento, sea por temor a la soledad, sea en virtud de

una tendencia compulsiva, nos empezará a hablar de los peligros que hoy día supone viajar en tren, tanto por la facilidad con que puede producirse un accidente –bien por la sobreexplotación del servicio y la saturación del tráfico, bien por la fatiga del conductor– como por la facilidad con que, pese a todos los controles, se puede provocar un atentado terrorista, un hablar y hablar como desbocado que sólo dejará de parecernos una murga cuando de súbito nos veamos envueltos en el estruendo de un mundo entero que se destroza.

Despertar, comprender que todo eso no ha sido más que una pesadilla, sin otra consecuencia que el mal sabor de boca resultante de comprobar una vez más que, en sueños, me convierto en un ser pusilánime, como acobardado por todo lo que suponga relacionarme, algo que tal vez responda a una realidad profunda.

¿Por qué, si no, soy tan poco mediático? ¿Será Spinoza el más autobiográfico de mis personajes? ¿El señor O?

–Bien. Pero ¿admite usted que el pasajero del asiento contiguo, por pesado que resulte, puede a veces estar en lo cierto?

–Puede estarlo, aunque no sepa lo que se dice. Otra cosa es que a mí me guste admitirlo.

5

La sensación de entrar de cuerpo entero en otro cuerpo según se penetra suavemente, de alcanzar el centro como llevado por un trineo a la vez que como buceando entre dos aguas, rodeado de peces que abren y cierran sus silenciosas bocas. Tras ese abrirse de las nalgas o de los grandes labios, la fusión de cuerpos, el uno en el otro como tradicionalmente se entendía la integración del físico y el alma en cada uno de nosotros.

En la creación literaria el impulso sexual puede tener una presencia explícita, sea por los actos que en ella se describan, sea por el papel que desempeña en la trama argumental, por su influjo en el comportamiento de los personajes. Pero su impronta puede ser más amplia, hallarse en el centro de la concepción misma de la obra, así es, por ejemplo, en Proust, en Joyce, en Hemingway; no lo es, por el contrario, en Faulkner, en Kafka. Y es que, al igual que a los sueños, el impulso sexual se halla estrechamente vinculado a la creación literaria. Así, por ejemplo, el sueño de la casa en ruinas contigua a la mía, un caserón de piedra de sillería del que resulto ser dueño y que, pese a su deterioro, el sentimiento que produce es de alborozo según se recorren una tras otra sus estancias, según se descubren sus perspectivas insospechadas, las sugerencias que ofrece todo ese espacio olvidado. Ayer, en la noche del 13 al 14 de septiembre, tras reiterarse una vez más un sueño que se repite desde hace más de veinte años, se me impuso de golpe su significado: la inminente solución de un problema, esto es, *estar a punto de* en el

terreno amoroso, o conceptual, o de la creación literaria. Un aviso, un anuncio, una llamada de alerta que prepara una revelación.

6

–El tiempo no reside tanto en el universo como en nosotros mismos. Dicho de otro modo: el tiempo no es una realidad; el tiempo es una medida de la realidad establecida a nuestra imagen y semejanza. Y es que el ser humano, que sabe que nace y muere, proyecta su condición sobre el mundo que le rodea, le busca un principio y un fin y le aplica la medición del tiempo por él inventada como si con ello pudiera medir lo inconmensurable. Algo parecido a lo que sucede con otra apreciación subjetiva, la *nada*, concepto establecido a escala humana para referir o aludir lo que hay antes y después de la vida, de la vida de uno.

* * *

–El universo nació a partir del Big Bang.
–¿Cómo lo sabes?
–Porque antes no existía. Antes del Big Bang no había universo.
–¿Quién te lo ha dicho?
–Es que tuvo que ser así, está demostrado.
–¿Conoces también los detalles, cómo era el vacío anterior al Big Bang, cómo y por qué éste se produjo?
–Eso es imposible saberlo.
–¿Y no podría ser ese Big Bang uno de tantos, algo que se va produciendo indefinidamente?
–¡Eso es indemostrable!
–¿A diferencia de tu Big Bang creador de todo?
–¡Es que el proceso que sugieres duraría una eternidad!
–¿Y?
–¡Que nada es eterno!
–¿Quién te lo ha dicho?
–Te digo que está científicamente demostrado.
–¿Tiene conciencia una célula o una molécula de las características del organismo en el que se halla integrada, del que forma parte?

* * *

–Todo tiene un principio y un fin.

–Querrás decir todos nosotros. El mundo no tiene por qué tener ni un principio ni un fin.

–¡Qué dices! ¿Y cómo me lo demuestras?

–¿Y cómo me demuestras tú que el mundo tiene un principio y un fin? El que para nosotros haya un tiempo que transcurre no significa que para el mundo también tenga que haberlo.

–¿Niegas el tiempo?

–No, desde nuestro punto de vista. Pero sería un error entender el mundo a nuestra imagen y semejanza.

–¡No me irás a decir que también niegas el espacio!

–No, siempre que por espacio entendamos lo ilimitado.

–Me cuesta entenderte.

–¿Y no te cuesta entender el vacío anterior a tu Big Bang? ¿Cómo describirías tú ese vacío del que surgió el Big Bang, y cómo y por qué surgió?

–Todo lo que tú dices es indemostrable.

–Y lo que dices tú no es más demostrable que la existencia de Dios. O preguntarse, por ejemplo, que si todo ha sido creado por alguien, ¿quién creó al creador?

Cuestiones no menos imperiosas, afirmaciones no menos tajantes que las expuestas en el curso de un viaje en tren por un eventual vecino de asiento, un hombre empeñado en contarnos su vida, los dramas y tragedias vividos, como si el mundo entero girase en torno a su persona.

7

–¿Quién eres?

–Yo.

–¿El autor de...?

–No, eso pertenece a mi vida.

–¿A qué te refieres entonces?

–A un yo cambiante a la vez que idéntico a sí mismo, como el curso de un río.

–Sé más preciso. Explica cómo eres.

–Como un paisaje cualquiera, fruto de la conjunción de geología –la del terreno–, clima –el propio del área–, y las consecuentes formas de vida allí creadas en el transcurso del tiempo.

–¿Por qué respondes con una metáfora?

–Porque no sabría responder mejor de otra manera, como tampoco puedo ser de otra manera, aunque así llegue a creerlo a veces imponiéndome un comportamiento determinado, gesto forzado que en realidad también forma parte de mi manera de ser. Pensemos por ejemplo en los árboles, en los rasgos que distinguen a un árbol de otro, lo

que hace a un ejemplar más bello que otro o, simplemente, establece las diferencias entre una especie y otra; cuando eso hacemos, nos estamos refiriendo por lo general a sus aspectos más característicos o más llamativos, tronco, ramaje, hoja, inflorescencias, esto es, a las estrategias de supervivencia de ese árbol, de esa especie. Pero lo que da vida al ejemplar en cuestión, a cada uno de esos ejemplares, lo que confundimos con el vigor de su presencia, no se ve: la raíz.

–Vamos, que para ti ese yo del que me hablas es a la vez todo y nada.

–Ese yo y el de cualquiera. Fatalidad, casualidad, suerte. ¿Cómo desentrañar, por ejemplo, la cadena de acontecimientos que confluyen en el hecho de que una persona cualquiera esté leyendo ahora estas líneas? Una cadena que comienza mucho antes de su nacimiento y del mio y que hará de esa lectura un eslabón más en la vida de ese lector. Una lectura acaso realizada en la intimidad del hogar, en el sofá; o bien en la cama, mientras su pareja duerme profundamente con el sosiego que produce una espléndida cabalgada como la que acaban de realizar. O tal vez en el tren, un tren todavía inmóvil a lo largo del andén; ese enfrascarse rápidamente en la lectura como para evitar que, una vez el vagón empiece a moverse, el vecino de asiento pretenda entablar una amistosa conversación.

8

Lo aleatorio incide en la creación literaria indirectamente, a través de las experiencias – aleatorias o no– que han conformado la personalidad del autor. La incidencia directa, la idea en apariencia casual que de pronto se abate sobre ese autor, es lo que ha dado en llamarse inspiración. Y la inspiración es algo que procede directamente del yo, un yo difícilmente perceptible en lo que la persona es, tal y como se manifiesta ante los ojos de los demás. Con suerte, captaremos algo diluido en lo que hace, en lo que dice, en lo que aparenta, ya que el yo no puede ofrecérsenos de forma explícita. Si acaso, y siempre de forma tangencial, en los sueños, algo que sólo conoce del todo el que los sueña. Aunque, cuando se trata de un escritor, también lo captaremos en sus escritos. Y no tanto por lo que cuenta, por el desarrollo argumental, como por determinadas percepciones que emanan directamente del relato. Así, volviendo al símil del paisaje:

«Un paisaje que sería muy equivocado entender como algo estático, sometido a lo sumo a la disciplina de las estaciones, ya que, muy al contrario, no sólo cambia varias veces a lo largo del día sino que resulta distinto según se contemple a solas o en animada compañía. Lo ideal es pillarlo por sorpresa muy de mañana, cuando se halla explayándose, en la creencia de que se encuentra libre de mirones. Es entonces, con el rocío en evaporación brillando al sol, cuando se muestra con el alegre desconcierto de una joven masai sorprendida mientras lava y se lava en el río o mientras, en cuclillas, abre un pequeño arroyo entre las piernas. Prados, piedras, ramas de las que aún brotan,

como a hurtadillas, sonrisas, miradas, gestos, un respirar alterado, el aliento que exhalan los jadeos; movimientos y susurros que se desvanecerán no bien el visitante haga el menor ruido o esboce la más mínima expresión de asombro. O sea que, silencio.»

Así, como esa vida que emana del paisaje, la presencia del yo en la obra: lo que en ella alienta.

9

–Y es que yo no soy mi vida, lo que me acontece.

–Entonces, ¿quién soy?

–El que percibe lo que soy como distinto de lo que *es*.

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.



Edición en formato digital: junio de 2010

© 2010, Luis Goytisoló

© 2010, Ediciones Siruela

c/ Almagro 25, ppal. dcha. 28010 Madrid

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela, S.A.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ISBN: 978-84-9841-736-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	3
I El remolino	4
II Reconociendo el paisaje circundante	18
III Entre lo afín y lo contrapuesto	34
IV El hilo conductor de lo aleatorio	48
V Celos, danzas, sodomías	61
VI Escribir lo inexpresable	71
VII Salto a las alturas	84
Créditos	92